

La derrota de un soltero

A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella estaba demasiado interesada en las leyendas de los MacKade como para sucumbir al encanto de los MacKade. Tal vez, había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane MacKade era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Prólogo

EL camino que conducía de la casa a los establos estaba resbaladizo a causa del hielo. Aún no había amanecido, y el cielo negro estaba tachonado de estrellas blancas. Cada respiración era como un montón de cuchillas de afeitar heladas que le herían la garganta antes de adormecérsela. Envuelto en toda clase de prendas, desde unos calzoncillos largos hasta una gorra de punto, Shane MacKade se dirigía a ordeñar las vacas, para dar comienzo a las tareas del día. A diferencia de sus tres hermanos mayores, iba silbando entre dientes.

Por algún motivo, le encantaba la gélida hora anterior a un amanecer de invierno.

Jared, su hermano mayor, tenía casi diecisiete años, y para él, llevar una granja era una tarea de contabilidad. Shane sabía que para él sólo había números, y suponía que se le darían bastante bien. Habían perdido a su padre dos meses atrás, y su situación no era demasiado buena.

En cuanto a Rafe, su incansable alma de quince años ya miraba más allá de las colinas y campos de la granja de los MacKade. Ordeñar, dar de comer al ganado y cultivar las tierras era algo que simplemente tenía que hacer. Shane sabía, aunque en realidad nunca habían hablado de ello, que la muerte de su padre había afectado a Rafe más que a ninguno de ellos.

Todos adoraban a su padre. Resultaría imposible no querer a Buck MacKade, con su fuerte voz, sus enormes manos y su gran corazón. Todo lo que Shane sabía sobre las tareas de la granja, todo lo que le encantaba de la tierra, se lo había enseñado él.

Tal vez, aquél era el motivo por el que el dolor de Shane no era tan profundo. La tierra estaba allí, y era en cierto modo una prolongación de su padre. Para siempre. Podría haber hablado sobre ello con Devin. A los catorce años, ya era uno de los mejores escuchadores que conocía, y además, era el que más se acercaba a él en edad. En menos de una semana cumpliría los trece años. Pero ni siquiera a Devin le confesó sus pensamientos y sus sensaciones.

Dentro del establo, las vacas se agitaron, incómodas, y mugieron cuando les colocó las ordeñadoras automáticas. El proceso era muy sencillo, tal vez incluso monótono. Consistía en limpiar, colocar las ordeñadoras y renovar el pienso compuesto. Pero a Shane le gustaba hacerlo. Disfrutaba con los olores y los sonidos. Mientras Devin y él se encargaban de la segunda hilera de ganado. Rafe y Jared sacaban al exterior a las que ya estaban ordeñadas.

Formaban un buen equipo, rápido y eficaz a pesar del frío y de lo temprano que era. En realidad, era un trabajo que cualquiera de ellos podría haber hecho solo, o con muy poca ayuda, pero les gustaba estar juntos, sobre todo últimamente.

Aún tenían que encargarse de los cerdos, recoger los huevos y esparcir heno fresco, todo antes de desayunar y meterse en el destartado coche de Jared para ir al colegio.

Si pudiera, Shane prescindiría del colegio por completo. Insistía en que no podía aprender a arar y plantar, a cosechar y a predecir el tiempo con los libros. No podía aprender en el colegio cómo mirar una vaca a los ojos y saber si estaba enferma.

Pero su madre no cedía en aquel aspecto, y cuando no cedía, era mejor obedecerla.

—¿Se puede saber por qué estás tan contento? —gruñó Rafe, mientras levantaba los cubos de acero inoxidable—. Ese silbido me está volviendo loco.

Shane se limitó a sonreír y siguió silbando.

Se detuvo sólo un momento, para hablar con las vacas.

—Muy bien, señoras, llenad la máquina —les dijo para darles ánimos, mientras comprobaba el nivel de cada ordeñadora.

—Voy a estrangularlo —anunció Rafe, a nadie en particular.

—Déjalo en paz —dijo Devin—. Ya tiene el electroencefalograma plano, de todas formas.

Rafe sonrió por la broma.

—Hace tanto frío que probablemente se me partirían los dedos si intentara golpearlo. —Más tarde hará calor —dijo Shane—. No demasiado, pero por lo menos subiremos por encima de los cero grados.

Rafe no se tomó la molestia de preguntarle cómo lo sabía. No se equivocaba nunca.

—Ya ves tú. Seguirá siendo insoportable. Salió de los establos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Shane—. ¿Es que alguna chica le ha dado calabazas?

—Es que odia las vacas —respondió Jared. —Qué tontería. Con lo encantadoras que son, ¿verdad, cariño? —dio una palmada afectuosa a una de las vacas.

—Shane está enamorado de ellas —dijo Devin, con la típica sonrisa ladeada de los MacKade—. Será porque tiene más suerte con las vacas que con las chicas.

Shane entrecerró los ojos inmediatamente. —Tendría suerte con cualquier chica, si quisiera.

Jared se dio cuenta de que se estaba enfadando y sacudió la cabeza. No estaba de humor para discusiones. Tenían mucho trabajo por delante, y ya estaba bastante

preocupado con el examen de literatura.

—Sí, eres todo un conquistador —dijo Devin—. Todas las chicas del pueblo hacen cola para que les dediques un momento.

Devin emitió un prolongado sonido, imitando un beso, que hizo que Jared deseara golpearlo. Cuando Shane giró precisamente para eso, se interpuso entre ellos.

—Antes de que os pongáis a hacer tonterías, hay que quitar el hielo que se ha formado en la superficie del bebedero. Las vacas tienen sed.

Shane salió, lanzando a su hermano Devin una mirada de amenaza.

Shane pensó que, por supuesto, podría con—quistar a una chica, si quisiera. Simplemente, era algo que no le interesaba.

Reconoció que tal vez sí le interesase un poco. Se sopló los dedos para calentárselos. Algunas de las chicas que conocía empezaban a tener formas muy interesantes. Y había tenido una incómoda sensación bajo la piel cuando Sharilyn, la novia de Jared, se apretó contra él unos días atrás, cuando los dos compartían el asiento delantero del coche de Jared.

Se dijo que probablemente podría besarla, si quisiera. Dejó a un lado la barra de hierro con la que había roto el hielo y miró la cielo. Las estrellas empezaban a desvanecerse. Pensó que si besara a la novia de Jared le enseñaría un par de cosas. Todos estaban convencidos de que no sabía nada porque era el más pequeño. Pero sabía muchas cosas. Por lo menos, había empezado a imaginarlas.

Levantó la barra de hierro y se puso a caminar entre la nieve en dirección a las pocilgas. Sabía cómo funcionaba el sexo. A fin de cuentas, se había criado en una granja. Sabía cómo se ponían los toros cuando olían una vaca en celo. Simplemente, no le parecía que aquello fuera demasiado divertido. Claro que eso era antes de fijarse en la forma que tenían las chicas de llenar la ropa.

Rompió la capa de hielo del bebedero de los cerdos y se puso a darles de comer, mientras sus hermanos terminaban con las vacas.

Le gustaría ser adulto. Le gustaría poder hacer algo para demostrar que lo era, al margen de mantener el tipo en una pelea. Tal y como estaban las cosas, lo único que podía hacer era esperar a crecer un poco y asumir el control sobre su vida.

La tierra era suya. Lo sentía en los huesos. Lo había sentido siempre, desde que tenía uso de razón. Como si alguien se lo hubiera susurrado al oído al nacer. La granja, la tierra. Aquello era lo que de verdad importaba. Y si quería una chica, o todo un harén, también la conseguiría.

Pero la granja era lo que más importaba. Miró los campos nevados y el cielo gris del amanecer. Era la tierra que su padre había trabajado, y antes, el padre de su padre. A lo largo de las generaciones. Sobreponiéndose a sequías e inundaciones. Sobreponiéndose a una guerra. Habían plantado sus cosechas y las habían sacado adelante. Incluso durante la guerra, habían seguido trabajando las tierras.

Imaginaba lo que sería en aquella época arar la tierra rocosa con una yunta de bueyes. La espalda y los hombros dolían, y las manos se en—callecían, pero los campos se plantaban y se veía cómo crecían el trigo y el maíz, para volverse dorados en el

verano.

Incluso cuando llegaron los soldados, incluso cuando sus morteros y su pólvora quemaban partes del campo, la tierra permanecía. Pensó con un escalofrío que varios soldados habían muerto allí. Los hombres habían gritado entre su propia sangre en la tierra que ahora pisaban sus pies.

Pero la tierra había resistido, incólume, a todos los avatares.

Se sonrojó ligeramente, preguntándose de dónde habría sacado aquellas palabras y la fuerte emoción que encerraban. Se alegraba de estar solo, de que ninguno de sus hermanos lo hubiera visto. No sabía cómo decirles que sabía que la granja era su responsabilidad.

Pero lo sabía.

Cuando oyó un sonido a sus espaldas, se enderezó y se volvió a echar la barra al hombro, adoptando cuidadosamente una expresión de indiferencia.

Pero no había nadie allí.

Tragó saliva. Estaba seguro de que había oído un sonido de movimiento, y un débil gemido. No era la primera vez que oía a los fantasmas. Vivían allí, como él, en los campos, en los bosques y en las colinas. Pero lo aterrorizaban de todas formas.

Hizo acopio de valor y rodeó las pocilgas para dirigirse a la vieja casa de piedra. Se dijo que probablemente había sido Devin, o Rafe, o incluso Jared, con intención de asustarlo, como se había asustado cuando pasaron la noche en la vieja mansión de los Barlow, que se encontraba al otro lado del bosque. La casa encantada, en la que los fantasmas eran tan densos como las telarañas.

—Déjame en paz, Devin —dijo en voz alta, suficientemente alta para acallar los latidos de su corazón.

Pero cuando rodeó el edificio no vio a su hermano. Tampoco había pisadas en la nieve. Durante un instante, menos de una décima de segundo, le pareció ver una figura agachada, que derramaba sangre sobre la tierra, con la cara tan blanca como la nieve virgen y los ojos apagados por el dolor.

—Ayúdame, por favor. Me estoy muriendo. Pero cuando se acercó no había nada. Nada en absoluto. Incluso las palabras que resonaban en su cabeza se perdieron en el viento.

Se quedó mirando aquel lugar, estremecido, mientras el frío se introducía a través de toda su ropa, impregnándole la carne y los huesos.

Entonces, oyó las risas de sus hermanos. Oyó que su madre gritaba desde la puerta de la cocina que el desayuno estaba preparado, y que si no se daban prisa, llegarían tarde al colegio.

Se volvió y apartó de su mente el estremecedor recuerdo de lo que había visto y oído. Caminó hacia la casa, y una vez dentro, no dijo nada a nadie.

Capítulo 1

A Shane MacKade le encantaban las mujeres. Le encantaba su aspecto, su voz y su sabor. Le gustaban sin reservas ni prejuicios. Altas, bajas, exuberantes, delgadas, mayores y jóvenes, su feminidad lo atraía irremisiblemente. Un bajar de pestañas, la

curva de un labio o de una cadera; todo le parecía fascinante.

En sus treinta y dos años de vida, había hecho todo lo posible por demostrar a todas las mujeres cuánto las apreciaba.

Se consideraba un hombre afortunado, porque ellas lo habían correspondido siempre con el mismo aprecio.

Tenía otros amores. Su familia, su granja, el olor del pan en el horno, el sabor de una cerveza helada en un día caluroso. Pero las mujeres eran otra cosa, tan variadas, distintas y deliciosas.

En aquel momento estaba sonriendo a una mujer. A pesar de que Regan era la mujer de su hermano, y Shane sólo sentía por ella un inocente cariño fraterno, podía apreciar sus considerables atributos. Le gustaba la forma en que su pelo rubio oscuro se curvaba alrededor de su rostro. Le encantaba el lunar que tenía cerca de la boca, y la forma que tenía de vestir, siempre impecable y, sin embargo, provocativa.

Pensó que, ya que había decidido atarse a una mujer, Rafe no podía haber hecho una elección mejor.

—¿Estás seguro de que no te importa, Shane? —¿Que si no me importa qué? —preguntó levantando al último de los MacKade—. Ah, lo del aeropuerto. Perdona, estaba distraído pensando en lo guapa que estás.

Regan rió. Tenía el pelo alborotado. Jason MacKade, su hijo pequeño, lloraba a pleno pulmón, y se temía que olía más a los pañales del niño que a la colonia que se había puesto por la mañana.

—Tengo un aspecto horrible.

—Nada de eso. Estás tan guapa como siempre. Regan miró el parque que había colocado en la trastienda de su comercio de antigüedades. Nate, su hijo mayor, jugaba con sus cosas. Se parecía mucho a su padre. Lo que significaba, naturalmente, que también se parecía a su tío Shane.

—Muchas gracias. Me vienen bien los halagos. Siento mucho tener que pedirte este favor. Shane la miró servir el té y se resignó a beberse.

—No pasa nada, de verdad que no me importa. Iré a buscar a tu compañera de universidad y te la traeré sana y salva. Es científica, ¿no?

—Sí. Es muy inteligente. Excepcional. Sólo compartí habitación con ella durante un año. Estudiábamos cosas distintas, y ella tenía sólo quince años, pero acabó licenciándose cum laude un año antes que el resto de su clase. Qué miedo, ¿verdad?

Regan se levantó para recoger al bebé, que estaba considerablemente más tranquilo en brazos de su tío.

—Siempre estaba en un laboratorio o en la biblioteca —prosiguió.

—Qué chica más animada.

—La verdad es que era, bueno, es, bastante seria y un poco tímida. A fin de cuentas, era más joven que todos los demás. Pero acabamos por hacernos amigas. Quería venir a la boda, pero estaba en Europa o África —intentó recordar—. No sé, en algún sitio.

Shane pensaba con nostalgia en sus quince años, cuando aprendió el misterio de

los sujetadores de cierre trasero. A oscuras.

—Me alegro de que venga a verte una amiga. —En realidad, para ella es una especie de viaje de trabajo.

Regan se mordió el labio. Sólo había comentado a Rafe el motivo de la visita de Regan, pero supuso que ya que Shane iría al aeropuerto a buscarla, debía darle explicaciones.

Se quedó mirándolo, pensativa. Todos los MacKade eran impresionantes, pero Shane tenía algo especial. Un encanto añadido, o algo parecido.

Por supuesto, se parecía físicamente a todos sus hermanos. Tenía el pelo denso y negro, que llevaba ahora recogido en una coleta. También compartía con ellos el rostro anguloso, el hoyuelo que aparecía cuando hacía gala de su media sonrisa, y los ojos verdes de pestañas densas. Su tono de verde evocaba el del mar en el crepúsculo.

También tenía la misma constitución. Era alto, esbelto y musculoso, de anchos hombros, estrechas caderas y piernas larguísimas.

Tenía el encanto. Todos los MacKade tenían encanto para dar y tomar, pero Regan pensó que Shane tenía más aún. Había algo en la forma en que sus ojos se posaban sobre las mujeres, en la rápida sonrisa de aprecio que aparecía en sus labios cuando hablaba con alguna, tuviera ocho u ochenta años. Era de trato fácil y fluido. Podía enfurecerse en un momento y olvidarse inmediatamente de su enfado.

Probablemente asustaría a la pobre y tímida Rebecca.

—El niño te adora —murmuró.

—Tú no paras de tener hijos y yo no paro de quererlos.

Regan ladeó la cabeza, divertida.

—¿Sigues sin estar dispuesto a sentar la cabeza?

—¿Para qué? Soy el último MacKade soltero. Tengo la obligación de mantenerme firme para poder cuidar a cualquiera de mis sobrinos.

—Y te tomas tu deber muy en serio.

—Por supuesto. Se ha quedado dormido —se inclinó para besar a Jason en la frente—. ¿Quieres que lo acueste?

—Gracias —esperó a que Shane depositara al bebé en la cuna antigua—. Rebecca espera que sea yo quien vaya a buscarla. No he podido localizarla antes de que se marchara —se pasó la mano por el pelo—. La niñera tenía un compromiso, y Rafe se ha ido a Hagerstown a comprar material de construcción. Cassie ya tiene bastante trabajo. Emma está enferma, y no puedo pedir a Savannah que me ayude.

—La última vez que la vi parecía a punto de dar a luz.

—Desde luego. Su embarazo está demasiado avanzado, y no es conveniente que haga un viaje de tres horas en coche ella sola. Me van a traer un cargamento de muebles esta tarde, y no sabía a quién más recurrir.

—No te preocupes —para demostrarlo, la besó en la punta de la nariz—. No creo que sea tan guapa como tú, ¿verdad?

Regan rió.

—Comparaciones aparte, no está nada mal. Claro que hace cinco años que no la

veo. La última vez fue en un viaje rápido que hizo a Nueva York, para dar una conferencia o algo parecido. Tiene cuatro años menos que yo y tiene dos doctorados, tal vez más. Es imposible seguirle la pista.

Shane no pestañeó. Le gustaban las mujeres con cerebro tanto como las mujeres sin cerebro. Pero estaba convencido de que la belleza y la inteligencia no solían combinarse, por lo que suponía que no se encontraría con una beldad en el aeropuerto.

—Psiquiatría e historia, desde luego —continuó Regan—. Ya sé que es una mezcla muy rara, pero Rebecca es única. También estaba haciendo algo de matemáticas, y física o química, no me acuerdo.

—¿Por qué hace tantas cosas?

—Tratándose de Rebecca, creo que ella se habrá preguntado por qué no hacerlas. Tiene una capacidad de aprendizaje asombrosa. Lee cualquier cosa y la archiva rápidamente aquí —se señaló la cabeza con un gesto.

—Así que es psiquiatra.

—No tiene consulta como psiquiatra. Investiga y escribe artículos sobre el tema. Antes trabajaba gratis un día a la semana en una clínica. Por lo visto es una autoridad en... no sé, una psicosis. O tal vez una fobia. En cualquier caso... —lo miró nerviosa—. También le interesa la parapsicología.

—¿Además de todo eso se dedica a perseguir fantasmas?

—Le interesa el estudio de los fenómenos paranormales. Sobre todo, los encantamientos. —Pues eso, los fantasmas —concluyó Shane—. ¿No crees que ya tenemos bastantes por aquí? —De eso se trata. Le interesa la zona, las leyendas. Para ti es algo distinto —se apresuró a decir, consciente de la aversión que sentía su cuñado por las leyendas locales—. Tú te criaste rodeado de todo eso. La casa de los Barlow, los dos cabos, el bosque encantado. Eso de los encantamientos es uno de los principales motivos por los que Rafe y yo hemos tenido tanto éxito con el albergue. A la gente le encanta la idea de alojarse en una casa encantada.

Shane se limitó a encogerse de hombros. A fin de cuentas, él vivía en una casa encantada. —No me importa que investiguen lo que quieran. Lo que pasa es que cuando a los turistas les da por meterse en la granja...

La expresión de Regan hizo que se detuviera a mitad de la frase. La miró con desconfianza. —Tu amiga quiere meterse en la granja, ¿verdad?

—Quiere investigar todos los fenómenos posibles, así que supongo que querrá mirar en la granja. Pero estás en tu derecho de impedirselo, si quieres. Tendrás que conocerla un poco. Es una mujer verdaderamente fascinante. En fin, aquí tienes el número de vuelo y todo eso —dijo arrancando una hoja de la libreta.

—Aún no me has dicho cómo es. Dudo que sea la única mujer que venga en el avión de Nueva York.

—Es verdad. Tiene el pelo castaño y liso. Antes lo llevaba casi siempre recogido en una coleta. Tiene los ojos marrones, y aproximadamente mi estatura, delgada...

—¿Esbelta o flaca? Hay una gran diferencia.

—Creo que tirando a flaca. Puede que lleve gafas. Sólo se las pone para leer, pero

normalmente se le olvida quitárselas y acaba chocando con las cosas.

—Así que voy a buscar a una castaña flaca y patosa con gafas. De acuerdo.

—Es muy atractiva —añadió Regan con lealtad—. Tiene un atractivo muy extraño, ya lo verás. Otra cosa. Intenta ser agradable, porque es muy tímida.

—Yo siempre soy agradable con las mujeres. —De acuerdo, entonces pórtate bien. Si no la ves, puedes pedir que la llamen por megafonía. Es la doctora Rebecca Knight.

A Shane le gustaban los aeropuertos. La gente parecía tener prisa para llegar a donde fuera o para volver de donde hubiera estado. Todo el mundo corría de un lado a otro, empujando carritos cargados de maletas. Se preguntaba por qué nadie parecía estar a gusto en un sitio.

No era que estuviera en contra de los viajes; simplemente pensaba que podría llegar a donde quisiera sentado al volante de su camioneta. Así era él quien controlaba el tiempo, la distancia y la velocidad.

Pero no todo el mundo era igual.

También suponía que podría identificar a la compañera de universidad de Regan, ya que era una mujer, y siempre se fijaba en las mujeres. Sólo tenía que buscar a una de aproximadamente veinticinco años, de un metro sesenta y cinco, de pelo castaño y ojos marrones, que probablemente llevaría unas gruesas gafas. Por lo que le había dicho Regan, no suponía que Rebecca Knight tuviera demasiado estilo, así que sería la típica mujer con aspecto intelectual y serio, con un maletín y unos zapatos bajos.

Se sentó frente a la puerta de desembarque y se puso a mirar a una pareja de azafatas. Eran tan guapas que supuso que constituirían un aliciente para pasarse varias horas en una lata de sardinas volante.

Cuando empezaron a salir los pasajeros, se puso a examinarlos. Antes que nada, salió una manada de hombres de negocios con traje de chaqueta y corbata, que parecían tener más prisa que nadie. Ninguna cantidad de dinero podría convencerlo para vestirse así ocho horas al día. Después, salió una atractiva rubia con pantalones rojos, que lo miró con una sonrisa al pasar junto a él.

A continuación, iba una guapa morena con enormes ojos dorados, que le recordaban el collar de ámbar de su madre.

Después salió una anciana, con una enorme holsa de compras, que sonrió a los tres niños que corrieron a abrazarla.

Decidió que ya la tenía cuando vio a una mujer escuchimizada con el pelo recogido en un frío moño. Como equipaje de mano llevaba un grueso maletín negro. Sus zapatos de cordones de suela gorda y sus gafas cuadradas indicaban que era ella. Miró a su alrededor, como perdida.

—Hola —se acercó a ella con una sonrisa, y le guiñó un ojo con tal familiaridad que la hizo dar tres pasos atrás, chocando contra un hombre—. ¿Qué tal estás? —se agachó a levantar el maletín—. Soy Shane. Regan me ha mandado a buscarte, porque no ha podido venir. ¿Qué tal el vuelo?

La mujer se abrazó al maletín, como si fuera una coraza.

—Voy a llamar a seguridad.

—Tranquila, Becky. Sólo quiero llevarte a casa.

La mujer abrió la boca para gritar. Cuando Shane tendió la mano para tranquilizarla, ella le dio un fuerte golpe con el maletín. Antes de que Shane decidiera si debía reír o enfadarse, sintió que alguien le tocaba el brazo.

—Disculpa —la mujer morena de los ojos ambarinos lo miró detenidamente, levantando una ceja—. Creo que has venido a buscarme a mí —sus voluminosos labios se arquearon en una sonrisa—. Dices que te llamas Shane, así que supongo que serás Shane MacKade.

—Sí —se volvió para mirar a la mujer a la que había tomado por Rebecca—. Perdona.

Pero ella ya se marchaba corriendo, como alma que lleva el diablo.

—Supongo que será lo más emocionante que le ha pasado en mucho tiempo —comentó la mujer—. Soy Rebecca Knight —añadió tendiéndole la mano.

No era lo que Shane esperaba, pero examinándola detenidamente se dio cuenta de que tampoco estaba muy alejada del modelo. Tenía un aspecto intelectual, cuando se conseguía apartar la vista de sus cautivadores e inteligentes ojos. No llevaba zapatos prácticos, pero sí un peinado práctico, con el pelo muy corto. A él le gustaban las mujeres de pelo largo, pero debía reconocer que a Rebecca le quedaba muy bien aquel peinado, que realzaba los preciosos rasgos de su cara.

Probablemente estaba flaca, pero resultaba difícil de adivinar, con la enorme chaqueta y los anchos pantalones que llevaba, todo en color negro.

Shane volvió a sonreír y estrechó su larga y fina mano.

—Regan me dijo que tenías los ojos marrones, pero no es así.

—Claro que los tengo marrones. Marrón claro. ¿Qué tal está Regan?

—Muy bien. No ha podido venir porque esta tarde iban a llevarle un pedido. Deja que te lleve eso —dijo tendiendo la mano hacia la gran bolsa de viaje que llevaba colgada del hombro.

—No, gracias. Eres uno de sus cuñados, ¿no? —Sí —respondió, tomándola del brazo y emprendiendo la marcha para salir del aeropuerto. Rebecca se fijó en que tenía los dedos fuertes y buscaba inconscientemente el contacto físico, pero no le importaba. No iba a gritar, como había hecho la otra mujer y como habría hecho ella misma unos meses atrás si se hubiera visto cara a cara con un hombre como aquél.

—Eres el que lleva la granja, ¿no? —Exactamente. A primera vista, no tienes demasiada pinta de médico.

—¿Tú crees? —preguntó lanzándole una mirada fría que había practicado durante horas frente al espejo—. ¿Y esa mujer que probablemente está sufriendo un colapso en el servicio sí que la tiene?

—Era por los zapatos —explicó, mirando con una sonrisa los zapatos negros y bajos de Rebecca.

—Ya veo.

Mientras bajaban por el ascensor para ir a recoger el equipaje, Rebecca se volvió

para mirarlo. Llevaba una camisa de franela con el cuello abierto, unos vaqueros desgastados y unas botas viejas. Tenía las manos grandes y callosas, y el pelo negro salía bajo la gorra, sobre una cara bronceada que podría encontrarse en un anuncio de cualquier cosa.

—Tú sí que tienes aspecto de granjero —concluyó—. ¿Cuánto se tarda en llegar a Antietam? Shane se preguntó si aquello había sido un insulto o un cumplido, pero decidió contestar de todas formas.

—Algo más de una hora. Vamos a buscar tus maletas.

—Las van a enviar —le mostró la bolsa que llevaba al hombro—. Esto es todo lo que tengo de momento.

Shane no podía librarse de la incómoda sensación de ser observado, estudiado y diseccionado como una rana en un laboratorio.

—Muy bien.

Se sintió aliviado cuando Rebecca se sacó unas gafas de sol del bolsillo de la chaqueta y se las puso.

Estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran, pero no como si se encontrara en el portaobjetos de un microscopio.

Cuando llegaron a la camioneta, Rebecca miró el vehículo y se volvió para mirarlo a él, que le estaba abriendo la puerta. Le dedicó una de sus sonrisas frías y se bajó las gafas para mirarlo por encima.

—Ah, otra cosa, Shane.

—¿Sí? —preguntó frunciendo el ceño. —Nadie me llama Becky.

Dicho aquello, se recostó en el asiento y dejó la bolsa en el suelo.

Le gustó el camino. Shane conducía bien, y la camioneta marchaba con suavidad. No pudo evitar sentirse satisfecha por haberlo enfadado, aunque sólo fuera un poco. No resultaba fácil alterar a los hombres que, además de tener el aspecto arrebatador de Shane MacKade, rezumaban sensualidad y confianza en sí mismos.

Había pasado gran parte de su vida sintiéndose intimidada cuando se encontraba rodeada de gente. Hacía sólo unos meses que había empezado a mejorar en aquel sentido. Se había convertido en su propio proyecto de terapia, y tenía la impresión de que las cosas marchaban muy bien.

Tenía que reconocer que Shane, enfadado o no, era un hábil conversador. Tardaron poco en salir de la autopista y adentrarse por serpenteantes carreteras secundarias. El paisaje era muy bonito. Las casas, las colinas, las praderas y los árboles brillaban bajo el sol de final de agosto. De vez en cuando, veía vacas y caballos.

Shane había bajado el volumen de la radio, y lo único que se oía verdaderamente por los altavoces era la batería.

La cabina de la camioneta estaba limpia, con excepción de unos cuantos pelos de perro dorado. Había un par de notas sujetas con imanes al salpicadero, y un puñado de monedas en el cenicero, pero todo estaba ordenado.

Tal vez fue aquél el motivo por el que vio un pendiente dorado que sobresalía por

debajo de la alfombrilla. Se agachó para recogerlo.

—¿Es tuyo?

Shane miró de reojo y recordó que Frannie Spader llevaba unos pendientes como aquél una vez que habían salido a dar una vuelta juntos. —De una amiga.

Le tendió la mano. Rebecca le entregó el pendiente, y lo dejó caer en el cenicero, entre las monedas.

—Querrá que se lo devuelvas —observó Re—becca—. Es de catorce quilates. Así que sois cuatro, ¿no?

—Sí. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—No. ¿Llevas la granja de la familia?

—Sí, fue lo que acordamos. Jared tiene su bufete, Rafe es constructor y Devin es el sheriff. —Y tú eres el granjero. ¿Qué haces en la granja?

—Me ocupo del ganado. Vacas, cerdos... También cultivo maíz, heno y alfalfa, sobre todo para dar de comer a los animales.

Shane sabía que Rebecca lo absorbía todo con sus enormes ojos.

—También he tenido una excelente cosecha de patatas.

—¿De verdad? —Rebecca se golpeaba la rodilla con los dedos, inconscientemente, al ritmo de la batería—. ¿No es demasiado trabajo para una sola persona?

—Mis hermanos me ayudan cuando es necesario. Y a veces contrato a algún estudiante para que me eche una mano. Además, tengo un par de sobrinos, de once años, y normalmente consigo convencerlos de que es divertido dar de comer a los animales.

—¿Y es divertido?

—A mí me gusta —la miró—. ¿Has estado alguna vez en una granja?

—La verdad es que no. Soy bastante urbana. —Entonces, te espera una sorpresa en Antietam. Es lo más rural que puedas imaginar. —Eso me ha dicho Regan. Por supuesto, conozco la zona, por los estudios. Es interesante que acabara convirtiéndose en uno de los principales campos de batalla de la guerra civil.

—A Rafe le interesan esas cosas mucho más que a mí. A la tierra le da igual ser histórica, siempre que se encarguen de ella.

—¿Así que no te interesa la historia?

—No demasiado —entró en el puente que cruzaba el río Potomac, separando los estados de Virginia y Maryland—. La conozco —añadió—. No se puede pasar toda la vida en un sitio sin conocer su historia. Pero no es algo que me interese mucho.

—¿Y los fantasmas?

—Tampoco les presto demasiada atención. Una sonrisa apareció en la boca de Rebecca. —Pero los conoces.

Shane volvió a encogerse de hombros. —Están incluidos en el paquete. Te recomiendo que hables de eso con el resto de la familia.

—Trabajas y vives en una granja que dicen que está encantada.

—Eso dicen —no le apetecía pensar en ello, ni hablar de ello—. Regan me comentó

que venías a estudiar esas cosas.

—Sí, me interesan los fenómenos paranorma—les —su sonrisa se ensanchó—. Pero no es mi trabajo. Se trata sólo de una afición.

—Entonces, te sentirás en tu salsa en la vieja casa de los Barlow, el sitio que restauraron juntos Rafe y Regan. Ahora es un hotel. Lo lleva una de mis cuñadas. Está lleno de fantasmas, si crees en esas cosas.

—Desde luego que me interesa. Espero que puedan darme alojamiento ahí. Me gustaría estudiar la casa. Por lo que me ha dicho Regan, tu casa es muy grande. También me gustaría alojarme en ella.

A Shane no le importaría tener compañía, aunque no le hacía gracia el propósito de la visita de Rebecca.

—Regan no me ha comentado cuánto tiempo tienes pensado estar aquí.

—Depende —miró por la ventana mientras Shane tomaba una carretera recortada en la montaña—. Depende de lo que tarde en encontrar lo que busco y documentarlo.

—¿No tienes que ir al trabajo?

—Me he tomado un año sabático —las posibilidades eran tan maravillosas que cerró los ojos para saborearlas—. Tengo todo el tiempo del mundo y estoy dispuesta a disfrutarlo —volvió a abrir los ojos y vio el brillo del pendiente en el cenicero—. No te preocupes, no voy a llenar tu casa de trastos. Cuando llegue el momento, me podrás meter en una habitación pequeña. Me encargaré de mi trabajo y dejaré que te encargues del tuyo.

Shane abrió la boca para contestar, pero Rebecca emitió un sonido de sorpresa y se enderezó en su asiento.

—¿Qué?

Se quedó sacudiendo la cabeza, pensando con incredulidad que era la primera vez que iba allí, aunque tuviera la sensación opuesta. Las colinas se alzaban, verdes, tachonadas de rocas plateadas. En la distancia, las montañas más altas aparecían como sombras moradas contra el cielo. Los campos de maíz se agitaban con el viento a ambos lados de la carretera. En una pradera, las vacas blancas y negras pastaban como si estuvieran posando para una postal.

Al final se veía un bosque, denso y oscuro. A un lado corría un arroyo.

—Tiene el aspecto que debería tener —murmuró suavemente—. Es exacto. Perfecto.

—Gracias. Es la tierra de los MacKade —redujo la velocidad, orgulloso—. Desde aquí no se ve la casa en esta época del año. Los árboles son demasiado densos. Se va por ese camino.

Rebecca vio la carretera de grava, que se perdía entre los árboles. Asintió, acallando los fuertes latidos de su corazón.

Pasara lo que pasara, volvería a aquel sitio. Y se quedaría todo el tiempo necesario para encontrar la respuesta a todas sus preguntas.

Respiró profundamente y se volvió hacia Shane.

—¿Cuánto queda para llegar al pueblo? —Unos pocos kilómetros —observó su palidez, preocupado—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —a pesar de ello, bajó la ventanilla para respirar aire fresco—. Claro que me encuentro bien.

Capítulo 2

Regan vio por el escaparate de su tienda la camioneta, que aparcaba junto a la acera. Corrió al exterior con un niño en cada brazo. —Doctora Knight.

—Señora MacKade.

Rebecca salió corriendo de la cabina de la camioneta y se lanzó a los brazos de su amiga. Shane observó, complacido, que había perdido el aire frío y científico. Miró sonriente a las dos mujeres. Tenía algunas reservas con respecto a Rebecca Knight, pero no cabía duda de que apreciaba a Regan.

—Te he echado mucho de menos —dijo Rebecca, con lágrimas en los ojos—. Estás guapísima, Regan. ¿Es increíble! Tus hijos.

Dejó que las lágrimas fluyeran. Nunca había tenido que contenerse ni sentirse ridícula con Regan. Acarició la mejilla de Nate y pasó los dedos por el suave pelo del bebé.

—Te pierdo de vista un par de años —continuó— y mira lo que haces. Casada y con dos hijos. ¿Me dejas que sujete a uno?

Nate le tendió los brazos.

—Debes parecerte a tu papá —comentó Rebecca.

—Papá —convino Nate—. ¡Shane! —al ver a su tío empezó a saltar en los brazos de Rebecca—. ¡Quiero que me lleves a caballo, Shane!

—Desde luego, mira que elegir a tu tío pudiendo estar con una mujer tan guapa...

Subió a sus hombros al pequeño Nate, que se agarró a su pelo para no caerse.

—Veo que has sido capaz de encontrarla en el aeropuerto —dijo Regan, con una sonrisa—. Siento no haber podido ir a buscarte personalmente —añadió, mirando a su amiga.

—Ya veo que estás ocupadísima. No te preocupes, tu cuñado se las ha arreglado muy bien. —Debes de estar cansada. Ven a la tienda. Estoy a punto de cerrar. Entra a tomar un té, Shane.

—No puedo, tengo que irme. Gracias de todas formas. Abajo, Nate.

Regan bajó a su hijo de la montura.

—Gracias —se despidió de Shane, dándole un beso en los labios—. Te debo un favor. Mañana celebraré una cena de bienvenida en honor de Rebecca, cuando haya tenido tiempo de recuperar el aliento. Vas a venir, ¿verdad?

—¿Una comida gratis? Cuenta con ello. Hasta mañana.

—Gracias por traerme, granjero —dijo Rebecca.

Shane se detuvo en la puerta del camión. —De nada, Becky.

Regan levantó una ceja para mirar a su amiga, cuando se marchó Shane.

—¿Becky?

—Es una broma nuestra —se quedó mirando las viejas casas de piedra, con gente

sentada en el exterior—. Sigo sin acostumbrarme a la idea de que Regan Bishop tenga una tienda en un pueblo.

—Me encantó este sitio en cuanto lo vi. Entra y dime qué te parece la tienda.

En el momento en que entró en Past Times, Rebecca lo entendió. Las antigüedades estaban impregnadas del estilo y la elegancia de Regan. El interior olía a aceite de lustrar maderas y a polvos de talco.

—Así que eres madre —dijo después de examinar la tienda—. ¿Cómo te sientes?

—Es increíble. Estoy deseando que conozcas a Rafe.

Entró en la trastienda y dejó al bebé en la cuna. Después sentó a Nate en una silla alta y le dio una galleta para que se entretuviera. —Claro —prosiguió— que si has visto a Shane tendrás una idea bastante aproximada del aspecto de los MacKade.

—¿Son todos como él?

—¿Altos, de pelo oscuro y ridículamente guapos? Todos ellos. Además, tienen la reputación de chicos malos correspondiente —se apoyó en el respaldo y contempló detenidamente a Rebecca—. Ya sé que es lo que siempre se dice la gente cuando lleva mucho tiempo sin verse, pero lo tengo que decir de todas formas. Estás guapísima. Impresionante.

Rebecca sonrió y se pasó la mano por el pelo. —Me atreví a hacer esta locura hace unos meses, cuando estaba en Europa. Siempre intentabas convencerme para que hiciera algo con mi pelo.

—La verdad es que nunca se me habría ocurrido recomendarte que hicieras algo tan drástico, pero la verdad es que te queda muy bien. Y la ropa...

—Sí, también he cambiado bastante de forma de vestir —sonrió—. También en Europa. Tuve una crisis de estilo, por así decirlo. Paseaba por Londres y vi a una mujer reflejada en un escaparate. Tenía un aspecto horrible. Llevaba el pelo enredado, colgando por delante de la cara, y llevaba un traje marrón, la cosa menos favorecedora que puedas imaginar. Me dio mucha pena que tuviera ese aspecto, y como daba la casualidad de que era yo...

—Eres demasiado dura contigo misma. —Estaba hecha una pena —dijo Rebecca con firmeza—. Era como todo el mundo esperaría que fuera, la niña prodigio con el cerebro rápido y la pinta de mosquita muerta. Me metí en el primer salón de belleza que encontré, sin dejarme tiempo para pensar e intentar ser razonable, y me puse en sus manos. ¿Quién habría dicho que un corte de pelo decente podría cambiar tanto cómo me siento? Me parecía algo demasiado vacío, pero aun así salí cargada con cientos de dólares en cosméticos.

Se rió para sí al darse cuenta de que, después de tanto tiempo, seguía saboreando el momento. —Después —prosiguió—, me di cuenta de que el aspecto no era importante, pero tener mal aspecto podía ser un problema.

—Entonces, te lo diré otra vez. Estás guapísima —tomó entre las manos una mano de Rebecca—. De hecho, ya que estás contenta con el cambio, seré completamente sincera y te diré que estás irreconocible. Me alegro mucho de verte tan bien.

—Tengo que decirte esto —apretó fuertemente las manos de Regan—. Fuiste la

primera amiga de verdad que tuve en mi vida.

—Rebecca...

—La primera. La única persona que no me trataba como a un bicho raro. Hace mucho que quiero decirte lo que esto significaba para mí. Lo que significabas para mí. Pero no era capaz de exteriorizar algo así, ni siquiera conmigo.

—Vas a volver a hacerme llorar —acertó a decir Regan.

—Hay algo más. Me daba mucho miedo venir aquí. Me preocupaba que nuestra amistad, la conexión que había entre nosotras, hubiera dejado de existir. Pero sigue ahí, como si no hubiéramos estado separadas tanto tiempo. ¿Tienes un pañuelo?

Regan buscó en la bolsa de las cosas de los niños y sacó una caja de pañuelos de papel. Cada una tomó uno.

—Me siento muy feliz —dijo entre lágrimas. —Yo también.

Rebecca decidió que la vieja casa de piedra que se alzaba a las afueras del pueblo encajaba a la perfección con Regan y Rafe MacKade. Tenía el encanto masculino y duro de Rafe y el estilo femenino y gracioso de Regan, combinados. El parecido entre Shane y Rafe era tan marcado que lo habría identificado como hermano suyo sin dudarlo, por lo que no se sorprendió cuando la tomó en sus brazos para abrazarla en el momento en que la vio.

Ya se había dado cuenta de que a los MacKade les gustaban las mujeres.

—Regan lleva dos semanas como loca, preparando tu visita —le dijo a Rebecca, mientras se tomaban una copa de vino en el salón.

—Eso no es cierto. Tampoco me he tomado tantas molestias.

Rafe sonrió y acarició el brazo de su esposa. —Ha sacado brillo a los muebles por lo menos dos veces, y ha limpiado con la aspiradora todos los pelos de perro.

Acarició con el pie al labrador dorado que estaba tumbado en la alfombra.

—Casi todos los pelos de perro —corrigió Regan.

—Me siento halagada.

Rebecca dio un salto cuando Nate tiró por los aires la casa que estaba construyendo con bloques.

—Qué perfeccionista —comentó Rafe—. Como la casa no estaba bien construida, en vez de modificarla la ha demolido.

—Ven a jugar conmigo, papá.

—Los cimientos son lo más importante —dijo Rafe, sentándose en el suelo junto a su hijo—. Regan dice que quieres examinar el hotel detenidamente —añadió, mirando a su invitada mientras disponía los bloques ordenadamente.

—Sí. Me gustaría alojarme aquí, por lo menos durante unos días, si tenéis alguna habitación libre.

—¿Qué tontería es ésta? —protestó Regan—. ¿Es que no quieres quedarte en casa con nosotros? Rebecca sonrió a Regan.

—Claro que sí, pero me vendría bien quedarme a pasar unas cuantas noches en el hotel. —Cazando fantasmas —dijo Rafe, guiñando el ojo a su hijo.

—Si te gusta llamarlo así... —dijo con frialdad. —No me malinterpretes —dijo

Rafe—. Claro que hay fantasmas. La primera vez que tuve a Regan entre mis brazos fue cuando se desmayó en el vestíbulo del hotel. Estaba asustadísima.

—Eso no es cierto del todo —protestó Regan—. Pensé que Rafe estaba burlándose de mí y que era él quien hacía los ruidos, y cuando me di cuenta de que no era él... Bueno, me puse bastante nerviosa.

—Háblame de eso —dijo Rebecca, adelantándose fascinada—. ¿Qué viste?

—No vi nada —dejó escapar el aliento y miró a su hijo de reojo—. Era más la sensación de no estar sola. La casa llevaba varios años vacía y abandonada. Rafe no había empezado siquiera con las reformas. Pero había ruidos. Pasos, puertas que se cerraban y cosas así. En un tramo de la escalera hace mucho frío, hasta en verano.

—¿Un punto álgido? Qué interesante —Rebecca había adoptado la actitud de una científica que recopilara datos—. ¿Lo sentiste?

—Hasta los huesos. Fue una sensación estremecedora. Rafe me contó más adelante que un joven soldado confederado había sido asesinado justo en ese lugar, el día de la batalla de Antietam.

—Los dos cabos —dijo Rebecca, para sorpresa de Regan—. He estado investigando sobre las leyendas de la zona. Dos soldados de bandos contrarios se encontraron en el bosque el 17 de septiembre de 1862. No se sabe si se habían perdido o si tenían intención de desertar. Los dos eran muy jóvenes. Se hirieron de muerte mutuamente. Uno llegó a la casa de Charles Barlow, que ahora es el hotel MacKade. Abigail, la señora, era del sur, aunque estaba casada con un hombre de negocios yanqui. Hizo que subieron al soldado herido, y cuando estaban a mitad de la escalera, llegó el marido y lo mató de un disparo.

—Exactamente —convino Regan—. A menudo huele a rosas en la casa. Las rosas de Abigail. —¿De verdad? —preguntó Rebecca, interesada—. Esto es fascinante —sus ojos se hicieron soñadores durante un momento, para recuperar inmediatamente el aire científico—. Conseguí ponerme en contacto con un descendiente de uno de los criados de los Barlow, que estaba allí en aquel momento. Parece que Abigail se es—forzó por cuidar al soldado lo mejor que pudo, incluso después de su muerte. Pidió a los criados que lo registraran, y encontraron cartas. Escribió a sus padres y se encargó de que devolvieran su cadáver a casa para enterrarlo.

—No lo sabía —murmuró Regan.

—Abigail lo mantuvo en secreto, probablemente para evitar la cólera de su marido. El chico se apellidaba Gray. El cabo Franklin Gray, que nunca llegó a cumplir los diecinueve años.

—Hay gente que oye el disparo y los llantos. Cassie, que es la mujer de Devin, es la encargada del hotel. Ella podrá darte más detalles.

—Me gustaría ver mañana el hotel, si es posible. Y el bosque. También necesito ver la granja. El otro cabo, de nombre desconocido, fue enterrado por los MacKade. Espero averiguar algo más. Supongo que recibiré mi equipo mañana por la tarde, o pasado mañana.

—¿Tu equipo? —repitió Rafe.

—Sensores, cámaras, termómetros de precisión. La mejor forma de enfocar la parapsicología es la de considerarla la investigación científ—fica de fenómenos que por ahora no tienen explicación. Decidme, ¿ha habido actividades telecinéticas? ¿Alguien ha visto que los objetos inanimados se muevan por sí solos?

—No —respondió Regan, estremeciéndose—. Y estoy segura de que nos habríamos enterado si hubiera ocurrido algo así.

—Bueno, no perderé la esperanza. Regan se quedó mirándola anonadada. —Antes eras tan...

—¿Sería? Lo sigo siendo. Te aseguro que me tomo esto muy en serio.

—De acuerdo —Regan se puso en pie, sacudiendo la cabeza—. Será mejor que empiece a tomarme en serio lo de la cena.

—Voy a echarle una mano.

Regan levantó una ceja al ver que Rebecca se levantaba.

—No me digas que también has aprendido a cocinar en Europa.

—No. Soy incapaz de cocer un huevo.

—Siempre decías que era algo genérico.

—Sí, ya lo recuerdo. Ahora creo que es una simple fobia. La cocina es muy peligrosa. Filos, puntas afiladas, calor, llamas... Pero aún recuerdo cómo poner una mesa.

—En fin; algo es algo.

Más tarde, aquella noche, cuando Rebecca se retiró a su habitación, se acurrucó en el gran sillón que había junto a la ventana, frente a un libro y una taza de té. Le llegaba el sonido, amortiguado por las puertas, del llanto del bebé, y de unos pasos que se dirigían hacia él. La calma se restableció casi de inmediato, cuando, imaginó Rebecca, Regan fue a tranquilizarlo. Nunca habría imaginado a la Regan Bishop que conocía con hijos. En la universidad, Regan era siempre muy energética, interesada por todos y por todo. Por supuesto, tenía mucho éxito entre los hombres, recordó con una sonrisa. Una mujer con el aspecto de Regan siempre atraería a los hombres. Pero no se trataba sólo de su belleza. Era sobre todo su encanto lo que la hacía tan popular entre hombres y mujeres.

Rebecca, la seria y apagada Rebecca, siempre desplazada y fuera de lugar, se había sentido increíblemente halagada cuando Regan le ofreció su amistad. Era muy tímida, pensó, mirando por la ventana mientras se calentaba las manos con la taza. Reconocía que seguía siéndolo, bajo el barniz que había adquirido en los meses anteriores. En aquella época no sabía tratar con la gente, y se sentía indefensa en el dinámico ambiente de la universidad.

Con excepción de Regan, que no se sentía molesta en compañía de una chica mucho más joven, callada y poco atractiva.

Era algo que no olvidaría nunca. Sentada allí, en la preciosa habitación de huéspedes, con su enorme cama adosada y las preciosas lámparas de globo, se sentía muy feliz por la maravillosa vida que había encontrado su amiga.

Tenía un marido que la adoraba, sin lugar a dudas. El amor que Rafe sentía por

Regan saltaba a la vista siempre que estaban juntos.

Un hombre fuerte, guapo y fascinante, dos hijos deliciosos, un negocio próspero y una casa preciosa. Le encantaba ver a Regan tan satisfecha.

En cuanto a ella, la satisfacción parecía eludirla. El mundo académico, que tanto la había atraído, empezaba a convertirse en una prisión, más que un hogar. Y en realidad, era el único hogar que había conocido en su vida. Pero había huido de él, al menos por unos meses. Estaba dispuesta a explorar otras facetas de sí misma que no tuvieran nada que ver con la acumulación de conocimientos.

Quería sentimientos, emociones, pasiones. Quería arriesgarse, equivocarse, hacer cosas alocadas y excitantes.

Tal vez eran los sueños, aquellos sueños extraños y recurrentes, los que la habían empujado, pero en cualquier caso, el hecho de que su mejor amiga se hubiera ido a vivir a Antietam, una localidad plagada de historia y leyendas, era una tentación irresistible.

No sólo le daba la oportunidad de visitarla, para reforzar una importante relación, sino que le ofrecía la posibilidad de dedicarse a fondo a su mayor afición.

No sabía exactamente cuándo había empezado a sentirse atraída por el estudio de los fenómenos paranormales. Tenía la impresión de que había sido algo gradual. Se iba interesando a medida que leía artículos y se planteaba preguntas.

Por supuesto, también estaban los sueños. Habían empezado varios años atrás. Se trataba de imágenes que parecían recuerdos. A lo largo del tiempo, su duración y su claridad se había incrementado.

Había empezado a documentarlos. A fin de cuentas, era psiquiatra, por lo que comprendía el valor de los sueños. Como científica, respetaba la fuerza del subconsciente. Había enfocado el asunto tal y como lo haría con cualquier proyecto, de forma organizada, precisa y objetiva. Pero su objetividad solía verse superada por la simple curiosidad.

De modo que estaba allí. No sabía si era cosa de su imaginación, de la casualidad o del destino, pero había llegado a un lugar al que siempre había sabido que iría. Tal vez algo la hubiera atraído.

Pero ya lo vería.

Mientras tanto, disfrutaría de su estancia. Estaría con Regan, admiraría la belleza del campo e investigaría para su satisfacción personal y profesional la historia del pueblo. Se dedicaría a su afición, seguiría trabajando en su confianza y exploraría las posibilidades.

Pensó que no se le había dado mal tratar con Shane MacKade. En otro tiempo, sólo unos meses atrás, se habría sonrojado, se habría puesto a temblar y habría apartado la vista en presencia de un hombre como él. Tartamudearía y se le haría un nudo en la garganta ante la idea de hablar de algo que no tuviera que ver con su trabajo y sus estudios.

Pero no sólo había hablado con él, sino que se había impuesto, y casi todo el tiempo se había sentido cómoda. Hasta había estado bromeando con él, y era probable

que cuando volviera a verlo se atreviera a coquetear un poco.

A fin de cuentas, no podía haber nada malo. Divertida con la idea, se levantó y se fue a la cama. No le apetecía leer, y no quería sentirse culpable por no poner fin al día con un estímulo intelectual. Cerró los ojos y disfrutó la sensación de las suaves sábanas contra su piel, la cabeza sobre la mullida almohada y el olor del ramo de flores que había en el tocador.

Estaba enseñándose a tomarse el tiempo necesario para apreciar las texturas, los olores y los sonidos. Ahora podía oír el suspiro del viento contra las ventanas, el crujido de la madera y el ruido que hacía su cuerpo al frotarse contra las sábanas.

Pequeños detalles, pensó con una sonrisa en los labios. Los pequeños detalles que nunca se había tomado la molestia de apreciar. La nueva Rebecca Knight se concentraba en ellos tanto como en las cosas importantes.

Antes de acurrucarse en la cama, apagó la lámpara de la mesilla. En la oscuridad, dejó que su mente vagara por los placeres que exploraría al día siguiente. Antes que nada iría al hotel. Estaba deseando ver la casa encantada y conocer a Cassie MacKade. Y a Devin, por supuesto. Era el hermano que estaba casado con la gerente del hotel. También era el sheriff. Probablemente, resultaría interesante conocerlo.

Con un poco de suerte, tendrían una habitación para ella, y podría colocar su equipo en cuanto llegara. Pero aunque no fuera así, estaba segura de que le permitirían explorar el hotel, y de que encontraría en él algo interesante.

Quería pasear por el bosque, que también tenía fama de estar encantado. Esperaba que alguien le mostrara el lugar en el que supuestamente se habían enfrentado los dos jóvenes cabos.

Tal y como Regan le había explicado la disposición, pensó que podría llegar por el bosque hasta la granja de los MacKade. Estaba deseando comprobar si reaccionaba a ella, tal y como había reaccionado cuando Shane tomó la carretera que bordeaba su propiedad.

Todo resultaba muy conocido, pensó soñolienta. Los árboles, las rocas, el arroyo. Era como si hubiera estado allí muchas veces.

Suponía que aquello tenía una explicación. Había visitado los campos de batalla muchos años atrás. Recordaba haber caminado por los campos, estudiando los monumentos. Estaba casi segura de que no había estado por allí, pero era posible que se equivocara. Tal vez hubiera visto aquel paisaje desde el asiento trasero del coche de sus padres.

Pero en aquella época no se habría fijado en el bosque. Estaría demasiado ocupada absorbiendo datos, analizando y anotando, para fijarse en la forma y el color de las hojas, y en el sonido del arroyo que discurría entre las piedras. Pero al día siguiente compensaría su falta de atención. Al día siguiente, compensaría muchas cosas.

Se dejó llevar por el sueño, soñando con las posibilidades.

Era verdaderamente terrible oír los sonidos de la guerra. Resultaba sobrecogedor saber que tantos jóvenes luchaban y morían. Morían como había muerto

Johnnie, su alto y guapo hijo, que nunca volvería a dedicarle una sonrisa, que nunca se metería de nuevo en la cocina para pedirle más galletas.

Cuando los sonidos de la batalla resonaron en la distancia, Sarah contuvo el miedo y se obligó a continuar con su rutina, dando vueltas al estofado que había puesto al fuego. Se recordó que había tenido a Johnnie durante dieciocho maravillosos años. Nadie podría arrebatarse los recuerdos. También había tenido la suerte de tener dos hijas maravillosas, que seguían a su lado. Estaba preocupada por su marido. Sabía que pasaba día y noche lamentando la muerte de su hijo. La batalla que tanto se había acercado a su casa constituía un cruel recordatorio del precio de la guerra.

Era un hombre maravilloso, pensó, limpiándose las manos en el delantal. Su John era fuerte y amable, y estaba tan enamorada de él como veinte años atrás, cuando se casó con él. Y nunca había dudado del amor que sentía por ella.

Después de tantos años, seguía dándole un vuelco el corazón cuando lo veía, y sus necesidades seguían despertándose cuando se iba a la cama con él por las noches. Sabía que no todas las mujeres tenían tanta suerte.

Pero estaba preocupada por él. Ya no reía como antes, desde el terrible día en que se enteraron de que Johnnie había desaparecido en Bull Run. Se habían formado dos grandes bolsas bajo sus ojos, y había en ellos una amargura que no estaba antes.

Johnnie se había marchado, lleno de idealismo, a combatir por el Sur. Su padre estaba muy orgulloso de él.

Era cierto que en el estado fronterizo de Maryland había gente que simpatizaba con el Sur, y algunas familias se habían visto divididas a la hora de elegir bando. Pero no había división en la familia MacKade. Johnnie había tomado su decisión con el apoyo de su padre. Y aquella decisión lo había matado.

Lo que más la preocupaba era la posibilidad de que John se sintiera culpable, que pensara que él había sido responsable de lo ocurrido, igual que los yanquis. Que nunca fuera capaz de perdonarlos a ellos ni de perdonarse a sí mismo, y que nunca pudiera encontrar de nuevo la paz.

Sabía que, de no ser por ella y por las muchachas, habría dejado la granja para irse a luchar. Tenía miedo de que ahora sintiera la necesidad de empuñar las armas, de matar. Era algo de lo que nunca habían hablado.

Arqueó la espalda y se llevó la mano a la parte inferior de la columna para aliviar el dolor del lumbago. Se sentía mejor al ver que sus hijas charlaban mientras pelaban patatas y zanahorias para el estofado. Sabía que su parloteo incesante tenía como objeto acallar los nervios que se les ponían de punta al oír el sonido de los morteros.

Aquella mañana habían perdido medio campo de maíz, quemado en la batalla. Afortunadamente, no había llegado a la casa, y ya habían salido del sótano. Todos estaban a salvo. No soportaba la idea de perder a otra persona amada.

Cuando entró John, le sirvió un café. Había tanta desesperación en su rostro que apartó la taza y se acercó a rodearlo con sus brazos. Olía a heno, a animales y a sudor, y le devolvió el abrazo con fuerza.

—Se están alejando, Sarah —dijo rozándole la mejilla con los labios—. No tengas

miedo.

—No tengo miedo —sonrió, algo culpable—. Bueno, la verdad es que sí, un poco.

John le acarició la mejilla con dulzura.

—Más que un poco. ¡Maldita guerra! ¡Malditos yanquis! ¿Qué derecho tienen a entrar en mis tierras a hacer sus masacres?

Se apartó y empezó a tomarse el café, pensativo.

Sarah miró de reojo a sus hijas, que se marcharon en silencio.

—Ya se marchan —murmuró—. Los disparos suenan cada vez más lejos. No creo que dure demasiado.

John sabía que no se refería a aquella batalla en concreto. Sacudió la cabeza. La amargura seguía en sus ojos.

—Durará tanto como quieran que dure. Mientras la gente tenga hijos que sacrificar. Tengo que ir a echar un vistazo a la granja —dejó el café, casi intacto—. No quiero que las chicas ni tú pongáis un pie fuera de la casa.

—John.

Alargó una mano hacia él, pero no supo que decirle. No le iba a decir que nadie tenía la culpa; por supuesto que había culpables. Pero los hombres que fabricaban la guerra y la muerte no tenían nombre ni cara conocidos para ella. Le llevó la mano a la mejilla.

—Te amo, John.

—Sarah —los ojos de su marido se suavizaron—. Mi querida Sarah.

La besó en los labios antes de salir.

Rebecca se agitó, inquieta, entre sueños.

John salió de la casa consciente de que no podía hacer gran cosa. En la distancia, los campos de maíz quemados se secaban al sol. Sabía que su tierra estaría manchada de sangre, y no quería saber si los cadáveres de los hombres que habían muerto allí habían sido retirados ya o no.

Aquella era su tierra. Sabía que no podría volver a cultivarla sin pensar en lo que había ocurrido allí. Los campos estaban impregnados de sangre.

Se metió la mano en el bolsillo y apretó con fuerza la miniatura que siempre llevaba encima su hijo. No lloró; se le habían secado los ojos. Miró la tierra. No era nada sin ella. Sin Sarah, sería menos que nada. Sin sus hijas, querría morir.

Pero ahora no tenía más remedio que seguir viviendo sin su hijo.

Se quedó allí, con las manos en los bolsillos, mirando los campos con expresión lúgubre. Frunció el ceño cuando oyó los gemidos. Ya había cerrado a cal y canto los establos. Se preguntó si alguna pieza de ganado se habría quedado fuera. Tal vez uno de los perros se hubiera escapado y hubiera sido alcanzado por una bala perdida.

Siguió el sonido, temiéndose que tendría que curar o sacrificar a un animal herido. Pero se trataba de un maldito yanqui, que se estaba desangrando en la tierra de los MacKade. Durante un momento sintió cierto placer. «Muere aquí», pensó. «Muere aquí, tal y como murió mi hijo en la tierra de otro hombre. Tal vez fueras tú el que lo mató».

Sin compasión, dio la vuelta al hombre con la puntera de la bota. El uniforme de la unión estaba sucio, empapado de sangre. Se alegró de verlo.

Pero entonces divisó su rostro, que no era el de un hombre. Era un adolescente. Sus mejillas, imberbes, estaban grises de dolor, y sus ojos habían perdido el brillo. Lo miró con desesperación.

—¿Papá? Papá, he vuelto a casa. —Yo no soy tu padre, chico.

El muchacho cerró los ojos.

—Ayúdeme. Ayúdeme, por favor. Me estoy muriendo.

Shane cerró fuertemente los puños, aferrándose a las sábanas, moviéndose inquieto entre ellas.

Capítulo 3

Para Rebecca, aquél fue uno de los momentos más memorables de su vida. Estaba de pie, respirando el aire puro, con el cielo azul sobre la cabeza y la vieja casa de piedra frente a ella. Podía oler la fragancia de las últimas rosas del verano, mezclada con los olores del bosque. Había estudiado arquitectura durante cierto tiempo, y había visto directamente las majestuosas catedrales europeas, así como las majestuosas ruinas griegas y romanas.

Pero aquel edificio de tres plantas, de piedra y madera, con sus chimeneas y sus ventanas resplandecientes, la impresionó tanto como las pirámides de Egipto.

A fin de cuentas, era una casa encantada.

Le gustaría poder sentirlo, que alguna parte de ella estuviera abierta a las sombras y los susurros de los muertos que no descansaban. Creía en ello. Su dedicación a la ciencia le había demostrado que en el mundo había muchas cosas que aún no tenían explicación. Y como científica, cada vez que oía hablar de un fenómeno inexplicado necesitaba saber el qué, el cómo y el cuándo. Quién lo había presenciado, qué había visto, sentido y oído. Y si podía ver, sentir, oír.

Algo así le pasaba con la antigua casa de los Barlow, ahora convertida en el hotel de los MacKade. Si no hubiera oído la historia, si no hubiera confiado en la veracidad de Regan, sólo habría visto una bonita casa, de aspecto acogedor, con sus largos porches dobles y sus deliciosos jardines. Se habría preguntado cómo era el mobiliario, y qué paisaje se divisaría desde las ventanas. Tal vez, habría hecho algunas conjeturas sobre las personas que la habitaban, cómo eran y adónde habían ido.

Pero ya lo sabía todo. Había pasado mucho tiempo investigando sobre los propietarios originales y sus descendientes.

Ahora estaba allí, caminando hacia el invitador porche, junto a Regan. Su corazón latía fuertemente.

—Es una preciosidad —le dijo.

—Tendrías que haberla visto antes —dijo Regan, contemplándola orgullosa—. Estaba en ruinas, desmoronada, con las ventanas desvencijadas y los porches caídos. Y

el interior... —sacudió la cabeza—. Tengo que reconocer, aunque sea mi marido, que Rafe tiene una capacidad especial para ver las posibilidades de un sitio y convertirlas en realidad.

—No lo hizo solo.

—No —sonrió mientras abría la puerta—. Yo también contribuí bastante. Juzga por ti misma. Rebecea pensó que, desde luego, la contribución de Regan era más que notable. Los suelos de madera resplandecían, encerados. Las paredes estaban enteladas con seda. Las antigüedades, delicadas y majestuosas, estaban dispuestas con una armonía tan perfecta que no parecía planeada.

Entraron en el salón principal, con su sillón doble curvado y su chimenea de mármol. En la repisa había dos jarrones gemelos, con ramos de espuela de caballero y fresias.

—Es increíble. Casi me siento fuera de lugar sin miriñaque —murmuró Rebecca.

—De eso se trata. Todo el mobiliario, y hasta la combinación de colores, es de la época de la guerra civil. Hasta los cuartos de baño y la cocina dan la misma sensación, aunque están modernizados, claro, porque si no resultarían bastante incómodos.

—Os debió costar mucho trabajo dejarlo así.

—Supongo que sí —reflexionó—, aunque se nos hizo muy ameno. Supongo que eso es lo que pasa a la gente que está aturdida por la primera explosión de amor.

—¿Explosión? —repitió Rebecca con una sonrisa—. Qué miedo.

—Sí, da verdad es que fue bastante temible. Hay poca calma antes y después de la tormenta cuando se trata de un MacKade.

—Y al parecer, eso es lo que te gusta.

—Sí, parece que sí. ¿Quién lo iba a pensar? —Si quieres que te diga da verdad, siempre pensé que acabarías con un hombre refinado que jugara al squash para mantenerse en forma. Me alegro de haberme equivocado.

—Yo también —dijo, sacudiendo la cabeza—. ¿Al squash?

—O al polo. Tal vez incluso al tenis —rió divertida—. Compréndelo, es que siempre fuiste tan... pulcra y elegante...

Levantó una ceja e indicó con un gesto la raya impecable de los pantalones azules marino de Regan, y los botones brillantes de la chaqueta cruzada.

—Lo sigues siendo —añadió.

—Estoy segura de que lo dices como un cumplido —dijo Regan con sequedad.

—Desde luego. Siempre pensaba que si pudiera llevar la ropa que tú te pones y si consiguiera que mi pedo tuviera la caída del tuyo, no me sentiría tan ridícula.

—No eras ridícula en absoluto.

—Podría haber dado clases de ridículo. Pero estoy aprendiendo a disimularlo.

—Creo que viene alguien.

Rebecca se volvió hacia la escalera y vio a una diminuta mujer rubia, con un bebé en brazos. La primera impresión que daba era de competencia reposada. Tal vez era por sus manos, una apoyada en la barandilla y la otra sujetando al niño.

—Hola, no sabía dónde estabas —se acercó a mirar al bebé dormido—. No me

digas que has vuelto a ir a cambiar las sábanas con el niño.

—Me gusta hacerlo cuanto antes, y Ally estaba ocupada —se volvió hacia Rebecca—. Tú debes ser la amiga de Regan.

—Rebecca Knight, la niña prodigio —dijo Regan con un afecto que hizo a Rebecca sonreír, en vez de encogerse—. Cassandra MacKade, la insustituible gerente del hotel MacKade.

—Encantada de conocerte —dijo Cassie, tendiéndole la mano.

—Hace mucho tiempo que quería venir aquí —contestó Rebecca—. Debe ser mucho trabajo llevar esto.

—Se hace muy ameno. Supongo que querrás echar un vistazo.

—Me muero de ganas.

—Voy a terminar con lo que estaba haciendo. Llamadme si me necesitáis. En la cocina tenéis café y bollos.

—Desde luego que sí —rió Regan, pasando una mano por el pelo de Ally—. ¿Por qué no te tomas un descanso y te unes a nosotras? Rebecca quiere que le contemos anécdotas.

—Bueno...

Cassie miró la escalera, evidentemente preocupada por las camas sin hacer.

—Te lo agradecería mucho —intervino Rebecca—. Regan me ha dicho que has tenido varias experiencias. Me interesaría mucho oírlas. Has visto un fantasma, ¿no?

Cassie se sonrojó. No era algo de lo que le gustara demasiado hablar, no porque la fueran a tomar por loca, sino porque le parecía algo muy íntimo.

—Quiero documentar y grabar episodios de fenómenos paranormales durante mi estancia —le explicó Rebecca.

—Sí, ya me lo ha dicho Regan —respiró profundamente—. Vi al hombre del que Abigail Barlow estaba enamorada. Habló conmigo.

Lo único que pudo pensar Rebecca mientras recorrían el hotel era que todo resultaba fascinante. Cassie le contó su historia en voz baja, con calma. Le relató historias de corazones rotos, asesinados, amores perdidos y vidas destrozadas. Sentía un escalofrío ante las descripciones de los espíritus. Pero no se sentía implicada personalmente. Era muy interesante, y sentía una gran curiosidad, pero como simple espectadora. Le habría gustado compartir aquellas sensaciones.

Más tarde, mientras paseaba por el bosque, reconoció para sí que tenía la esperanza de experimentar algo personalmente. Quería ver, o por lo menos sentir, algún fenómeno inexplicable. Su interés por aquellos asuntos había crecido con los años, junto con su frustración por no haber podido conocerlos directamente. Con excepción de los sueños, que sabía que eran simples productos del subconsciente, a veces llenos de símbolos y a veces tan sencillos como un pensamiento, nunca había sentido lo sobrenatural.

Aunque la casa era preciosa, sin lugar a dudas, aunque le había evocado recuerdos de un pasado perdido; lo único que había podido admirar era su belleza. Lo que hubiera allí no se había dirigido a ella.

Pero aún albergaba esperanzas. Su equipo llegaría en poco tiempo, y Cassie le había asegurado que podía disponer de un dormitorio, al menos durante unos días, ya que se acercaba el aniversario de la batalla, y tenían muchas reservas.

Pero aún le quedaba bastante tiempo. Cuando entró en el bosque, se dio cuenta de que bajaba la temperatura, pero se debía sólo a la sombra de los árboles. Sabía que allí se habían enfrentado dos jóvenes, que prácticamente se habían matado mutuamente. Otras personas habían sentido su presencia, habían oído el sonido de las bayonetas y los gritos de miedo y dolor. Pero ella no.

Oía el canto de los pájaros, el paso de las ardillas que buscaban nueces, y el débil zumbido de los insectos. El día era muy tranquilo, por lo que el viento no agitaba las hojas, de un verde oscuro, que no presagiaban el otoño que llegaría en un mes.

Siguiendo las instrucciones de Cassie, encontró las rocas en las que supuestamente se habían encontrado los dos cabos. Se sentó en una de ellas, sacó la libreta y empezó a tomar notas, para pasarlas más tarde al ordenador:

Sólo he tenido algunas impresiones suaves, y probablemente debidas a la autosugestión de estar reviviendo recuerdos. Nada comparable a la fuerte emoción que sentí al ver el límite de la granja de los MacKade desde la carretera. Me alegro mucho de haber vuelto a ver a Regan y haber presenciado directamente su felicidad. Supongo que debe ser cierto que algunas personas pueden encontrar la pareja perfecta. Desde luego, Regan ha encontrado la suya en Rafe MacKade. Transmite una sensación de fuerza, seguridad y tal vez hasta arrogancia; y un atractivo físico subyacente que supongo que resultará estremecedor e irresistible a las mujeres. Este atractivo es desplazado, o tal vez aumentado, por el evidente amor que siente por su mujer y sus hijos. Llevan una vida muy agradable, y el hotel que han creado tiene mucho éxito gracias a su visión. Por supuesto, su situación y su historia contribuyen considerablemente al éxito. Sin duda, su elección del mobiliario y las reformas fue muy inspirada.

Cassie MacKade me ha parecido muy competente y organizada, pero algo triste y distante. Hay cierta inocencia juvenil en ella, a pesar de que es una mujer adulta con tres hijos, un trabajo de responsabilidad, y por lo que Regan me ha contado, un pasado muy duro. Tal vez sea dulzura, más que inocencia.

En cualquier caso, me cayó bien inmediatamente y me sentí muy cómoda a su lado. Esta comodidad no es algo que sienta con demasiadas personas.

Estoy deseando conocer a su marido, Devin MacKade, que también es el sheriff de Antietam. Resultará interesante comprobar hasta qué punto se parece a sus hermanos, iza sólo físicamente, sino en el aspecto menos tangible, pero igualmente fuerte de la personalidad.

Shane MacKade tiene una personalidad que resulta imposible olvidar. Tiene la misma arrogancia que su hermano, aunque puede ser que tenga mejor humor que Rafe. Supongo que tendrá mucho éxito con las mujeres, no sólo a causa de su aspecto físico, sin duda impresionante, sino al enorme encanto y a la sexualidad apremiante que posee. Da la impresión de estar muy ligado a la tierra, tal vez por la profesión que

eligió, aunque el orden. pudo ser inverso.

Me sentí atraída por él inmediatamente, de una forma que no había experimentado nunca. La verdad es que la sensación no resultó desagradable, pero estoy convencida de que haré mejor en guardármela para mí. No creo que un hombre como Shane necesite que le den ánimos.

Rebecca se detuvo, frunció el ceño y sacudió la cabeza. Se dio cuenta, divertida, de que sus notas no eran demasiado científicas. Aunque, por otro lado, más que un estudio de campo era el diario personal de una odisea propia.

En cualquier caso, no he experimentado nada que se salga de lo normal al recorrer el hotel MacKade. Cassie y Regan me han enseñado el traje de novia que estaba en la habitación de Abigail, la habitación en la que vivió prácticamente recluida los últimos años de su vida. La habitación en la que murió, en opinión de Cassie, por su propia mano, llevada por la desesperación. También he recorrido la habitación principal, que era el dormitorio de Charles Barlow, y el cuarto de los niños, que ahora es una suite con dormitorio y salón. He explorado la biblioteca, donde tanto Regan como Cassie afirman haber tenido fuertes experiencias de índole paranormal. No dudo de su palabra; simplemente en—vidio su receptividad a esos fenómenos.

Parece que a pesar de mis esfuerzos sigo demasiado anclada en lo racional. Aquí, en un bosque que está encantado desde hace más de un siglo, sólo siento el frío de la sombra, y sólo veo los árboles y las piedras. Es posible que la tecnología pueda ayudarme; ya lo veré cuando llegue mi equipo. Mientras tanto, quiero ver la granja de los MacKade, aunque no estoy segura de ser bien recibida. Tengo la impresión de que Shane está tan cerrado a lo paranormal como decidida estoy yo a experimentarlo. Pero sea o no bienvenida, iré atravesando el bosque, tal y como me ha dicho Cassie. Si no consigo nada más, por lo menos resultará interesante ver directamente el trabajo en una granja.

Y, a nivel personal, no me importaría volver a echar un vistazo al granjero. Es bastante guapo.

Rebecca sonrió para sí y cerró la libreta. Se la metió en la mochila y empezó a andar, pensando que era probable que a Shane le gustara que le dijeran que era guapo. Probablemente estaba acostumbrado.

Vio por primera vez la casa de la granja a través de un campo recién abonado que olía a estiércol. No le molestaba el olor; de hecho, le parecía intrigante. Pero tuvo mucho cuidado de dónde pisaba.

La escena era muy pacífica: el cielo azul, las nubes inofensivas, y un viejo sauce que se alzaba sobre el estrecho arroyo. Por lo menos, suponía que tenía un arroyo a la derecha, puesto que así lo indicaba el sonido del agua. Vio campos de maíz, que se alzaba a punto de ser cultivado, hacia el sol. También el trigo se estaba poniendo dorado. Había un enorme granero, con aquellas extrañas ventanas que parecían ojos, y una torre de color azul pálido que probablemente sería un silo.

Pasó junto a más silos, cobertizos, cercados y corrales. Vacas, pensó con la ridícula sonrisa de la persona de ciudad al verlas pastando en una pradera verde,

tachonada de rocas grises.

Desde la distancia parecía una postal, una escena rural tranquila y remota que parecía compuesta a propósito. Y la casa, pensó, en el centro del escenario.

De repente, se dio cuenta de que su corazón estaba latiendo a toda velocidad. Se detuvo en seco, respirando lentamente para tranquilizarse, mientras miraba la casa.

Era de piedra, probablemente de la misma cantera que el hotel. En aquel edificio tenía un aspecto menos elegante, más sólida y sencilla. Las ventanas eran cuadradas, sin cuarterones. El edificio tenía dos plantas, y el porche trasero era de madera gris descolorida. Se preguntó si también habría un porche delantero. Suponía que sí. Habría una mecedora en él, tal vez dos. Era posible que tuviera un toldo, para dar sombra y para permitir que la gente pudiera sentarse a pesar de la lluvia.

A través del zumbido que tenía en la cabeza pudo oír el ladrido de los perros, pero apenas le prestó atención. Estudió las chimeneas, y después las contraventanas grises que, sin duda, eran funcionales, y no puramente decorativas. Casi se podía imaginar cerrándolas desde dentro para protegerse del frío de la noche, y atizando la cocina de carbón para que quedaran brasas por la mañana.

Durante un momento, la casa le pareció muy nítida, como si lo demás estuviera difuminado. Sus líneas y sus colores se recortaban contra el cielo. Parecía una fotografía. Parpadeó y dejó escapar la respiración que no era consciente de estar conteniendo.

Se dio cuenta de que, por supuesto, era como una fotografía. Regan le había descrito la granja con tanto detalle que Rebecca tenía la sensación de recordarla. Su capacidad de memorizar y proyectar era lo que hacía que le resultara tan conocida. Tan extrañamente conocida.

Se rió de sí misma y siguió andando. Dudó durante un breve momento cuando dos enormes perros corrieron hacia ella. Regan le había dicho que Shane tenía una pareja de labradores, los padres del suyo. A Rebecca no le molestaban los animales. De hecho, hasta le gustaban, aunque de lejos. Pero resultaba evidente que aquellos dos perros no tenían intención de mantener las distancias. Corrían hacia ella, ladrando, con la lengua fuera, moviendo el rabo como locos.

—Qué simpáticos.

Por lo menos, esperaba que lo fueran. Se atrevió a alargar una mano. Los perros le olfatearon los dedos y después intentaron lamerlos, en vez de arrancárselos desde los nudillos. Se tranquilizó un poco.

—Qué simpáticos —repitió con más firmeza, acariciándolos—. Sois Fred y Ethel, ¿verdad? Los perros contestaron con un ladrido y corrieron hacia la casa. Interpretando su gesto como una invitación, Rebecca los siguió. Cerdos, pensó, deteniéndose junto a la pocilga para examinarlos con ojo clínico. No estaban tan desastrados como esperaba, pero desde luego eran mucho más grandes de lo que suponía que sería un cerdo. Cuando empezaron a gruñir y se congregaron junto a la verja, donde ella estaba, sonrió. Estaba inclinándose para pasar la mano entre los barrotes de la valla, para comprobar la textura de la piel de cerdo, cuando una voz la

detuvo.

—Ten cuidado. Muerden.

Apartó la mano a toda velocidad. Allí estaba Shane, a un par de metros de ella, con una llave inglesa enorme en la mano. Se le puso la mente en blanco. No era miedo, aunque tenía un aspecto peligroso. Más tarde, se daría cuenta de que había sido una completa conmoción sexual.

Tenía los brazos manchados de grasa. Unos brazos brillantes por el sudor, en los que se apreciaban los músculos. Unos brazos, pensó aturdida, desnudos. Llevaba una camiseta de manga corta que probablemente había sido blanca. Ahora tenía un color grisáceo y estaba rota. La llevaba metida por dentro de unos vaqueros desgastados, con un desgarrón en la rodilla. Se había sujetado el pelo con un pañuelo azul oscuro, en la frente. Sus maravillosos rizos caían por encima.

Y sonreía. Rebecca estaba segura de que aquello significaba que conocía perfectamente las reacciones de las mujeres.

—¿Muerden? —repitió, combatiendo la nube de sexualidad que la cubría como lluvia. —Exactamente, querida.

Se metió la llave inglesa en el bolsillo trasero del pantalón y caminó hacia ella. Pensó que tenía un aspecto encantador, con su chaqueta an—cha y sus ojos dorados entrecerrados para protegerse del sol.

—Son muy glotones —continuó—. Si no tienes nada de comida en la mano para ofrecerles, se conforman con tus dedos —tomó su mano y examinó sus dedos uno a uno—. Sería una pena que te los arrancaran, porque son preciosos. Largos y delgados.

Tú los tienes bastante sucios —comentó sor—prendida por ser capaz de hablar.

—He estado trabajando.

—Ya veo —acertó a sonreír mientras apartaba la mano—. No pretendía interrumpirte.

—No pasa nada —acarició a los perros, que habían vuelto para unirse a ellos—. El rastrillo necesita unos ajustes.

—¿Te has puesto así arreglando un rastrillo? —preguntó, levantando las cejas sorprendidas. —No me refiero a un palo con pinchos en la punta, chica de la ciudad. ¿Has estado en el hotel?

—Sí. He conocido a Cassie, que me ha enseñado las cosas. Cuando termine, me llevará de vuelta a casa de Regan. Ya que estaba por aquí... —se interrumpió y volvió a mirar la pocilga—. Nunca había visto un cerdo de cerca. Me preguntaba qué tacto tendrían.

—No tienen tacto. Son unos groseros —bromeó—. Son muy ásperos. Como una brocha. La verdad es que no es muy agradable acariciarlos. —Oh.

Le habría gustado comprobarlo por sí misma, pero prefería conservar los dedos. Se volvió y examinó la granja con la vista.

—Es enorme. ¿Por qué no has plantado nada ahí? —preguntó señalando unos campos.

—La tierra necesita descansar de vez en cuando. Pero no creo que te apetezca

oír una conferencia sobre el barbecho, ¿verdad?

—Tal vez sí —sonrió—, pero no en este momento.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que quieres? Apoyó la mano en la valla, inclinándose a su lado. Rebecca se dio cuenta de que era una forma de coqueteo muy típica, y se dijo que estaba por encima de aquellas maniobras.

—Dar un vistazo. No te molestaré.

El instinto la impulsaba a encogerse y apartar la vista, pero mantuvo la cabeza alta, mirándolo a los ojos.

—Las mujeres guapas no molestan nunca —se quitó el pañuelo de la frente y se limpió las manos con él antes de metérselo en el bolsillo—. Ven conmigo.

Antes de que Rebecca pudiera pensar o evadirse, Shane la llevaba de la mano. Se fijó en la textura de su palma. Dura, encallecida, fuerte. Rodearon un cobertizo, y Rebecca vio en su interior una gran máquina de aspecto peligroso, con grandes dientes curvados.

—Eso es un rastrillo —le dijo. —¿Qué estabas haciendo con él? —Arreglarlo.

Se dirigió al establo. Sabía que la mayor parte de la gente de la ciudad quería ver un establo. Pero Rebecca se detuvo al pasar junto al gallinero.

—¿También crías gallinas? ¿Para sacar huevos?

—Desde luego, y para comer.

Rebecca estaba segura de que se le había puesto la piel verde.

—¿Te comes tus propios pollos?

—Por lo menos sé qué es lo que llevan los míos. ¿Para qué iba a comprar pollo empaquetado en el supermercado?

Rebecca se estremeció y se volvió para mirar hacia la pocilga. Leyendo sus pensamientos, Shane sonrió.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—No, gracias —respondió débilmente.

Shane sabía que no debía hacerlo, pero no podía evitarlo.

—¿Has asistido alguna vez a una matanza? Es un acontecimiento verdaderamente social. Normalmente llevamos a cabo una aquí cada año, para recaudar fondos para los bomberos. La entrada incluye la asistencia a la matanza y el desayuno.

Rebecca se llevó una mano al estómago, revuelta.

—Te lo estás inventando.

—Nada de eso. No podrás decir que has probado las salchichas hasta...

—Creo que me voy a hacer vegetariana —dijo rápidamente, sobreponiéndose—. Buen trabajo, granjero.

—Era difícil resistirse —le apretó la mano, apreciando su rápida recuperación—. Me mirabas como si estuvieras calculando cada chillido, para elaborar un informe sobre la ganadería estadounidense.

—Tal vez era así —se cubrió los ojos con la palma de la mano para estudiar sus agraciados rasgos—. Me interesan los detalles. Y los informes. Si tienes bastantes detalles puedes escribir un informe. Un buen informe es como un documental.

—No tengo la impresión de que una persona interesada en los detalles, los informes y los documentales se dedique a cazar fantasmas.

—Si a los científicos no les interesara investigar lo desconocido, seguirías trabajando tus tierras con un hacha de piedra y ofreciendo sacrificios a los dioses.

Dicho aquello, entró en el establo. El ambiente estaba cargado de partículas de heno. La luz era más tenue, y el olor a animales mucho más fuerte.

Se acercó a los compartimentos de las vacas. Una enorme cabeza asomó por encima de una puerta y mugió.

—Tiene una infección —dijo Shane, disimulando la risa como si fuera tos—. He tenido que separarla del resto del ganado.

El corazón de Rebecca bajaba lentamente desde la garganta para ocupar su sitio.

—Oh. Es gigantesca.

—En realidad, es de las más pequeñas. Puedes tocarla. Aquí, en la parte superior de la cabeza. Tomó la reticente mano de Rebecca y la aprisionó entre la suya y la cabeza de la vaca. Rebecca no sabía cuál de las dos texturas era más áspera.

—¿Se pondrá bien?

—Sí, ya está mejorando.

—¿Medicas tú mismo al ganado? ¿No llamas a un veterinario?

—No para las cosas sin importancia.

Le gustaba la sensación de la mano de Rebecca bajo la suya, la forma que tenía de tensarse y relajarse lentamente. La forma en que extendía los dedos para acariciar curiosa a la vaca, que no mostraba el menor interés.

—Supongo que aunque no fueras médico no irías al médico cada vez que estornudaras, ¿no? —No —sonrió, volviendo la cabeza—. Pero no creo que puedas encontrar medicamentos veterinarios en la farmacia.

—Hay piensos especiales, con casi todas las medicaciones necesarias.

Pero lo que le interesaba realmente en aquel momento era la forma que Rebecca tenía de mirarlo. Fría y objetiva. Era un reto al que no podía resistirse. Deliberadamente, bajó la vista a sus labios.

—¿Qué haces con todos esos títulos que Regan dice que tienes?

—Coleccionarlos —habló con despreocupación haciendo un esfuerzo—. Y me subo a ellos para alcanzar los siguientes títulos.

—¿Por qué?

—Porque el conocimiento es poder —recordándolo, y usando el conocimiento de que Shane la provocaba con su blande sexualidad, hizo acopio de poder par apartarse—. Sabes que me interesa la granja por sí misma, al margen de los fantasmas, y espero que me la enseñes a fondo cuando tengamos más tiempo. Pero lo que me gustaría ver ahora es la casa, y la cocina en la que murió el joven soldado.

—Hace mucho tiempo que limpiaron la sangre.

—Me alegro de oírlo —inclinó la cabeza—. ¿Hay algún problema?

En efecto, había algún problema. Había un par de problemas. El primero era que Rebecca se lo sacudía como si fuera una mosca.

—Regan me ha pedido que colabore, así que lo haré. Por ella. Pero no me hace mucha gracia la idea de que te dediques a perseguir fantasmas en mi casa.

—Desde luego, no creo que te dé miedo lo que pueda encontrar.

—No es que me dé miedo nada —no quería reconocer que Rebecca había tocado un punto débil con su comentario—. Simplemente, no me hace gracia.

—¿Por qué no entramos? Puedes invitarme a tomar algo, y veremos si llegamos a algún acuerdo.

Era difícil rebatir sus razonables argumentos. Shane volvió a tomarla de la mano, más por costumbre que por coquetería, aunque cuando llegaron a la puerta trasera, decidió volver a intentar coquetear con ella. Olía muy bien para ser científica.

Se dio cuenta de que nunca había besado a una científica, a no ser que considerase como tal a Bess Trulane, la higienista dental. Tenía la impresión de que la fría y sarcástica boca de Rebecca sería deliciosa.

—Tengo té helado —ofreció. —Bien.

Fue todo lo que dijo. Se quedó en el umbral, examinando la cocina con interés.

Estaba segura de que allí había algo, alguna sensación que se encontraba fuera de su alcance, probablemente bloqueada por el aura masculina que emanaba Shane. Pensó, enfadada, que nublaba los fenómenos. Desde luego, era capaz de nublar su cerebro.

Pero había algo allí, entre los azulejos brillantes, las impecables encimeras y las antiguas, aunque resplandecientes, cacerolas.

Era una cocina muy grande, que resultaba acogedora, con sus alacenas de puerta de cristal que mostraban los utensilios de uso cotidiano. Lo que imaginaba que sería una cocina familiar, con una gran mesa de madera y fuertes sillas con asiento de rafia. El periódico de la mañana seguía en la mesa, donde suponía que Shane lo habría dejado después de leerlo mientras desayunaba.

En el alféizar, había varias macetas con plantas verdes. Las reconoció por el olor y por el aspecto. Romero, albahaca, tomillo... Aquel hombre cultivaba especias en la cocina. Aquello la habría hecho sonreír si no intentara superarlo para descubrir qué escondía la habitación.

Shane la miró frunciendo el ceño, con dos vasos llenos de té en las manos. Los ojos de Rebecca eran penetrantes y alerta, como los de un ciervo. Y sus hombros, bajo la enorme chaqueta, estaban rectos como una tabla. Lo ponía nervioso, y lo enfurecía un poco, el hecho de que estuviera estudiando sus cosas y sacando conclusiones.

—¿Es que nunca habías visto una cocina? Rebecca adoptó una sonrisa fría y se volvió hacia él. Decidió que tenía que estar sola allí. Si pasaba unos minutos a solas, tal vez podría acceder al misterio.

—Es muy sexista por mi parte, pero no esperaba encontrarla tan limpia y organizada. Ya sabes, el típico soltero que vive solo y se dedica a las mujeres y al juego.

Shane levantó una ceja.

—No suelo dedicarme a las dos cosas a la vez —le entregó un vaso—. Mi madre

insistía mucho en que la cocina debía estar limpia. Se come y se cocina aquí. Es como asegurarse de que no hay bacterias en las ordeñadoras.

—Las ordeñadoras —repitió divertida por la idea—. Me gustaría verlas la próxima vez.

—Ven sobre las seis de la mañana y podrás verlas en acción. ¿Por qué no te quitas esa chaqueta? Hace mucho calor.

Además, quería ver qué había debajo.

—Yo estoy bien —se acercó a la ventana—. Un paisaje precioso. Desde todas las ventanas por las que he mirado últimamente se ve un paisaje precioso. ¿Os hacéis inmunes?

—No, estamos muy orgullosos —pasó un dedo por la nuca de Rebecca, que se puso tensa como una piedra—. Tienes un pelo muy bonito. Por lo menos es bonito lo que queda de él. Claro que al llevarlo tan corto enseñas el cuello, y tienes un cuello precioso. Largo, blanco y suave.

Rebecca recitó un fragmento de la tabla periódica para calmarse antes de volverse hacia él. Como defensa, más que como desafío, arqueó una ceja y sonrió divertida.

—¿Intentas ligar conmigo, granjero?

Shane se dio cuenta, irritado, de que era lo que más deseaba. Quería derribar sus defensas, hacer que su voz dejara de sonar tan fría y segura.

—Siento cierta curiosidad —dejó el vaso en la encimera, le quitó el suyo a Rebecca y lo dejó al lado—. ¿Tú no?

—Los científicos poseemos una curiosidad innata.

Puso un brazo a cada lado de Rebecca, aprisionándola. Podía olerla claramente, aspirar su aroma limpio de jabón, con un toque cítrico.

—¿Qué te parece si hacemos un experimento? Rebecca se negó a vacilar, a permitir que Shane notara, aunque fuera durante un instante, que estaba muerta de miedo.

—¿De qué tipo?

—Bueno, si yo hago esto...

Capítulo 4

Shane rodeó su cintura, una cintura sorprendentemente delgada, con las manos. Subió para acariciarle la espalda. La excitación que sintió no resultaba demasiado sorprendente. La había sentido en otras ocasiones. Pero no esperaba que fuera tan fuerte, no con ella.

Aun así, no se sentía incómodo, por lo que se dejó llevar. Al comprobar que Rebecca no protestaba, ya que de hecho estaba inmóvil, apretó su cuerpo contra el suyo hasta que sintió que sus curvas se ajustaban a los ángulos de su cuerpo.

De repente, deseó con todas sus fuerzas besarla, probar aquella boca. No sólo porque pertenecía a una mujer atractiva, sino porque era de Rebecca, y había adoptado una expresión firme, casi de desaprobación.

Le gustaba que desaprobaran su conducta. Pero cuando empezó a bajar la

cabeza, Rebecca subió la cara, lo suficiente para desequilibrarlo.

—¿Un experimento? ¿Cuál es tu hipótesis? —¿Cómo dices?

—Tu hipótesis —repitió, aliviada por haberlo interrumpido y tener bastante tiempo para reponerse y prepararse—. ¿Cuál crees que será el resultado del experimento?

—¿Que cuál creo que será el resultado? —mantuvo la vista en sus fascinantes labios, cosa no muy fácil, porque para ello tenía que escapar a sus ojos—. ¿Qué te parece la satisfacción recíproca? ¿Te parece suficiente, doctora?

—Desde luego —tuvo cuidado de no atragantarse, porque se habría sentido ridícula y habría acabado con sus intentos por parecer mundana—. ¿Por qué no? ¿Quieres besarme, granjero? Pues adelante.

—Eso iba a hacer.

No obstante, pasó de largo su boca y cerró los dientes suavemente sobre su mandíbula. Tenía una barbilla preciosa.

Después la rozó en los labios, levemente. Le gustaba retrasar el placer, por sí mismo y por ella. Los tanteó, probando su forma y su textura. Le parecieron deliciosamente carnosos, deliciosamente húmedos y deliciosamente suaves.

Tal vez fue por aquello por lo que dejó de pensar durante el tiempo necesario para perderse, para hundirse en su boca. Para trazarla con la lengua, separar sus fríos labios y explorarla.

Su sabor era oscuro y profundo, pero extrañamente conocido. Se preguntó cómo podía ser, si la estaba besando por primera vez. No obstante, estaba seguro, completamente seguro, de haber probado antes aquel sabor. La familiaridad resultaba terriblemente excitante, desesperadamente erótica.

Rebecca era diminuta. Sus músculos eran firmes y estrechos. Tenía la espalda delgada y los senos pequeños y firmes, que se apretaban contra su pecho. El aroma de Rebecca, como una pradera fría y húmeda, le hacía hervir la sangre, hasta tal punto que tardó unos minutos en darse cuenta de que Rebecca no se había movido. No lo tocaba, y sus labios permanecían quietos. No había emitido ni un sonido.

La completa ausencia de respuesta tuvo el mismo efecto que una bofetada. Shane se apartó bruscamente. Frunció el ceño y estudió la expresión pasiva de Rebecca, sus ojos levemente interesados y el rictus divertido de su preciosa boca.

—No ha estado mal —dijo Rebecca, en un tono tan sosegado que lo sacó de quicio—. ¿Es tu mejor intento?

Shane se quedó mirándola, incapaz de reaccionar. Podía enfrentarse al rechazo. Una mujer tenía todo el derecho del mundo a rechazar los avances de un hombre. Pero no soportaba la mofa. Y sabía que Rebecca estaba burlándose de él por debajo de su apacible exterior.

Para evitar seguir humillándose, se esforzó por recuperar el control, ya que de lo contrario habría vuelto a besarla con la esperanza de despertar en ella al menos una mínima parte de la pasión que Rebecca despertaba en él sin hacer ningún esfuerzo.

—Digamos que como experimento ha sido un absoluto fracaso —señaló el

teléfono de la pared con toda la dignidad que pudo reunir—. Cuando hayas terminado, puedes llamar a Cass.

—Gracias. Nos vemos esta noche, en la cena. Shane se volvió en la puerta para mirarla. Rebecca seguía allí de pie, apoyada en la encimera. Ni siquiera tenía el pelo revuelto.

—La verdad es que es difícil encontrar a una persona tan fría como tú —le dijo.

—Eso me han comentado. Gracias por el té, granjero. Y por el experimento.

En el momento en que se cerró la puerta, Rebecca se desplomó sobre la encimera. Habría preferido sentarse, pero no estaba segura de que las piernas no se le fueran a doblar antes de cruzar las tres baldosas que la separaban de la silla más cercana.

No sabía que nadie, en ningún sitio, pudiera besar así.

Tenía la cabeza hecha un torbellino. Ahora que estaba sola, se llevó una mano al corazón y respiró profundamente varias veces. Sus jadeos resonaron en la cocina como los de un buceador que llegara a la superficie. Se sentía como si hubiera estado en un lugar profundo, oscuro y sin aire, y hubiera logrado escapar en el último instante.

Evidentemente, aquel hombre constituía un serio peligro. Ninguna mujer podía encontrarse a salvo cerca de él.

Levantó su bebida y contempló los hielos, que chocaban entre sí mientras se llevaba el vaso a los labios con una mano temblorosa.

Se recordó que había resistido. Se había mantenido fría y distante recitando desesperadamente una lección de historia. No sabía muy bien por qué le había acudido a la mente, pero la había ayudado a no gemir como un cachorro hambriento. Era cierto que había empezado a perder la concentración hacia el final, pero Shane se había apartado.

Si hubiera seguido así durante diez segundos más, nunca habría terminado la lección.

—Dios mío —acertó a decir, apurando el vaso hasta la última gota.

El té helado le enfrió el calor de la garganta, pero no el de la sangre.

Aquella clase de pasión era una experiencia nueva para ella. Suponía que Shane MacKade se moriría de risa si supiera hasta qué punto la había afectado. A fin de cuentas, era la doctora Rebecca Knight, el genio profesional y la eterna virgen.

Podía felicitarse por haber mantenido la com—postura, o al menos la apariencia de compos—tura, mientras la cabeza le daba vueltas varios centímetros por encima del cuello. Si Shane tuviera idea de lo estúpida que había sido; si sospechara cómo había reaccionado en realidad ante él, aprovecharía su ventaja.

Estaba segura de que, si se dejaba llevar, no sólo no conseguiría hacer nada durante su estancia, sino que se marcharía con el corazón destrozado.

Estaba segura de que mujeres más experi—mentadas que ella habían caído hasta el fondo en las redes de Shane MacKade. Aquella química sólo podía dar como resultado fuertes explosiones. Lo mejor era mantenerse al margen, enfadarlo cuando fuera necesario y no demostrarle nunca que se sentía atraída.

A salvo, pensó con un suspiro, mientras dejaba el vaso vacío en el fregadero. Tenía buenas razones para saber lo tediosa que podía resultar la seguridad. Pero había ido a Antietam a demostrarse algo, a explorar posibilidades y a incrementar su reputación.

Shane no formaba parte del plan.

No obstante, aquella casa sí. Volvió a respirar profundamente e intentó acallar sus nervios. Estaba segura de que allí había algo que la esperaba. Aún no podía sentirlo, porque todo su cuerpo estaba al rojo vivo.

Decidió que tenía que volver. Tenía que volver y procurar tener bastante tiempo para explorar todas las posibilidades de aquel sitio. La única forma de conseguirlo, decidió, consistía en mantener a Shane a distancia.

La cena en casa de Regan podría ser un buen comienzo.

Rebecca tenía la impresión de que todo estaba lleno de niños: bebés, niños que gateaban y preadolescentes, que se dedicaban a llorar, meterse en todas partes o correr. La alfombra del salón estaba llena de juguetes. Nate, el hijo de Regan, competía con su prima Layla por el mejor bloque del juego de construcción.

Ya empezaba a entender quién era hijo de quién. Layla era hija de Jared y Savannah, igual que Bryan, un niño delgado de pelo oscuro. Sabía que Jared era el mayor de los hermanos MacKade, un abogado que parecía sentirse muy cómodo con la corbata aflojada.

Su mujer era, probablemente, la mujer más llamativa que Rebecca había visto en su vida. Estaba en avanzado estado de gestación, pero aquello no impedía que se notara que tenía un cuerpo envidiable. Llevaba el pelo negro recogido en una trenza, y tenía los ojos muy oscuros. A ojos de Rebecca, tenía el aspecto de una diosa de la fertilidad.

Connor tenía aproximadamente la misma edad que Bryan, y su pelo era tan rubio como moreno era el de su primo. Había heredado la calidez que Cassie tenía en la mirada. También estaba Emma, una niña de unos siete años, que se apretaba contra su padrastro en la silla. A Rebecca le pareció encantadora y significativa la forma en que el brazo de Devin MacKade rodeaba con un brazo los hombros de la niña mientras sujetaba con el otro al bebé dormido.

Por mucha fama de indómitos y duros que tuvieran los hermanos MacKade, Rebecca no había visto nunca a ningún hombre tan apegado a su familia.

—Bueno, ¿qué te ha parecido Antietam por ahora? —le preguntó Rafe, pasando por encima del perro, los juguetes y los niños, para acercarse a Rebecca.

—Por ahora me gusta mucho —respondió con una sonrisa rápida—. Es un sitio bonito, tranquilo, lleno de historia...

Rafe levantó una ceja. —¿Encantado?

—Nadie parece dudarlo —miró divertida a Shane, que se había sentado junto a Savannah para ponerle la mano en el abdomen—. Casi nadie.

—Hay gente que bloquea la imaginación —Savannah llevó la mano de Shane a la izquierda, donde el niño se había puesto a patear—. En esta zona hay lugares con

recuerdos muy fuertes.

Rebecca pensó que era una forma muy intrigante de plantearlo.

—Recuerdos —repitió.

Savannah se encogió de hombros.

—La muerte violenta y la infelicidad profunda dejan huellas. Por supuesto, no es demasiado científico.

—Depende de la teoría que apliques —apuntó Rebecca.

—Supongo que todos hemos tenido alguna ex—periencia con los fantasmas, con la energía residual o como quieras llamarlo —empezó Jared.

—Serás tú —Shane bebió un trago de cerveza—. Yo no me dedico a pensar en la gente que no está en el presente.

Jared se limitó a sonreír.

—Sigue así desde que le di un susto de muerte cuando éramos pequeños —explicó—. Pasamos la noche en la casa de los Barlow y...

Devin reconoció la mirada incómoda en los ojos de Shane, por lo que decidió intervenir para evitar una discusión.

—Nos diste un susto de muerte a todos nosotros. Estuviste haciendo ruido de cadenas, haciendo rechinar las puertas... Supongo que Rebecca estará buscando algo más sutil.

—Desde luego, estoy buscando algo —se sintió sorprendida y complacida cuando Nate gateó hasta ella y se subió a su regazo—. Estoy deseando empezar —añadió, mirando al niño, que jugueteaba con su colgante.

—La cena estará preparada dentro de cinco minutos —anunció Regan, apareciendo en el umbral con el rostro sofocado por el calor—. Vamos a encargarnos de los niños, ¿de acuerdo, Rafe?

—Jason está durmiendo. Ya lo he llevado a la cuna.

—Yo iré a buscar a Layla —dijo Shane, mirando a Savannah—. Jared tardará por lo menos cinco minutos en levantarte del sofá.

—Asegúrate de darle un puñetazo después de comer, ¿de acuerdo, Jared?

—De acuerdo —aseguró a su mujer, mientras se levantaba para ayudarla.

La salida fue muy ruidosa, igual que la cena que siguió. El enorme comedor, con sus altas ventanas, tenía suficiente espacio para todos, y alrededor de la mesa de cerezo habían dispuesto las sillas altas necesarias para los niños.

Rebecca pensó que la elección de espaguetis marinara, entremeses y pan de ajo había sido acertada. Había suficiente comida para un ejército, y la tropa dio buena cuenta del rancho.

No estaba acostumbrada a las comidas familiares, a las bebidas derramadas ni a las conversaciones acaloradas en voz muy alta. Envuelta en aquel caos se sentía de nuevo una observadora, pero no estaba a disgusto. Era una nueva experiencia a disfrutar y evaluar.

Le resultaba extrañamente estimulante el hecho de que, a pesar de que no todo el mundo hablaba de lo mismo, todos hablaban por lo general al mismo tiempo. Los

niños se dedicaban a llenarse y a llenar a los que los rodeaban de salsa, y en más de una ocasión durante la cena sintió la piel cálida en las piernas, cuando el perro buscaba esperanzado algo que se hubiera caído de la mesa.

No podía seguir las conversaciones, que versaban sobre deportes, cosechas de verano, dentición, cotilleos del pueblo y una gran variedad de temas inconclusos entre medias.

Aquello la aturdía.

Las cenas familiares que recordaba eran ocasiones tranquilas y pausadas. Alguien sacaba un tema de conversación, y se trataba a fondo, con calma, a lo largo de la cena, que duraba exactamente una hora. Como una clase. Una clase bien organizada, estructurada y llevada, al final de la cual la enviaban a seguir con sus otros estudios.

A medida que la confusión crecía a su alrededor, se sintió profundamente infeliz por los recuerdos.

—Come. —¿Qué?

Volvió la cabeza y se encontró un tenedor lleno de pasta en los labios. Automáticamente, abrió la boca y lo aceptó.

—Ha sido fácil, ¿verdad? —Shane llenó otro tenedor y se lo ofreció—. Vuelve a intentarlo. —Gracias, pero sé comer sola —elijo cohibida.

—No lo parece —señaló—. Estabas demasiado ocupada observándolo todo, como si acabaras de aterrizar en un planeta desconocido —le llenó la copa de vino antes de que pudiera detenerlo—. ¿Es eso lo que parecemos los MacKade desde un punto de vista científico? ¿Extraterrestres?

—Sois muy interesantes —dijo con frialdad—, desde cualquier punto de vista. ¿Qué se siente al formar parte de una familia tan dinámica como ésta?

—No me lo había planteado nunca.

—Todo el mundo piensa en la familia, en sus orígenes, si encaja o no con los que lo rodean y esas cosas.

—Las cosas son como son —contestó mientras se rellenaba el plato con una generosa ración. —Pero al ser el hermano pequeño...

—¿Me estás psicoanalizando, doctora? ¿No necesitaríamos un diván y un cronómetro? —Sólo estoy charlando.

Se dio cuenta de repente de que había perdido el ritmo, a pesar de que hasta entonces había estado desenvolviéndose bien. Se esforzó por tranquilizarse y tomó un trago de vino.

—Por qué no me hablas de ese heno que vas a segar? —continuó.

Shane ladeó la cabeza para mirarla. Sabía cuando una mujer le tiraba de la cadena, y sabía reaccionar con un tirón mayor.

—Voy a hacerlo mañana. Puedes venir a verlo por ti misma, y tal vez echarme una mano. Siempre me viene bien tener un par de brazos más, por flacos que sean.

—Suenas fascinante, pero estaré ocupada. He recibido mi equipo —hundió el tenedor en el plato—. Pero estoy segura de que más adelante, cuando me aloje en tu casa, tendré tiempo para echarte una mano de vez en cuando. De hecho, estoy

deseando verte en tu entorno.

—¿Es eso cierto?

Se volvió para mirarla y apoyó la mano en el respaldo de su silla, rozándole el hombro. El salto involuntario de Rebecca le subió un poco los ánimos, que estaban por los suelos desde el episodio de la cocina.

Se acercó deliberadamente, sólo un poco. —Si eso es lo que quieres —continuó—, ¿por qué no vienes conmigo esta noche a mi casa? Podremos...

—¡Shane! ¡Deja de coquetear con Rebecca! —ordenó Regan desde el otro lado de la mesa, mirándolo con reproche—. La estás poniendo en una situación incómoda.

—No estaba coqueteando. Sólo charlábamos —sonrió, mostrando su hoyuelo—. ¿No es verdad, Rebecca?

—Más o menos.

—Shane es incapaz de mantener los ojos o las manos apartadas de las mujeres —dijo Savannah, apartando el plato—. Las más inteligentes no lo toman en serio.

—Menos mal que Rebecca es muy inteligente —señaló Devin—. Te aseguro que resulta triste ver cómo algunas mujeres caen en sus redes.

—Sí, yo me deprimó mucho —dijo Shane con una sonrisa traviesa—. Apenas puedo mantener la cabeza alta. La semana pasada, Louisa Tully me preparó un pastel de melocotón. Es desmoralizador.

—El problema —dijo Rafe— es que muchas de ellas no se han dado cuenta de que a tu corazón no se accede por tu estómago. Se accede por tu... —se encogió cuando Regan le propinó un fuerte codazo—. Por tu cerebro. Eso es lo que iba a decir. Por tu cerebro.

—Estoy segura de que eso era lo que ibas a decir —dijo Regan.

—Shane siempre está besando a nadie —dijo Bryan con la boca llena, mientras se limpiaba con la manga.

Rebecca empezaba a divertirse. Se adelantó y sonrió al niño, que se había apresurado a usar la servilleta al ver que su madre lo miraba.

—¿De verdad?

—De verdad. En la granja, en el parque, y hasta en el centro del pueblo. A ellas les da por las risitas —alzó la vista, exasperado—. A Con y a mí nos parece bastante desagradable.

Shane, que siempre reaccionaba a los ataques atacando, se volvió hacia su sobrino.

—Tengo entendido que Jenny Metz está enamorada de ti.

Bryan se sonrojó, desde la barbilla llena de salsa hasta la raíz del pelo.

—Nada de eso.

No obstante, el miedo a que Shane siguiera hablando fue bastante para mantener su boca cerrada.

Jared miró a su hijastro con complicidad y llevó la conversación a un terreno más seguro. Desde su lugar privilegiado, Rebecca vio que Shane se inclinaba y murmuraba al oído de Bryan algo que lo hizo sonreír.

En cuanto terminó la cena se oyeron los llantos de un bebé. Tras un breve debate, Rebecca empezó a recoger los platos, ya que la gente que tenía hijos debía encargarse de ellos, y no estaba dispuesta a hacer algo de tanta responsabilidad.

Como también señaló, era una amiga, y no una simple invitada.

Mientras trabajaba, oía sonidos procedentes de toda la casa. Resultaba tranquilizante. Era una especie de rutina arraigada, que para ella era algo completamente nuevo. Podía oír a Rafe, que hablaba con Nate mientras lo preparaba para irse a la cama, y a Regan, que murmuraba palabras tranquilizadoras al bebé.

Alguien, probablemente Devin, daba instrucciones a los niños para que recogieran los juguetes desperdigados. Jared se asomó brevemente para disculparse por no ayudarla, y le explicó que Savannah estaba agotada.

Rebecca le dijo que no tenía importancia y siguió a lo suyo. Estaba segura de que si cualquier otra persona tuviera que enfrentarse a tantas pilas de cacerolas, sartenes, vasos y platos encontraría el trabajo tedioso en el mejor de los casos. Pero para ella era algo nuevo, y por tanto, divertido.

Shane entró en la cocina, con las manos en los bolsillos.

—Parece que voy a tener que arremangarme. —No hace falta —respondió Rebecca, mientras intentaba resolver el problema espacial de meter todo en las bandejas del lavaplatos—. Ya lo tengo.

—Todos los demás están ocupados con sus niños y con sus mujeres embarazadas. Soy el único que queda —se subió las mangas—. ¿Vas a meter las cosas en el lavaplatos o te vas a quedar estudiándolos toda la noche?

—Estaba intentando decidir cuál era el método mejor empezó a trabajar, satisfecha—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Fregar los cacharros.

Rebecca se detuvo, entrecerrando los ojos mientras repetía los cálculos.

—Si no tengo que meter los cacharros resultará más sencillo —concluyó.

Olió el detergente que Shane untó en el estropajo. Cuando se inclinó, su cadera rozó la de Shane. Se enderezó como impulsada por un resorte.

—Lo siento, pero me he apropiado del fregadero —le dijo Shane con una sonrisa.

Rebecca se limitó a caminar al otro lado del lavaplatos y siguió trabajando desde allí.

—Esa manía que tienes de coquetear con todas las mujeres, ¿es una vocación o una obligación?

—Es un placer.

—¿No resulta un poco incómodo andar rebotando continuamente en un pueblo tan pequeño?

—Supongo que sería incómodo si me considerase una pelota y no una persona.

Rebecca asintió mientras seguía colocando los platos meticulosamente. Suponía que resultaría interesante adentrarse en la mente de un mujeriego.

—Está bien, plantearé la pregunta desde otro punto de vista. ¿No es incómodo empezar o terminar una relación en un pueblo en el que todo el mundo parece saber

qué hacen todos los demás?

—No si se hace bien. ¿Es esto otro estudio? Rebecca volvió a enderezarse, luchando contra el rubor. No esperaba que se diera cuenta. —Lo siento. Es una mala costumbre que tengo. Me dedico a analizarlo todo. Sólo tienes que recordarme de vez en cuando que me estoy pasando.

—Te estás pasando.

Rebecca rió, dado que no había acritud en las palabras de Shane, y siguió trabajando.

—¿Qué te parece si te digo que creo que tienes una familia maravillosa y muy interesante, y que me alegro de haber conocido a todos los miembros?

—Me parece muy bien. Yo también los quiero mucho.

—Ya se nota —lo miró con una sonrisa—. Y casi me hace pensar que dentro de ti hay algo más que un granjero que se dedica a perseguir cualquier cosa con faldas. Me ha gustado veros a todos juntos, la interacción, las conversaciones rápidas y cruzadas, las señales...

Shane colocó una sartén en la pila.

—¿Era eso lo que hacías cuando me puse a hablar contigo en la cena? ¿Observar a los MacKade en su entorno?

La sonrisa de Rebecca se desvaneció levemente.

—No. La verdad es que estaba pensando en algo completamente distinto —repentinamente inquieta, se puso a limpiar la encimera con un paño húmedo—. Tengo que hablar contigo para ver cómo me pongo a trabajar en tu granja. Me doy cuenta de que tienes cosas que hacer, y una vida privada. No tengo intención de inmiscuirme.

Shane pensó que, aunque no tuviera intención, se inmiscuiría. Ya lo había sospechado antes, pero aquel rápido brillo de tristeza que había observado durante la cena en los ojos de Rebecca lo confirmaba. Le encantaban las mujeres con secretos e historias tristes.

—Le he dicho a Regan que puedes venir a trabajar en mi casa y voy a cumplir mi palabra. Rebecca se encogió de hombros.

—De todas formas, no quiero hacer que te sientas incómodo en tu propia casa por mi culpa —lo volvió a mirar, con una expresión ligeramente burlona—. Aunque de todas formas, pasas casi todo el tiempo en la granja, ¿no? Segando el heno y haciendo cosas así.

—Cosas así.

Shane sabía que estaba provocándolo de nuevo. O que estaban provocándolo. Porque estaba seguro de que había dos mujeres dentro de Rebecca, y cada vez se sentía más fascinado con cada una de ellas.

Aunque no había terminado de fregar, se secó las manos con un paño de cocina. Se dijo que tal vez fuera aquel cuello delgado y blanco. Estaba pidiendo a gritos que lo besara. O podían ser aquellos ojos dorados, que atisbaban toda clase de emociones elusivas, incluso cuando brillaban de confianza. O tal vez era su autoestima, aún dañada por la reacción que había tenido Rebecca a sus avances por la mañana.

Fuera lo que fuera, sentía la necesidad de vol—ver a someterla a prueba, y tal vez, someterse a prueba a sí mismo.

Se acercó a ella en silencio. Siguiendo un im—pulso, bajó la cabeza y cerró los dientes suavemente en su nuca. Rebecca se estremeció y se enderezó rápidamente. Tan sorprendido como complacido, la tomó por los hombros y la giró lentamente para mirarla.

—Esta vez no has estado tan fría —murmuró, apretándose contra su boca en un intenso beso. Rebecca no tuvo tiempo para prepararse, para pensar, para defenderse. Simplemente, la boca de Shane la destruyó. Le empezó a dar vueltas la cabeza. Las rodillas cedieron, y la sangre empezó a hervir en sus venas. En toda su vida, nunca había sentido tantas sensaciones de una vez. La suave y cálida demanda de los labios de Shane en los suyos, las manos duras y confiadas que recorrían su cuerpo, el olor del detergente... y el hombre.

Su mente era incapaz de procesarlo todo, por lo que fue el cuerpo el que tomó las riendas. Un débil sonido de aceptación salió de su garganta. No pudo detenerlo, igual que no pudo detener el temblor, el calor y la repentina necesidad de permitir que todo su ser se fundiera en aquel abrazo. Una oleada de placer seguía a la anterior, hasta que no quedaba nada más.

La primera sensación de Shane fue de orgullo. Rebecca acababa de demostrar que no era tan indiferente a él. Estaba excitada. Temblaba y gemía. La mujer a la que había besado por la mañana era fría, despectiva y sarcástica. Pero aquélla no. Aquélla era...

Deliciosamente cálida. La habría besado eternamente. Su boca era suave y sedosa. Se adentró en ella, excitado y alentado por cada gemido y cada murmullo. Su mente se nubló de placer cuando pasó las manos por debajo del jersey y encontró sólo la piel de Rebecca.

Ella contuvo la respiración y se estremeció al sentir aquellas ásperas manos sobre sus pequeños y firmes senos. Los pulgares raspaban ligeramente los sensibles pezones.

Había subido los brazos para entrelazarlos detrás del cuello de Shane, pero de repente cayeron inertes, a los lados, en una rendición incondicional que excitó a Shane hasta un punto insospechado.

Se apartó y colocó las dos manos en la encimera, a los lados de Rebecca, para mirarla. Estaba sonrojada y tenía los ojos cerrados. Respiraba agitadamente a través de unos labios hinchados de forma muy erótica.

Pensó que tendría exactamente el mismo aspecto tendida en el suelo, haciendo el amor con él. Aquella imagen hizo que se aferrara a la encimera hasta que le dolieron los dedos.

Entonces, Rebecca abrió los ojos y Shane vio que estaban ciegos, como ausentes y un poco te—merosos.

—Bueno, bueno —dijo Shane en tono burlón, más para defenderse que para afirmar su victoria—. Yo diría que esta vez el resultado ha sido distinto.

Rebecca era incapaz de recuperar el aliento, mucho menos, de pronunciar una palabra. Se limitó a negar con la cabeza mientras su cuerpo seguía experimentando rápidas y letales explosiones.

—¿No hay teorías esta vez, doctora? Tal vez deberíamos volver a intentarlo.

Shane no sabía por qué estaba enfadado, pero podía sentir que su mal humor crecía por momentos mientras Rebecca se quedaba allí mirán—dolo indefensa, aturdida y cada vez más aterrorizada.

—No —acertó a decir Rebecca, como si su vida dependiera de la pronunciación de aquella sílaba—. No —repitió—. Creo que ya has demos—trado lo que querías demostrar.

Shane no sabía qué era lo que quería demostrar, pero desde luego, en aquel momento era indiferente. Ahora la deseaba con una fuerza que no había experimentado nunca. Creía que desear era tan natural como respirar, y que no debía causar más incomodidad que la simple exhalación de aire.

Sin embargo le dolía. Le dolía mucho. —Déjame pasar —dijo Rebecca.

—Cuando termines. Estoy esperando a que me digas tu hipótesis. ¿O ya tienes una teoría? Siento curiosidad, Rebecca. ¿Cómo reaccionarás la próxima vez que te bese? ¿Y a cuál de las dos mujeres que hay en ti me encontraré cuando te lleve a la cama?

Rebecca no lo sabía, y no estaba segura de poder decírselo si lo supiera. Se salvó de lo que estaba segura de que habría sido una humillación cuando Rafe entró por la puerta de la cocina.

Se detuvo el seco, evaluó la situación con una sola mirada y lanzó a su hermano una mueca de reproche.

—¡Shane, por lo que más quieras! —Lárgate.

—Te recuerdo que es mi casa —protestó Rafe. —Entonces nos largaremos nosotros.

Tomó el brazo de Rebecca y dio dos pasos hacia la salida antes de que el pánico le confiriera a ella fuerzas para reaccionar y apartarse. —No.

Fue todo lo que dijo. Salió de la cocina, sin mirar a ninguno de los dos hombres.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —preguntó Rafe—. La tenías aprisionada contra la encimera. Estaba pálida como la pared.

¿Desde cuándo te dedicas a atemorizar a las mujeres?

—No la he atemorizado.

Pero de repente se dio cuenta de que era así, y durante un momento no le había importado. De hecho, le encantaba poder despertar en ella aquella reacción. Aquello era nuevo para él. Se sintió avergonzado.

—No tenía intención de asustarla. La cosa se me ha ido de las manos —frustrado, se pasó los dedos temblorosos por el pelo—. Se me ha ido de las manos.

—Tal vez sea mejor que mantengas las distancias hasta que aprendas a controlarte.

—Sí, tal vez sea mejor.

Rafe, que esperaba una protesta, frunció el ceño extrañado. Se dio cuenta de que Shane estaba tan pálido como estaba Rebecca un rato atrás.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé —Shane sacudió la cabeza—. Es una mujer endemoniada —murmuró—. Endemoniada.

Capítulo 5

Dada su meticulosidad, Rebecca tardó varias horas en configurar todo el equipo de acuerdo con sus necesidades. Tenía sensores, cámaras, grabadoras, ordenadores y monitores. Cassie había conseguido dejarle una de las habitaciones más grandes del hotel durante un par de días, e intentaba mostrar su agradecimiento. Pero habría preferido poder poner un par de cámaras en el primer piso.

Dudaba que los demás inquilinos le fueran a permitir colocar instrumentos de grabación en las habitaciones en las que dormían.

No obstante, tenía espacio, y la emoción de ocupar la habitación que había pertenecido a Charles Barlow. Desde las ventanas se veía el jardín delantero, lleno de flores, el camino y el pueblo. Suponía que al señor de la mansión le gustaría mirar por aquella ventana los tejados y las chimeneas de las casas.

Todo lo que había leído sobre Charles Barlow indicaba que debía ser el típico terrateniente que se consideraba en el derecho, incluso en la obligación, de mirar a los demás por encima del hombro.

Deseaba poder sentirlo allí, captar su poder, incluso su crueldad. Pero lo único que veía era una preciosa pareja de habitaciones, llenas ahora con todos los aparatos que había llevado.

Resultaba frustrante. Sabía a ciencia cierta que todos los MacKade habían experimentado algo en aquella casa, que habían sido tocados por lo que quedaba allí. No entendía por qué a ella le estaba vedado.

Tenía la esperanza de que la ciencia la ayudara, como había ocurrido en otras ocasiones. Había comprado el mejor equipo posible para trabajar en solitario, sin escatimar en gastos. Al—gunas mujeres, pensó, se compraban joyas o zapatos. Ella prefería comprarse máquinas.

Aunque era posible que últimamente estuviera también comprándose demasiados zapatos y joyas, pero nunca había tenido problemas económicos, y no creía que los fuera a tener en un futuro cercano. En cualquier caso, tenía derecho a tener una afición, se dijo mientras se metía las manos en los bolsillos. Y también tenía derecho a su nueva vida, a ser la nueva persona que iba aflorando en ella.

Muchos de sus compañeros pensaron que se había vuelto loca cuando les dijo que tenía intención de dedicar su tiempo libre al estudio. Sus padres se habrían sentido profundamente indignados si hubiera tenido el valor de enfrentarse a ellos para comunicarles cuál era su nuevo interés. Pero no iba a permitir que aquello la afectara.

Quería explorar. Lo necesitaba. Si tenía que volver a ser la aburrida, previsible y profundamente tediosa doctora Knight, se volvería loca.

Pero había aprendido una lección muy valiosa la noche anterior. Aún no estaba

preparada para tratar determinados aspectos de su nueva vida. Su confianza era sólo aparente, y a Shane MacKade le había bastado con raspar un poco la superficie para hacer que su inseguridad volviera a aflorar. En realidad, no entendía cómo se le había podido pasar por la cabeza la posibilidad de enfrentarse nada menos que al sexo.

Lo único que había tenido que hacer Shane había sido sorprenderla desprevenida, y la había convertido en una pulpa sin cerebro, temblorosa. Había pasado bastante tiempo sintiéndose furiosa con él por provocar aquella situación, cuando se le pasó el terror. Pero era demasiado analítica como para culparlo durante demasiado tiempo. Ella se había puesto la máscara de seguridad e incluso había intentado enfrentarse a la nueva situación del coqueteo. Shane no tenía la culpa de que la imagen que ella presentaba distara tanto de su verdadera personalidad.

Simplemente, debería ser muy cuidadosa en el futuro, y replantearse sus planes de alojarse en la granja. Aquel hombre era demasiado físico, demasiado atractivo. Demasiado todo. Sobre todo, para una mujer que apenas había comenzado a explorar su propia sexualidad.

Sí; tendría mucho cuidado y no se dejaría llevar por las profundas e intensas necesidades que Shane despertaba en ella, por la forma en que sentía la boca de Shane sobre la suya, por la forma en que sus manos se movían sobre su piel desnuda. Le había parecido algo muy íntimo y natural que la acariciara de aquella forma.

Dejó escapar el aire que contenía y cerró los ojos.

No era conveniente que pensara en aquello. Iba a pasarlo bien. Empezaría a tomar apuntes sobre Antietam y haría planes para el libro que tenía intención de escribir. Y si la perseverancia le servía de algo, encontraría a sus fantasmas.

Se sentó frente al ordenador y lo encendió.

Ahora estoy en el hotel MacKade, en las que fueron las habitaciones de Charles Bar—low durante la época de la Guerra Civil. Hay más gente en el hotel, y me gustaría averiguar si han tenido alguna experiencia durante la noche. Por el momento, todo está en calma. Me han dicho que la gente oye a menudo puertas que se cierran, el sonido de un llanto e incluso un disparo. Estos fenómenos no ocurren sólo de noche; también son frecuentes durante el día.

Regan los ha experimentado, igual que Rafe. También se dice que huele a rosas. Esta experiencia en particular es muy frecuente. Me parece interesante que el sentido del olfato sea el que desempeña un papel más importante.

En mi breve encuentro con Savannah MacKade me he enterado de que a menudo ha sentido una presencia en esta casa y en los bosques que rodean la tierra. Tengo entendido que tanto Jared como ella se sienten fuertemente atraídos por el bosque en el que se encontraron y combatieron los dos cabos.

Me parece fascinante que la gente pueda coincidir de esta forma.

Cassie y Devin MacKade son otro ejemplo. En este caso, los dos han vivido en el pueblo durante toda su vida. Cassie estuvo casada con otro hombre, con el que tuvo dos hijos, y por lo que me ha dicho Regan, fue un matrimonio horrible. Aun así, al final encontró a Devin, y cualquiera que los viera pensaría que siempre habían estado juntos.

Tanto Cassie como Devin tienen cosas que contar sobre el hotel y lo que experimentaron aquí. Tendré que interrogarlos a fondo para seguir tomando apuntes.

Shane MacKade es el único que no tiene ninguna anécdota que contar, o si ha experimentado algo, no parece dispuesto a compartirlo. No estoy acostumbrada a confiar en el instinto en vez de en los datos, pero tengo la sospecha de que Shane se reserva lo que sabe o lo que siente. Esto resulta bastante contradictorio, ya que a nivel personal no parece demasiado reservado.

Debo decir que es una de las personas que expresan más sus emociones de las que he encontrado hasta ahora. El contacto físico le parece lo más natural del mundo, y tiene reputación de estar siempre rodeado de mujeres. Supongo que se podría catalogar como un mujeriego, aunque sin las connotaciones negativas de la palabra. Es un hombre que tiene los pies en la tierra, y tal vez eso explique su rechazo hacia lo sobrenatural.

En realidad, me gusta mucho. Su humor, su evidente cariño por su familia, su fuerte amor por la tierra. A simple vista parece una persona muy superficial, pero si debo confiar en mis oxidados instintos, oculta algo mucho más profundo.

Desde luego sería un objeto de estudio muy interesante, aunque...

—La mujer no entra nunca aquí.

Con los dedos en el teclado, Rebecca alzó la vista y vio a Emma en el umbral.

—¡Hola! ¿Ya has salido del colegio?

—Sí. Mi madre me ha pedido que te diga que la merienda está preparada —entró en la habitación y se puso a examinar los aparatos con curiosidad—. Tienes muchas cosas.

—Ya lo sé. Supongo que se podría decir que son mis juguetes. ¿A qué mujer te referías?

—A la que vivía en esta casa. Lloro mucho. ¿No la has oído?

—No, ¿cuándo?

Emma sonrió con calma.

—Ahora mismo. Estaba llorando mientras tú escribías. Pero nunca entra en esta habitación. Un escalofrío recorrió la columna de Rebecca.

—¿La has oído ahora mismo?

—Lloro mucho —se acercó al ordenador y miró la pantalla—. A veces voy a su habitación y deja de llorar. Mi madre dice que le gusta la compañía.

—Ya veo —dijo Rebecca, con cuidado de hablar con naturalidad—. ¿Cómo te sientes cuando la oyes llorar?

—Al principio me ponía muy triste. Me recordaba a mi madre, que antes estaba siempre llorando. Pero ahora sé que a veces el llanto te puede ayudar a sentirte mejor cuando estás mal.

—Eso es cierto —dijo Rebecca, sonriendo a pesar de sí misma.

—¿Vas a fotografiar a la mujer?

—Eso espero. ¿La has visto alguna vez?

—No, pero creo que es guapa, porque huele muy bien —sonrió con timidez—. Tú

también hueles muy bien.

—Gracias. ¿Te gusta vivir en esta casa, con la mujer y con todas esas cosas?

—No está mal. Pero vamos a construirnos una casa cerca de la granja, porque ahora somos una familia muy grande. Mi madre seguirá trabajando aquí, así que podré venir siempre que quiera. ¿Estás escribiendo un relato? Connor escribe relatos.

—No exactamente. En realidad, es una especie de diario. Apunto las cosas que quiero recordar, y tomo notas para volver a leerlas más adelante. Pero voy a escribir un libro sobre Antietam. —¿Puedo aparecer en él?

—Creo que tienes que aparecer en él —pasó una mano por los rizos dorados de Emma—. Espero que me cuentes cosas sobre la mujer.

—Me llamo Emma MacKade. El juez autorizó el cambio de apellido. Así que quiero figurar en el libro como Emma MacKade.

—Desde luego, aparecerás como Emma MacKade —Rebecca apagó el ordenador—. Vamos a buscar esa merienda.

No tenía intención de ir hasta la granja. Sólo pretendía dar un paseo por el bosque, o aquello era al menos lo que se había dicho. Para tomar el aire, despejarse la cabeza y estirar las piernas.

Pero antes de darse cuenta, se encontró con que había dejado los árboles atrás y estaba cruzando los campos.

No supo muy bien qué fue lo que la impulsó a sonreír al ver la casa. Esperaba que Shane hubiera terminado sus tareas y estuviera dentro, o tal vez en el pueblo con alguna de sus amigas. Sabía que el trabajo de la granja se llevaba a cabo temprano, de modo que suponía que ya habría terminado y no se encontraría a Shane por ahí.

Podía ver que una parte del campo de heno estaba segada, pero no veía el tractor o lo que Shane hubiera usado para cortar la hierba. Sentía habérselo perdido. Sin duda, la imagen de Shane MacKade recorriendo los campos en un enorme y ruidoso vehículo resultaría muy interesante.

Pero lo que quería era estar a solas un rato antes de volver a su habitación para concentrarse en el trabajo y disponer el equipo para grabar durante la noche.

Aquél fue el motivo por el que se alejó de la casa, en vez de caminar hacia ella.

Le gustaban los olores de aquel sitio, que le resultaban extrañamente familiares. Suponía que los tenía fuertemente arraigados en la memoria, tal vez desde la niñez.

Como conocía a la perfección la historia de los dos cabos, caminó hacia las edificaciones secundarias. No sabía muy bien qué aspecto tendría la casa que usaban para curar las conservas, que era al parecer el edificio donde había aparecido el hombre herido, pero Regan le había dicho que era de piedra y que aún se mantenía en pie.

La hierba estaba salpicada de flores. Algunas, pequeñas, estrelladas y azules; otras, amarillas y con forma de campanilla. También había racimos blancos. Encantada, olvidó su misión y empezó a recoger unas cuantas. Más allá de los edificios se extendía una pradera verde, con manchas de color de las flores silvestres.

Se preguntó si alguna vez había paseado por una pradera. Si lo había hecho, no lo

recordaba. Sus estudios de botánica habían sido breves, y recordaba más los nombres en latín que el aspecto de las flores.

Se dijo que había llegado el momento adecuado para disfrutar de ellas sin preguntarse a qué familia pertenecían. Caminó hacia el amplio prado de hierba alta, observando la forma en que brillaba el sol y el movimiento de las flores agitadas por el viento, como un baile.

De repente, se le hizo un nudo en la garganta y los latidos de su corazón se aceleraron. Durante un momento sintió una terrible tristeza, una profunda soledad, tan intensa que estuvo a punto de derrumbarse. Se aferró fuertemente a las flores que había recogido.

Avanzó por la hierba alta, entre los matorrales, mientras el dolor atenazaba su estómago como un puño. Se detuvo, miró el vuelo de las mariposas y escuchó el canto de los pájaros. El fuerte sol le calentaba la piel, pero tenía un frío intenso.

—¿Qué otra cosa podríamos haber hecho? —se preguntó, temblando con un dolor que no era suyo, pero resultaba tremendamente real—. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

Abrió la mano y dejó caer las flores entre la hierba, a sus pies. Con los ojos llenos de lágrimas, se apartó cuidadosamente del lugar en el que reposaban las flores, como un soldado en un campo de minas.

Se preguntó a qué se refería al decir que no se podía hacer nada más. No entendía de dónde había salido la pregunta, ni qué podía significar. Después se volvió, respirando lentamente, y dejó atrás la pradera.

Todas aquellas fuertes emociones que la confundían empezaron a desvanecerse, hasta el punto de que empezó a dudar que las hubiera sentido. Tal vez era sólo que se sentía un poco sola, o que se había deprimido al darse cuenta de que en su vida había paseado por una pradera ni había recogido flores silvestres.

Era una criatura de libros y aulas, de hechos y teorías. Había nacido así, y desde luego, la habían educado así. La niña prodigio hija de padres brillantes que se había aplicado tan a fondo en los estudios que se encontró de repente con que era adulta sin haber tenido tiempo para rebelarse y cuestionarse su existencia. Ni siquiera en menor medida.

Y la vida que quería crearse le seguía resultando demasiado ajena. Incluso ahora estaba pensando en volver, en seguir su horario y en sentarse frente a su equipo. Aunque tuviera intención de estudiar algo que se salía de lo normal, seguía pensando en los estudios.

Se metió las manos en los bolsillos y se apartó deliberadamente de la dirección que la devolvería al hotel. Se ordenó dar un paseo antes. Recogería más flores silvestres si le apetecía. La próxima vez se quitaría los zapatos para pasear por la pradera.

Estaba murmurando para sí cuando vio las vacas, debajo de un cobertizo de tres paredes. Se preguntó si no deberían estar pastando en los prados. Sin embargo, estaban todas allí, juntas, rumiando lo que suponía que sería heno o alfalfa.

Se acercó con curiosidad, manteniendo cierta distancia porque no estaba muy segura de que las vacas fueran tan amistosas como parecían.

Pero al ver que no se preocupaban por su presencia se acercó un poco más.

Entonces lo oyó cantar.

Encantada con el sonido, Rebecca se acercó al umbral y vio por primera vez una sala de ordeñado.

No imaginaba que fuera un lugar tan organizado y lleno de aparatos. Había grandes tuberías resplandecientes, y sonaba el ruido mecánico de un compresor o una máquina parecida. Había una docena de vacas en los compartimentos, comiendo de sus comederos individuales, mientras unos aparatos que parecían pulpos les extraían la leche.

Shane llevaba una camiseta de tirantes con la que estaba muy atractivo, y una gorra sobre la densa mata de pelo. Se movía entre los animales, cantando y tarareando, mientras comprobaba el estado de las ordeñadoras.

—Muy bien, cariño, ya hemos terminado contigo —dijo a una vaca.

Absorta por el proceso, Rebecca se acercó. —¿Cómo funciona eso?

Shane juró en voz alta y tiró con tanta fuerza del pistón que la vaca mugió, enfadada. La mirada que lanzó a Rebecca no era precisamente de bienvenida.

—Lo siento, no tenía intención de entrometerme —intentó sonreír y se obligó a no echarse hacia atrás atemorizada—. Estaba dando un paseo, vi las vacas y me pregunté qué ocurría.

—Lo mismo que ocurre aquí todos los días, por la mañana y por la tarde.

Shane se esforzó por tranquilizarse. Tenía intención de evitar a Rebecca durante unos días, pero allí la tenía, guapísima, con sus ojos enormes y curiosos, en la sala de ordeñado.

—¿Cómo consigues hacerlo todo tú solo? Hay muchísimas vacas.

—No siempre lo hago solo. De todas formas, casi todo el proceso está automatizado.

Siguió apartando a las vacas de la ordeñadora.

—¿Adónde va la leche? Supongo que pasa por esas tuberías.

Shane suspiró. No le apetecía ponerse a impartir lecciones de ordeñado. Habría preferido besarla hasta dejarla sin aliento.

—Exactamente. Pasa por los tubos y llega a un depósito, en el que se mantiene a la temperatura adecuada hasta que llega el camión a llevársela. Tengo que llevármelas a la sala de reposo.

—¿La sala de reposo? Shane sonrió levemente. —Es donde las vacas reposan, antes y después. Rebecca se apartó, tal vez un poco más de lo necesario, mientras Shane sacaba las vacas recién ordeñadas. Se preguntó cómo sabía cuáles estaban ordeñadas y cuáles faltaban por ordeñar, pero, cuando pasaron junto a ella, se dio cuenta de que la respuesta era evidente.

Las ubres de las vacas que aún no habían sido ordeñadas estaban muy hinchadas. Se quedó mirando con admiración a Shane, que les ajustaba los pistones con destreza.

—Así que comen mientras las ordeñas.

—La comida es el incentivo —le explicó sin prestarle demasiada atención—. Así entran de buen grado. Estos pistones succionan la leche automáticamente, haciendo el trabajo que antes se hacía a mano. Se puede ordeñar a muchas más vacas mucho más deprisa con la ordeñadora automática que a mano, con un cubo.

—Además, debe ser mucho más higiénico. Su—pongo que eso es un antiséptico, ¿no? Me refiero a lo que les pones en las...

—Ubres, cariño. Se llaman ubres —asintió—. Si quieres producir una leche de grado A tienes que seguir las normas.

—¿En qué grados se divide la leche? —empezó a preguntar antes de detenerse, avergonzada—. Lo siento. Hago demasiadas preguntas. Te estoy estorbando.

—Sí, desde luego —se acercó a ella, mientras funcionaban las máquinas—. ¿Qué haces aquí, Rebecca?

—Ya te lo he dicho. Estaba dando un paseo. Shane levantó una ceja y se metió los pulgares en los bolsillos delanteros del pantalón.

—¿Y has decidido hacer una visita a las vacas? —No tenía ningún plan.

—Yo creía que siempre planeabas lo que hacías.

—De acuerdo —Rebecca reconoció para sí que, por mucho que se hubiera asegurado que sólo quería caminar, cuando cruzó el bosque lo hizo porque quería verlo—. Supongo que tengo la impresión de que hay algo sin resolver entre nosotros. No quiero que las cosas te resulten difíciles, ya que mientras esté aquí voy a tener mucho trato con tu familia.

Shane no sabía muy bien cuál de las dos Rebeccas estaba hablando con él en aquel momento.

—Me precipité. ¿Quieres que me disculpe? —No es necesario.

Shane volvió a sonreír. Cada vez le gustaba más la forma en que Rebecca subía la cabeza. —¿Quieres volver a intentarlo? Me encantaría volver a besarte ahora mismo.

—Estoy segura de que te encantaría besar a cualquier mujer en cualquier momento.

—Sí, pero tú estás aquí.

—Cuando me apetezca que me beses, te lo comunicaré —se volvió, para defenderse, y se quedó mirando un barril con el ceño fruncido—. El problema que tengo es que mientras siga existiendo esta....

—¿Atracción? —interrumpió Shane—. ¿Este deseo mutuo?

—Esta tensión —corrigió Rebecca—. Me resulta muy difícil atenerme a mi plan de trabajo. Me gustaría trabajar aquí —dijo volviéndose para mirarlo de nuevo—. Pero no podré si tengo que dedicarme a rechazar tus avances no solicitados.

—Avances no solicitados —en vez de enfadarse, Shane tuvo un ataque de risa—. Me encanta tu forma de hablar cuando te pones estirada. Dime algo más.

—Estoy segura de que estás más acostumbrado a que las mujeres se lancen a tus pies —dijo con frialdad—. O a que te traigan tartas de melocotón. Sólo quiero asegurarme de que entiendes perfectamente el significado de la palabra «no».

A Shane no le pareció divertido aquello. Rebecca tuvo la fascinante experiencia de ver cómo su sonrisa se transformaba en una mueca.

—La última vez me dijiste que no, ¿ya se te ha olvidado?

—Lo que quiero decir es...

—Podría haber hecho el amor contigo allí mismo, en el suelo de la cocina de mi hermano. El color que la cólera había conferido a las mejillas de Rebecca se desvaneció, pero su voz permaneció estable y fría.

—Sobreestimas tu atractivo, granjero. —Cuidado con lo que dices, Becky —le advirtió Shane en voz baja—. Tengo un pronto muy malo. Lo que quieres es disipar parte de la tensión para seguir adelante con tu proyecto, ¿no? Pues yo he opinado siempre que la sinceridad es lo que mejor alivia la tensión. Me deseabas tanto como yo a ti. A lo mejor te sorprendiste. A lo mejor yo también me sorprendí, pero así son las cosas.

Rebecca abrió la boca para protestar, pero no encontró ninguna mentira apropiada.

—De acuerdo. No negaré que durante un momento me sentí interesada.

—Cariño, no creo que lo que sentías fuera precisamente interés.

—No me digas lo que sentí ni lo que siento. Sólo quiero decirte que si crees que me voy a convertir en otra muesa en la cabecera de tu cama estás muy equivocado.

—Muy bien —caminó con tranquilidad hacia las vacas para comprobar su estado—. «No» es una palabra que entiendo perfectamente. Si la pronuncias, la entenderé.

Rebecca se tranquilizó visiblemente. —De acuerdo, entonces...

—Pero será mejor que no bajes la guardia —le lanzó una mirada que hizo que su nerviosismo volviera—. Porque tampoco me cuesta trabajo interpretar los retos. Si quieres jugar a los cazafantasmas en mi casa tendrás que correr cierto riesgo. ¿Estás dispuesta?

—No me preocupas.

La sonrisa de Shane se ensanchó, esta vez lentamente.

—Sí que te preocupo. Ahora mismo te estás preguntando qué puedes hacer conmigo.

—La verdad es que me estaba preguntando cómo puedes caminar erguido si tienes que cargar continuamente con el peso de tu enorme amor propio.

—Es cuestión de práctica —respondió sonriendo—. Igual que tú consigues caminar con la cabeza llena de pensamientos profundos. Ya casi he terminado con las vacas. ¿Por qué no te adelantas y vas preparando un café? Podemos seguir hablando sobre esto.

—Creo que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir —se movió a bastante velocidad para salir antes que él—. Y no me gusta preparar café.

Shane pensó que, para estar tan flaca, contoneaba las caderas bastante bien mientras se alejaba.

—¿No quieres que te dé un beso de despedida, cariño?

Rebecca se volvió para mirarlo. —Besa a una vaca, granjero.

Shane no pudo resistirlo. Se colocó a su lado en un instante y la tomó en sus brazos y empezó a dar vueltas con ella.

—Eres una monada.

Rebecca se había quedado sin respiración en algún momento del primer giro. Durante un instante, sólo pudo pensar en que los brazos de Shane eran duros como rocas, y en que la sensación era absolutamente maravillosa.

—Creía que sabías interpretar un no.

—No te estoy besando —protestó mirándola con inocencia—. A no ser que quieras que lo haga. Sólo quería tomarte en brazos un momento. Te aseguro que pesas menos que un saco de trigo.

—Muchas gracias por ese cumplido tan poético. Bájame al suelo.

—Tienes que comer más. ¿Por qué no te quedas a cenar? Puedo preparar lo que quieras.

—No —dijo—. No, no, no.

—Sólo tienes que decirlo una vez —ladeó la cabeza, disfrutando la forma en que el pulso latía en la garganta de Rebecca, sobre el cuello de su camisa de seda blanca—. ¿Por qué tiembles? —Porque estoy enfadada.

—Nada de eso —la miró intrigado y suavizó la voz—. ¿Es que alguien te ha hecho algo malo? —No, claro que no. Te he pedido que me bajes al suelo.

—Ahora mismo. Si hiciera lo que me apetece y te llevara a casa en este preciso momento, rompería mi palabra y dejaría a las vacas desatendidas. No quiero hacer ninguna de las dos cosas —la dejó en el suelo, pero mantuvo las manos sobre sus hombros—. Parece que pasa algo entre nosotros, ¿no crees?

—Prefiero tomarme todo el tiempo que necesite para decidirlo.

—Me parece razonable —le acarició el pelo sin poder evitarlo—. Yo lo he decidido ya. Te deseo muchísimo. Como no soy psiquiatra, no tengo por qué analizar los motivos ni buscar significados ocultos. Sólo sé lo que siento.

Sus ojos, verdes y soñadores, bajaron de nuevo a los de Rebecca y le mantuvieron la mirada. —Quiero llevarte a la cama —prosiguió— y quiero hacer el amor contigo. Y lo deseo más cada vez que estoy cerca de ti. Puedes incluir eso en tu ecuación.

—Lo haré —le costaba trabajo concentrarse cuando Shane le acariciaba los hombros—. Pero ése no es el único factor. Las cosas serían mucho menos complicadas si pudiéramos olvidarnos de esto mientras trabajo en mi proyecto.

—Menos complicadas —repitió pensativo—. Y menos divertidas.

Divertidas, pensó Rebecca, sintiendo atracción por el concepto. Era algo nuevo e interesante, relacionado con la intimidad.

Shane miró sus labios, que se arquearon ligeramente. Sintió que su cuerpo se suavizaba y sus ojos se hacían más profundos. Un nudo de necesidad atenazó su interior y la abrazó contra sí.

—Eres una preciosidad, Rebecca. Deja que te enseñe...

Podría haber cometido un asesinato cuando un fuerte bocinazo destruyó el momento. Rebecca se tensó y dio un paso atrás. Los dos se quedaron mirando la polvorienta camioneta que acababa de aparcar frente a la casa. Rebecca vio claramente a la mujer castaña de labios carnosos que sacó la cabeza por la ventanilla. —Shane, cariño, te dije que intentaría pasarme por aquí.

Shane levantó la mano para saludar, aunque sintió que la temperatura a su alrededor bajaba varias decenas de grados.

—Ah, es Darla. Una amiga mía. —Ya veo.

Rebecca había recuperado de inmediato la actitud fría y distante. Levantó una ceja y sonrió con sarcasmo. Shane no tenía por qué saber que en realidad se estaba burlando de sí misma.

—No desatiendas por mí a tu... amiga, Shane, cariño. Estoy segura de que estás muy ocupado. —Mira, Rebecca...

Darla volvió a llamarlo, con cierta impaciencia. Shane vio, con un pánico desacostumbrado, que estaba apeándose de la camioneta. Si se tratara de cualquier otra persona, la reunión habría resultado fácil, y tal vez hasta divertida. Con Rebecca, tenía la impresión de que resultaría mortal. Se comería a Darla para desayunar. —Escucha.

—No tengo tiempo para mirar ni para escuchar —interrumpió Rebecca, temerosa de ponerse en ridículo delante de la impresionante mujer que caminaba con seguridad por la tierra con sus tacones de aguja—. Tengo mucho trabajo. Que os divirtáis Darla y tú.

Se marchó, dejando a Shane a mitad de camino entre la mujer a la que deseaba y la mujer que lo deseaba a él.

Capítulo 6

Durante su estancia en el hotel, Rebecca estableció una pauta. Se levantaba temprano para comer con los demás huéspedes. No era la comida, por maravillosa que resultara la cocina de Cassie, lo que la impulsaba a salir de la cama e ir al piso inferior. Quería tener la oportunidad de entrevistar a sus compañeros dentro de lo que aparentemente era una charla matinal desenfadada.

Tenía que esforzarse por hacer que la conversación fuera fluida, sin caer en los hábitos de la analista o la científica. Aquella mañana, durante el desayuno, una pareja de recién casados afirmó haber sentido una presencia por la noche en la suite nupcial.

Ahora, a solas en el dormitorio, por la noche, en un hotel silencioso, Rebecca repasó las notas que había tomado apresuradamente aquella mañana.

Los sujetos corroboran mutuamente la experiencia.

Frío repentino, fuerte olor a rosas, el sonido de un llanto de mujer. Tres sentidos implicados. Los sujetos están más emocionados que asustados por la experiencia. Han informado sobre cada uno de los fenómenos con claridad y firmeza. Ninguno de los dos afirma haber tenido una visión, pero la mujer describe una sensación de profunda tristeza, experimentada justo después de que bajara la temperatura, que duró hasta que se desvaneció el olor de las rosas.

Muy interesante, pensó Rebecca, mientras redactaba las notas en un estilo más formal, con nombres y fechas. En cuanto a ella, había dormido como un tronco, aunque durante poco tiempo. De todas formas, pocas veces dormía más de cinco horas, y la noche anterior había tenido que conformarse con tres, con la esperanza de grabar un acontecimiento propio.

Pero su habitación siguió siendo cómoda y tranquila durante toda la noche.

Después de completar las notas y terminar de tomar los apuntes del día, pasó al libro que empezaba a escribir. El encantamiento de *Antietam*.

Le gustaba bastante el título, aunque podía imaginar a sus ilustres colegas murmurando sobre ella en las meriendas y funciones universitarias. «Que murmuren», pensó. Se había atenido a las reglas durante toda su vida. Ya era hora de que hiciera lo que le diera la gana.

Para ella resultaría un nuevo reto escribir algo que fuera descriptivo, incluso emocional, en vez de escueto y basado en los hechos. Dar vida a su visión, a sus impresiones sobre el pueblo, con sus pacíficas colinas, la sombra de las montañas en la distancia y los amplios y fértiles campos.

Tendría que pasar más tiempo en el campo de batalla y absorber el ambiente que reinaba en él. Pero de momento tenía mucho que decir sobre el hotel y sus habitantes originales.

Trabajó durante una hora y después otra, perdiéndose en la historia de los Barlow: la desgraciada Abigail, el estricto Charles, los niños que habían perdido a su madre a una edad muy temprana. Gracias a Cassie, Rebecca tenía otro personaje que añadir: un hombre al que Abigail había amado. Rebecca sospechaba que debía haber gozado de cierta autoridad en *Antietam* durante aquella época. Tal vez fuera el sheriff, por ejemplo. Era una coincidencia demasiado encantadora para pasarla por alto, y tenía intención de investigar a fondo.

Estaba tan absorta en el trabajo que tardó varios minutos en darse cuenta de que su equipo estaba funcionando. Sobresaltada, se echó hacia atrás y miró la pantalla del sensor.

Se preguntó si sería una corriente de aire y se levantó de un salto, temblando. El termómetro era muy sensible. Rebecca lo miró asombrada mientras los números bajaban rápidamente de una cómoda temperatura de veintidós grados. Cuando alcanzó los cero grados estaba abrazada a sí misma, y podía ver el vaho de su aliento, que salía precipitadamente, tan rápido como los latidos de su corazón.

Sin embargo, no sintió nada más que el frío. Nada. No oía nada, ni olía nada.

Recordó que Emma le había dicho que la mujer no entraba nunca allí. Pero tal vez entrase el señor de la casa. Tenía que tratarse de Charles. Había leído tanto sobre él que la idea la llenó de una mezcla de cólera, miedo y nerviosismo.

Avanzando lentamente, comprobó la grabadora y las cámaras. Una máquina registraba su presencia, y durante un instante, casi demasiado breve para advertirlo, la de otra persona.

Entonces desapareció, y el calor volvió a la habitación.

Completamente frenética por lo ocurrido, encendió la grabadora.

—El evento ha comenzado a las dos horas, ocho minutos, quince segundos de la mañana, con una brusca bajada de temperatura, de veintidós grados a cero. La fluctuación de energía, apenas detectable, ha durado sólo una fracción de segundo, y ha sido seguida inmediatamente por un ascenso de la temperatura. El evento ha terminado a las dos horas, nueve minutos veinte segundos. Duración completa: sesenta y cinco segundos.

Se quedó un momento de pie, con la grabadora en la mano, intentando concentrarse para que volviera a ocurrir. Sabía que había sido Charles. Lo sentía. Su pulso latía a toda velocidad. Se preguntó cuál sería su tensión.

—¡Vuelve, cobarde! ¡Vuelve!

El sonido de su propia voz y la intensidad con la que hablaba la sobresaltó. Se esforzó para respirar profundamente varias veces, advirtiéndose que estaba perdiendo la objetividad. Si quería seguir adelante con su proyecto, debería ser objetiva.

Se sentó y repasó el equipo durante treinta minutos. Por último, incluyó el incidente en sus registros antes de apagar el ordenador.

Demasiado inquieta para dormir, salió de su habitación. Se quedó en silencio en el pasillo, esperando, pero sólo la rodeaban la oscuridad y el silencio. Bajó a la planta baja, deteniéndose en la escalera para intentar imaginar al soldado confederado asesinado, a la horrorizada Abigail, a los sirvientes aterrorizados y al cruel Barlow.

Entró en todas las estancias: el salón, donde la gente decía que olía a humo cuando la chimenea estaba apagada y la biblioteca, que tanto Regan como Cassie evitaban en la medida de lo posible porque se sentían muy incómodas. En el solarío no había nada más que plantas verdes, sillones cómodos y la luz de la luna a través del cristal.

Bastante descorazonada, caminó hacia la cocina. Se recordó que, durante un momento, ella también había experimentado algo. La paciencia era tan importante como una mente abierta y curiosa.

Se acercó a la ventana y la abrió. Contempló los jardines, el bosque y los campos que se extendían detrás. Quería ir a la granja, en busca de Shane. Se reprendió por aquella tontería, y se dijo que era más que probable que no estuviera solo. Suponía que estaría acurrucado en la cama con aquella preciosa joven castaña, o con alguna mujer igualmente atractiva.

Aun así, la necesidad era tan fuerte, tan física, que hacía que le doliera el estómago. No sabía muy bien si lo que la atraía con tanta fuerza era el lugar o el hombre que había en él.

Tendría que pensar sobre ello. Tendría que hacer acopio de valor para explorar aquella sensación. Se dijo que no volvería a huir de las situaciones que le resultaran difíciles; no quería pasar su vida oculta detrás de una mesa de despacho. Había ido a Antietam en busca de experiencias. Y si Shane MacKade le ofrecía alguna experiencia, la aprovecharía.

Pero por supuesto, cuando ella lo decidiera. Prefería avanzar a su propio ritmo.

Shane la veía como una mujer dueña de sus propias decisiones, y quería encontrar la manera de obrar en consecuencia.

Quería llevársela a la cama.

Se preguntó cómo la hacía sentir aquello. Asustada, eufórica, curiosa.

Se preguntó qué sería lo que le diera miedo. Tal vez la experiencia sexual.

Aunque el sexo era una función biológica primaria, un instinto muy humano. No entendía por qué le daba miedo. Tal vez porque para ella era algo desconocido. Algo que la asustaba, la ponía eufórica y despertaba su curiosidad. Cuando tuviera el control sobre la situación...

Se interrumpió al reparar en aquel pensamiento. De modo que para ella todo era un asunto de control. Una posible pérdida de control la colocaría en una situación muy incómoda, por lo que quería seguir siendo dueña de sus actos.

Dejó escapar el aliento y acalló la parte de su cerebro que la asaeteaba a preguntas. Pero no pudo acallar la imperiosa necesidad, de modo que salió rápidamente de la cocina, y subió a su dormitorio.

Pero soñó, y sus sueños estuvieron llenos de risas.

Los brazos de un hombre la rodeaban. Los dos rodaban por el suave colchón como dos niños enzarzados en un juego. Las risas se amortiguaban contra los labios cálidos, y los dedos pasaban por su largo y enredado pelo.

—¡John! ¡Vas a despertar al niño! —Tú eres la que hace ruido.

Unas manos diestras pasaron por debajo de su camisón de algodón, encontrando lugares maravillosos que explorar.

—Llevas demasiada ropa, Sarah. ¿Por qué no te desnudas?

Tirones de ropa y más risas.

—Aún no he perdido peso después del embarazo.

—Tienes un cuerpo perfecto. Me encantas. Te deseo. Te amo, Sarah. Quiero hacer el amor contigo.

Las risas se acallaron, pero no la alegría. Y la suave cama de plumas cedió en silencio bajo el peso y el ritmo de sus movimientos.

A la mañana siguiente estaba aturdida, no por la falta de sueño, sino por los recuerdos de la noche anterior, que no la abandonaban. Durante la mayor parte de la tarde estuvo encerrada en la habitación, buscando en las redes de información datos sobre la población de Antietam alrededor de 1862.

La impresora estaba sacando una lista de nombres del censo y los registros de nacimientos y defunciones cuando Cassie llamó a la puerta.

—Siento molestarte.

—No pasa nada —la miró distraída a través de las gafas—. Estoy intentando encontrar al amante de Abigail, en caso de que tuviera un amante.

—Oh —Cassie se pasó la mano por el pelo—. ¿Cómo vas a encontrarlo?

—Supongo que por eliminación. Iré descartando a los hombres cuya edad o estado civil no concuerden —se quitó las gafas y vio a Cassie con claridad—. Pareces

estar convencida de que no estaba casado.

—No, es imposible.

—Y no estaba en el ejército. Pero dijiste algo sobre un puesto al que renunció cuando se marchó del pueblo.

—Resulta extraño oírte hablar sobre este asunto, sobre esas personas, como si fueran reales y actuales.

Rebecca sonrió y se apoyó en la silla. —¿No es así?

—Bueno, supongo que en cierto modo es así —sacudió la cabeza—. Bueno, he venido a decirte que tengo que ir corriendo al hospital.

—¿Al hospital? —Rebecca saltó de la silla, alarmada—. ¿Le ha pasado algo a alguno de los niños?

—Oh, no, es que Shane...

—¿Ha tenido un accidente? —se puso pálida—. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, Rebecca. Es Savannah. Va a dar a luz —se quedó mirándola mientras se desplomaba de nuevo en la silla—. No pretendía asustarte.

—No pasa nada —agitó una mano débilmente—. No debería sacar conclusiones de forma tan precipitada.

—Shane ha llamado hace un rato. Jared lo ha llamado a él. He tenido que buscar una canguro antes de salir. Dejaré a Connor y a Emma con Ed, en el restaurante. Aún no conoces a Ed, ¿verdad? Es una mujer maravillosa. También podría quedarse con Ally, pero en el hospital hay servicio de guardería.

—Ah —dijo Rebecca, casi recuperada.

—No quiero que pienses que te he abandonado. En la cocina tienes fiambre y un trozo de tarta, por si tienes hambre. Tengo que llevarme el coche, pero si tienes que salir por algo, puedes ir a la cabaña o a la granja a recoger un coche.

—No tengo que ir a ningún sitio —sonrió, más tranquila—. Así que Savannah va a tener al niño. Es maravilloso. ¿Marchan bien las cosas?

—Según los últimos informes, perfectamente. Lo que pasa es que todos queremos estar allí. —Claro, lo entiendo. Dales un beso de mi parte. Si quieres puedo quedarme yo con Ally. —Es muy amable por tu parte, pero aún le estoy dando el pecho, y no sé cuánto tiempo tardaré en volver —se mordió el labio inferior mientras intentaba organizar las cosas en su cabeza—. No esperamos más huéspedes hoy, y he dejado una nota a los que están aquí. Normalmente sirvo la merienda dentro de una hora, pero...

—No te preocupes, ya nos apañaremos. Márchate, Cassie. Te mueres de ganas de irte.

—No hay nada como el nacimiento de un nuevo bebé.

—Estoy segura de que no.

Cuando se quedó a solas, Rebecca intentó concentrarse, pero no dejaba de pensar en lo que estaba ocurriendo. Toda la familia MacKade estaría recorriendo la sala de espera, y probablemente volviendo locas a las enfermeras. Por supuesto, harían mucho ruido. Uno de ellos se metería en la sala de partos a ver cómo marchaban las cosas, y saldría para informar a los demás.

Todos ellos disfrutarían hasta el último minuto. Así era como funcionaban las familias allegadas. Se preguntó si tendrían idea de la suerte que tenían.

Pasó dos horas más delante del ordenador, y eliminó fácilmente la mitad de los nombres de la lista antes de que el hambre la impulsara a bajar a la cocina.

Algunos de los huéspedes habían bajado a buscar un trozo de la tarta que había dejado Cassie, y había café preparado. Se sirvió una taza y pensó en hacerse un sandwich, pero al final decidió comer fiambre sin pan.

Cuando sonó el teléfono, contestó de forma automática.

—Hotel MacKade, ¿dígame?

—Tienes una voz muy atractiva por teléfono, Rebecca.

—¿Shane?

—Y buen oído. Hemos pensado que te gustaría saber que la familia MacKade tiene un miembro más.

—¿Ha sido niño o niña? ¿Cómo está Savannah?

—Ha sido niña, y las dos se encuentran perfectamente. Miranda Catherine MacKade pesa tres kilos setecientos gramos, y mide cincuenta y tres centímetros.

—Miranda —repitió Rebecca—. Es un nombre precioso.

—Cassie ha salido para allá, pero puede que tarde bastante en llegar, porque tiene que ir a buscar a los niños y seguro que se queda a contarte a Ed todos los detalles, así que he decidido llamarte para sacarte de la intriga.

—Muchas gracias. Estaba intrigada.

—Me apetece celebrarlo. ¿Quieres celebrarlo conmigo, doctora Knight?

—Ah...

—Nada del otro mundo. No he tenido tiempo para cambiarme de ropa. Puedo pasarme a buscarte e invitarte a una cerveza.

—Suenas irresistible, pero...

—Muy bien. Dentro de media hora. —No he dicho...

Se quedó mirando con el ceño fruncido el teléfono, que comunicaba.

No estaba dispuesta a sobrepasarse. La simple vanidad hizo que se mirara rápidamente al espejo y se retocara un poco el maquillaje, pero no haría nada más por Shane. Llevaba unas mallas y un jersey largo. Estaba muy cómoda, y era una indumentaria apropiada para tomarse una cerveza.

Si además se puso unos grandes pendientes de cobre y bronce, lo hizo por sí misma. A lo largo de los últimos meses, había empezado a disfrutar con el ritual de adornar su cuerpo.

Dejó en la puerta una nota para Cassie y salió del hotel para esperar a Shane.

El olor del aire presagiaba la llegada del otoño. El día había sido tranquilo y caluroso, pero el aire estaba fresco. La oscuridad era suave y completa, tal y como debía ser en el campo.

De vez en cuando pasaba un coche por la carretera, bajo el escarpado camino. Después se volvía a hacer el silencio.

Estaba segura de que iba a echar de menos el ruido de la ciudad y el

reconfortante bullicio que siempre la rodeaba. En Nueva York había aprendido por fin a unirse a aquella vida, a salir a las tiendas y a los museos, a chocar con la gente en vez de apartarse de su camino. Era una terapia que se había prescrito, y funcionaba.

Había dejado de caminar mirándose fijamente los pies; había dejado de buscar siempre refugio en su piso, donde podía estar a salvo, a solas con sus libros.

Pero no lo echaba de menos. Le gustaba la tranquilidad del pueblo, el ritmo sosegado y la gente que había conocido. Ahora, iba a salir a tomar una cerveza con un hombre muy atractivo.

A fin de cuentas, no era una mala culminación para un día muy productivo.

Miró los faros, que giraron por el camino. Se puso el bolso al hombro y se dirigió a la camioneta.

—Así me gusta, que me esperes en la puerta. —Siento decepcionarte —se subió a la cabina de la camioneta—, pero he salido antes porque quería disfrutar del tiempo. Empieza a oler a otoño.

—Estás muy guapa.

Le rozó con el dedo un pendiente, que se balanceó.

—Tú también —era completamente cierto; estaba arrebatador con la cola de caballo, la camisa gastada y la sonrisa fácil—. ¿Adónde vamos?

—A la taberna de Duff —colocó un brazo en el respaldo y puso la marcha atrás—. No es gran cosa, pero está cerca.

Rebecca decidió en cuanto entró que, en efecto, no era gran cosa. La taberna estaba poco iluminada, y sobre la mesa de billar había un brillante fluorescente que sólo suavizaba el humo del tabaco. De la máquina de discos salía música country. La decoración consistía en cáscaras de cacahuètes, carteles de cerveza y un dibujo de unos perros jugando a las cartas. El aire tenía un olor acre, algo peligroso.

Le encantaba.

Mientras caminaban hacia la barra, custodiada por un hombre de gesto arisco, Shane le presentó a media docena de personas.

Rebecca recibió las miradas típicas con que se recibía a los forasteros en las comunidades pequeñas: una mezcla de curiosidad, desconfianza e interés. Alguien llamó a Shane y le ofreció un taco de billar, pero él negó con la cabeza e hizo un gesto de saludo al hombre de la barra.

—¿Qué tal van las cosas, Duff?

El escuálido propietario gruñó mientras abría dos botellas de cerveza.

—Como siempre. Queréis cerveza, ¿no?

—Sí, claro. Te presento a Rebecca, una amiga de Regan, de Nueva York.

—Nueva York es una ciudad inhabitable. —¿Has estado allí? —preguntó Rebecca con cortesía.

—No pondría un pie en ese sitio ni por todo el oro del mundo.

Dejó las cervezas en la barra y se fue a atender a otro cliente.

—Duff es verdaderamente dicharachero —comentó Shane, mientras encabezaba la marcha hacia la mesa—. Y el hombre más risueño del pueblo.

—Se nota a simple vista —Rebecca se sentó—. A fin de cuentas, es mi trabajo.

Shane rozó su botella con la suya. —Por Miranda Catherine MacKade. Rebecca levantó su botella y bebió. —Bueno, cuéntame todo lo que ha pasado. —Pues las dos o tres veces que entré a verla, Savannah estaba un poco quisquillosa. Dijo que los MacKade deberían estar encerrados, y también hizo unos cuantos comentarios algo desagradables sobre determinadas partes de nuestra anatomía.

—No me extraña, viniendo de una mujer de parto.

—No sé. Ni Regan ni Cassie se quejaron tanto. Aunque Savannah es bastante más extrovertida. En cualquier caso, estuvo echando chispas un buen rato. Después, cuando terminó todo, estaba como una seda, y radiante de alegría.

—¿Y Jared?

—Pasó de echar humo a sonreír como un demente. Así son las cosas siempre que tenemos un niño.

—¿Siempre que tenéis un niño? —repitió divertida.

—Es un acontecimiento familiar. Podrías haber venido.

—Tengo la impresión de que Savannah ya tenía bastante compañía —inclinó la cabeza—. ¿Te ha dado eso alguna idea?

—¿A qué te refieres? ¡Ah, ya! —se echó hacia atrás, sonriendo—. Me da la idea de que a mis hermanos se les da muy bien aumentar la familia. No hace falta que los ayude. ¿Y tú? ¿Estás pensando en asentarte y tener una camada? —¿Tener una camada? —rió—. No.

Shane sacó un cacahuete de la escudilla que había en la mesa y lo abrió.

—¿A qué te dedicas cuando no estás inspeccionando cabezas ni cazando fantasmas ni pronunciando conferencias?

—Recuerda que vivo en una ciudad inhabitable. Siempre tengo muchas cosas que hacer. Atracos, asesinatos, orgías... Mi vida es muy completa.

Shane puso una mano sobre la de Rebecca. —¿Tienes a alguien en particular que te ayude a completarla?

—No, nadie en particular —sonrió con dulzura y se adelantó—. ¿Qué tal está Darla?

Shane se aclaró la garganta y bebió un trago de cerveza para hacer tiempo.

No valía la pena comentar que había mandado a la pobre Darla a su casa, a pesar de que se había ofrecido a prepararle la cena y todo lo que quisiera.

—Muy bien, gracias. ¿Has progresado algo en tu caza de fantasmas?

—No ha sido un cambio de tema demasiado sutil.

—No pretendía ser sutil —volvió a poner la mano sobre la suya, entrelazando los dedos antes de que Rebecca pudiera apartarse—. ¿Has encontrado algún fantasma decente últimamente?

—La verdad es que sí.

Tuvo el placer de ver cómo la sonrisa desaparecía del rostro de Shane.

—Me estás tomando el pelo.

—No, es verdad. Tengo un evento perfectamente documentado. La temperatura

bajó de veintidós a cero grados en unos segundos.

Shane bebió otro trago de cerveza.

—Creo que tus preciosos aparatos necesitan una buena revisión.

La reacción de Shane la divirtió y la intrigó. —Eres muy escéptico. ¿Es que te sientes amenazado?

—¿Por qué voy a sentirme amenazado por algo que no existe?

Rebecca levantó una ceja, mirándolo fijamente.

—Eso, ¿por qué? —Porque...

Se sorprendió a sí mismo y entrecerró los ojos. Rebecca sonreía interesada, pero se dio cuenta de que lo estaba llevando justo a donde quería.

—¿Es así como analizas a tus pacientes? —le preguntó.

—¿Te sientes como si fueras mi paciente? —Déjalo.

—Lo siento —echó la cabeza hacia atrás y rió—. Ha sido irresistible. La verdad es que no me dedico a la terapia individual, pero tú eres un objeto de estudio muy interesante. ¿Quieres que probemos con la asociación de palabras?

—No.

Rebecca arqueó las dos cejas.

—No tienes miedo, ¿verdad? Es muy sencillo. Yo digo una palabra, y tú contestas con lo primero que te venga a la mente.

—No me dan miedo esos jueguecitos estúpidos. Venga, dispara.

Sin embargo, estaba irritado. Resultaba evidente.

—Casa.

—Familia. Aquello hizo sonreír a Rebecca.

—Pájaro.

—Pluma.

—Coche.

—Camión.

—Ciudad.

—Ruido.

—Campo.

—Tierra.

—Sexo.

—Mujeres —se llevó a los labios las manos entrelazadas—. Rebecca.

Ella hizo caso omiso al vuelco que dio su corazón.

—Lo que cuenta es lo primero que te venga a la mente. En conjunto, yo diría que eres una persona muy sencilla, que tiene muy claro qué es lo que quiere y se siente a gusto.

—Vale. Ahora me toca a mí intentarlo contigo. —En cuanto te den el título de psiquiatra, granjero. Si tienes hambre, ¿por qué no sigues con los cacahuetes?

—Me gusta más tu mano —para demostrarlo le mordisqueó los dedos, bajando hacia la palma—. Es larga y un poco huesuda. Como toda tú. Rebecca se acercó y se inclinó hacia él.

—¿De verdad crees que vas a seducirme con una cerveza en una taberna de pueblo?

—Vale la pena intentarlo —le rozó la muñeca con los labios—. Tienes el pulso acelerado, doctora Knight.

—Una simple reacción química al estímulo. No es nada personal.

—Podríamos hacer que lo fuera —se volvió para mirar y vio que la mesa de billar estaba libre—. ¿Te apetece hacer una apuesta? —Depende.

—¿Qué te parece una partida de billar? —¿Billar? —frunció el ceño—. No conozco las reglas.

«Mejor aún», pensó Shane.

—Te las explicaré sobre la marcha. Tengo entendido que aprendes muy deprisa. Cualquier persona suficientemente inteligente para colocarse un montón de iniciales delante del nombre debería ser capaz de aprender un juego bastante sencillo.

—De acuerdo. ¿En qué consiste la apuesta? —Si gano yo nos iremos a dar una vuelta en mi camioneta. Me apetece mucho volver a besarte.

Rebecca respiró profundamente y se aseguró de que sus ojos permanecían fríos.

—¿Y si gano yo? —¿Qué te apetece?

Rebecca consideró las posibilidades y sonrió. —Cuando lleve el equipo a la granja me ayudarás con mi proyecto, a nivel puramente profesional.

—De acuerdo —con la confianza de un jugador veterano, se levantó y empezó a caminar hacia la mesa—. Ya que eres principiante, te doy dos bolas de ventaja.

—Muy generoso por tu parte —dijo Rebecca, aunque en realidad no sabía si la oferta era generosa o no.

Shane le explicó detenidamente las reglas del juego. Aquello le dio la oportunidad de colocarse detrás de ella para darle instrucciones sobre la forma de sujetar y usar el taco.

—Tienes que controlar el tiro —dijo con los labios hundidos en su pelo—. Pero no debes forzarlo. Lanza con suavidad.

Rebecca intentó no pensar en el hecho de que tenía el trasero apretado contra la entrepierna de Shane, y siguiendo sus instrucciones, golpeó la bola.

—Muy bien —murmuró—. Lo has entendido. Y tienes unas orejas muy bonitas.

Atrapó uno de sus lóbulos entre los labios antes de que Rebecca se enderezara. Pero cuando se volvió, en vez de apartarse, le llevó las manos a las caderas.

—¿Por qué no damos la partida por terminada y nos vamos a la camioneta? —preguntó Shane. —Una apuesta es una apuesta. Aparta, granjero.

—Puedo esperar —dijo alegre, imaginando ya la escena—. ¿Quieres salir tú?

—Te concedo el honor.

Se apartó y puso tiza en el taco mientras Shane salía.

Rebecca decidió que las reglas eran bastante sencillas. Un jugador tenía las bolas lisas y el otro las rayadas, según la primera que se introdujera en un agujero. Después, había que seguir golpeándolas, evitando que cayera la bola negra, que llevaba el número ocho. Si alguien la introducía antes de haber terminado con las demás, había

perdido.

Por lo demás, el que consiguiera meter todas sus bolas y después la número ocho, ganaba el juego.

Miró a Shane, que se inclinaba sobre la mesa con sus largas piernas, sus largos brazos y sus grandes manos. Se quedó tan absorta mirándolo que no se dio cuenta de que rompía el triángulo de bolas, pero alcanzó a ver el resultado. Tres bolas lisas se metieron en los agujeros.

Rebecca estudió su técnica con los labios apretados. Observó detenidamente la velocidad y la dirección de las bolas que rodaban por la mesa verde. Por supuesto, había visto el juego en otras ocasiones. Había una mesa de billar en el club de campo del que eran miembros sus padres. Pero nunca había prestado demasiada atención.

Decidió que era una simple cuestión de geometría y física aplicadas. Cálculos rápidos, mano firme y buen ojo. Era todo lo que hacía falta.

Shane introdujo dos bolas más antes de mirarla. Rebecca tenía el ceño fruncido y la cabeza ladeada. Pensó que resultaba interesante verla pensar. Sería más interesante aún verla sentir. Pero no era justo que acabara el juego sin que ella tuviera oportunidad de lanzar.

Para equilibrar un poco la balanza, intentó una jugada casi imposible. Estuvo a punto de conseguirlo, pero su bola rozó la esquina del agujero y volvió a la mesa.

Te toca.

Rodeó la mesa para intentar ayudarla, pero ella lo apartó con un gesto.

—Prefiero hacerlo yo sola.

—Como quieras —sonrió con afecto y cierta superioridad—. Deberías intentar meter la amarilla. Tienes el camino despejado hasta el agujero del lateral.

—Ya lo veo.

Murmurando para sí, Rebecca se inclinó sobre la mesa, apuntó cuidadosamente, entrecerrando los ojos para enfocar las bolas, e introdujo la amarilla en el agujero.

—Muy bien —sinceramente complacido, Shane caminó hacia la mesa para ir a buscar su cerveza—. Hasta has dejado la bola blanca en buena posición para el próximo tiro. Si...

Rebecca levantó la cabeza para mirarlo. —¿Te importa dejarme a mí?

—Tranquila —subió las manos—. Sólo pretendía ayudar. Adelante.

Sacudió la cabeza con incredulidad cuando vio que Rebecca se disponía a tirar a la banda, a pesar de que tenía libre el camino a la bola. Bebió un trago de cerveza para ocultar la sonrisa. Si seguía así, en cinco minutos estaría besándola.

De repente se quedó boquiabierto. Rebecca golpeó el lateral con la bola blanca, que al rebotar envió otra bola directamente al agujero de una esquina. Ni siquiera sonrió ni levantó la vista; siguió trabajando directamente.

Unos cuantos clientes se levantaron para acercarse a mirar y murmurar. Podrían haber sido tan invisibles como sus fantasmas.

Rebecca jugó de forma sistemática, deteniéndose brevemente entre los disparos, con el ceño fruncido y los ojos perdidos, mientras rodeaba la mesa. Shane

olvidó la cerveza que le colgaba de los dedos, y sufrió los codazos y comentarios de sus amigos mientras Rebecca introducía todas sus bolas, una detrás de otra, rápidamente, en silencio, y sin alterarse.

Para incrementar el agravio, Rebecca usó una de las bolas de Shane, precisamente la que él podría haber introducido cuando decidió fallar para hacerle un favor, y golpeó con ella la negra, que se metió en el agujero de forma impecable.

Con los labios aún apretados, Rebecca se enderezó y contempló la mesa.

—¿Ya está?

Estalló una carcajada a su alrededor. Varios hombres se ofrecieron a jugar con ella e invitarla a una cerveza. Shane se limitó a dejar su taco en la mesa.

—¿Es así como te pagaste los estudios universitarios? ¿Jugando al billar?

Emocionada por el éxito ahora que había terminado el trabajo, Rebecca lo miró sonriente. —No. Tuve muchas becas. Es la primera vez que juego al billar en toda mi vida.

—Que me aspen... —se metió las manos en los bolsillos para mirarla—. Has metido todas las bolas en una sola jugada. Eso ha tenido que ser la suerte del principiante.

—Nada de eso. Ha sido la ciencia. El juego se basa en los ángulos y en la velocidad, ¿no? —se pasó la mano por el pelo, radiante de alegría—. ¿Quieres que volvamos a jugar? Esta vez puedo perdonarte las dos bolas de ventaja.

Shane empezó a jurar, pero no pudo contener la risa.

—Nada de eso. Tú eres la que me tiene que dar ventaja a mí.

Capítulo 7

Así que estuvimos jugando al billar —Rebecca estaba ajustando una de las cámaras en la cocina de Shane, mientras Regan la miraba—. Se le da muy bien. Acabamos cerrando el local.

Regan esperó un momento y se dio unas palmadas en la oreja, como si hubiera oído mal. —¿Estuviste jugando al billar en la taberna de Duff?

—Sí. Al principio sólo íbamos a jugar una partida, pero después jugamos otra y otra... Es muy divertido. Pero no me pude tomar todas las cervezas a las que me invitaron. Me habría caído redonda.

—Te invitaban a cervezas —repitió anonadada. —Sí, estaban empeñados, pero no bebo demasiado —se echó hacia atrás para examinar la posición de la cámara—. Shane se lo tomó muy bien. Hay mucha gente que se enfada cuando pierde.

—¿Cómo dices? —preguntó Regan con incredulidad—. ¿Ganaste a Shane al billar? ¿Estás hablando del Shane MacKade que yo conozco?

—Siete partidas de diez, creo. ¿Sabes cómo funciona esta cafetera?

Regan pensó que no podía dejarla sola sin que se metiera en algún lío.

—No sabes preparar un café y, sin embargo, ganas a Shane al billar. La única persona que conozco capaz de ganar a Shane es Rafe, y no conozco a nadie que gane a Rafe.

—Estoy segura de que yo ganaría a Rafe —dijo Rebecca con una sonrisa de satisfacción—. Soy una jugadora nata. Lo dijo Charlie Dodd.

—¿Charlie Dodd? —Regan rió mientras ponía el café—. ¿Estuviste con Charlie Dodd y esa gente en la taberna de Duff, jugando al billar? ¿Cómo se os ocurrió ir allí?

—Fuimos a celebrar el nacimiento de Miranda. El caso es que como yo gané la apuesta Shane tiene que ayudarme con mi proyecto, aunque no le hace ninguna gracia. Se bloquea con todo lo que tenga que ver con lo sobrenatural.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Sí, claro.

—¿Qué habrías perdido si hubiera ganado él? —Me habría ido a dar una vuelta con él en su camioneta.

Regan derramó por la encimera el agua que estaba metiendo en la cafetera.

—¡Por Dios, Rebecca! ¿Qué te ha pasado? Con una sonrisa en los labios, Rebecca miró por la ventana con ojos soñadores.

—Creo que me habría gustado.

—No lo dudo —suspiró y empezó a limpiar el agua derramada—. No es que quiera meterme en tu vida, pero Shane... Se toma muy a la ligera a las mujeres, y no tiende a mantener relaciones serias.

Rebecca dejó de soñar y volvió a la realidad. —Ya lo sé. No te preocupes por mí. He crecido entre algodones, pero no soy estúpida —se inclinó para mirar al bebé, que dormía en el carrito—. Creo que estoy llevando muy bien lo de Shane. Es posible que tenga una aventura con él.

—Es posible que tengas una aventura con él —repitió Regan lentamente—. Creo que esto sí que es una experiencia paranormal.

—Espero que me des todos los detalles. Regan se pasó una mano por la cara y se dijo que debía ser racional. Pero la que siempre se había comportado con absoluta racionalidad era Rebecca.

—Dices que es posible que tengas una aventura con Shane. Shane MacKade, mi cuñado. —Exactamente —incapaz de contenerse, pasó un dedo por la mejilla de Jason—. Aún estoy pensándomelo, pero es muy atractivo, y estoy segura de que es un amante considerado. Si voy a tener una aventura, será mejor que me busque a alguien que me guste y por quien sienta respeto y cierto afecto, ¿no estás de acuerdo?

—Bueno, sí, en líneas generales lo entiendo, pero...

Rebecca se enderezó y sonrió.

—Y si encima es muy bueno en la cama, mejor que mejor. Por supuesto, una cara y un cuerpo perfectos no lo son todo, pero son una buena bonificación. Estoy convencida de que la atracción física está directamente relacionada con el rendimiento en la cama.

El café empezó a salir antes de que Regan encontrara las palabras adecuadas.

—Hacer el amor con un hombre no es un experimento, ni un proyecto científico.

—En cierto modo sí que lo es. Deja de preocuparte por mí, mamá. Ya he crecido.

Rió y se acercó a Regan para sujetarla por los hombros, pero no encontraba la forma de explicarle, ni siquiera a ella, en qué consistía sentirse como se sentía. Libre, atractiva y capaz de enfrentarse a cualquier situación.

—Sí, desde luego que has crecido.

—Quiero explorar distintas posibilidades. He hecho lo que me pedían, lo que esperaban que hiciera, durante mucho tiempo. Durante toda mi vida. Ahora necesito hacer lo que yo quiera —suspiró y miró a su alrededor—. Y eso es todo. ¿Por qué crees que me ha dado por estudiar los fenómenos paranormales? Un estudiante de primero de psicología podría imaginárselo. Toda mi vida ha sido muy anormal, y a la vez tediosamente normal. Yo era anormal.

—Eso no es cierto —protestó Regan con una vehemencia que hizo sonreír a su amiga. —Siempre me has defendido, incluso contra mí misma. Pero es cierto. No es normal que una niña de siete años estudie álgebra, ni que sea capaz de discutir con historiadores sobre las ramificaciones políticas de la guerra de Crimea, en francés. Ni siquiera sé cuál es la conducta normal en una niña de siete años, salvo en teoría, porque nunca tuve siete años.

Antes de que Regan pudiera hablar, Rebecca sacudió la cabeza y siguió hablando.

—Me empujaron a hacer muchas cosas cuando era demasiado pequeña. No imaginas lo que es pasar todo el año estudiando, un año tras otro. Hasta cuando estaba en casa tenía profesores particulares, proyectos y trabajos, y antes de que me diera cuenta toda mi vida estaba centrada en el estudio —levantó las manos y las dejó caer—. Saca un título, saca otro, y después vete sola a casa.

—No sabía que fueras tan infeliz —murmuró Regan.

—No he sido feliz en toda mi vida —cerró los ojos—. Dios mío, qué patético suena eso. Supongo que no es del todo justo. He disfrutado de muchas ventajas. Formación, dinero, respeto, oportunidades... Pero las ventajas también pueden atrapar a la gente, igual que las desventajas. Parece ridículo que me queje por ser una privilegiada, pero es así. Pero, por fin, estoy haciendo algo —respiró profundamente, triunfante—. Estoy haciendo algo que nadie espera de mí, algo que dará a mis estirados colegas una oportunidad maravillosa para cotillear. Y algo que me fascina.

—Me parece muy bien —dijo mientras abría los armarios en busca de tazas—. Creo que es maravilloso que hayas decidido tomarte un tiempo libre para dedicarte a lo que te gusta, y que tengas interés por algo que casi todo el mundo considera fuera de lo normal.

Rebecca aceptó la taza de café.

—¿Pero?

—Pero a Shane no lo puedes considerar un pasatiempo, como el asunto de los fantasmas. Es el hombre más encantador del mundo, pero podría hacerte daño.

Rebecca meditó sobre ello mientras bebía. —Es una posibilidad. Pero hasta eso podría considerarlo una experiencia. Nunca me he acercado a un hombre lo suficiente para que me hiciera daño.

Se acercó a la ventana para mirar el paisaje. Podía verlo en los campos, con el tractor. Tal y como lo había imaginado. Recordó que no era un tractor lo que estaba utilizando, sino una embaladora. Estaba preparando el heno.

—Me encanta mirarlo —murmuró.

—Ninguno de ellos es desagradable a la vista —comentó Regan, uniéndose a ella

junto a la ventana—. Y ninguno de ellos es fácil de olvidar —le puso una mano en el hombro—. Ten mucho cuidado.

Pero Rebecca tenía la impresión de que ya había pasado demasiado tiempo siendo cuidadosa.

Ni siquiera sabía cocinar. Shane no había conocido nunca a una persona que fuera incapaz de hacer algo más que calentar una lata de sopa. E incluso aquello era para Rebecca un proyecto de proporciones incommensurables.

No le importaba que estuviera allí. Se había convencido de ello. Le gustaba su compañía, y estaba convencido de que al final conseguiría llevársela a la cama, pero no le gustaban nada los motivos por los que se había mudado a su casa.

Su equipo estaba por todas partes. En la cocina, en el salón y en la habitación de huéspedes. No podía caminar por su propia casa sin encontrarse delante de una cámara.

Le molestaba la idea de que una mujer tan inteligente estuviera verdaderamente convencida de que podía grabar en vídeo los fantasmas.

Aun así, la situación tenía ciertas ventajas. Cuando él cocinaba, ella se prestaba a fregar los platos. Y le gustaba volver a casa después de trabajar en la granja y encontrársela en la mesa de la cocina, tomando notas en el ordenador portátil.

Rebecca afirmaba que se sentía más a gusto en la cocina, a pesar de que no era capaz de distinguir un cazo de una espumadera, de modo que pasaba allí la mayor parte del tiempo.

Shane había logrado pasar airoso la primera noche, aunque era cierto que tardó bastante en dormirse pensando que Rebecca estaba al otro lado del pasillo. Y si a la mañana siguiente estaba ojeroso y malhumorado, ya se le había pasado todo cuando terminó de ordeñar y fue a la cocina a preparar el desayuno.

Cuando ella bajó a desayunar. A pesar de que no había comido mucho; en opinión de Shane, apenas lo imprescindible para mantenerse con vida. Pero bebió un café con él, compartieron el periódico de la mañana y estuvo haciéndole preguntas. Aquella mujer estaba llena de preguntas.

Aun así, le resultó agradable tener compañía en la primera comida del día. Alguien que tenía buen aspecto, que olía bien y que tenía muchas cosas que decir. El problema era que cuando salió a trabajar no dejaba de pensar en el aspecto de Rebecca, en su olor y en sus palabras.

No recordaba que ninguna otra mujer hubiera acaparado su pensamiento durante tanto tiempo, ni con tanta intensidad. Aquello era algo que podría preocuparlo, si lo permitía.

Pero a Shane MacKade no le gustaba preocuparse. Y no estaba acostumbrado a pensar en una mujer que no parecía prestarle la misma atención.

Era simplemente una cuestión de adaptación, o al menos le gustaba pensar que se trataba de aquello. Ahora estaba invitada en su casa, y no podía aprovecharse de una invitada. Por eso quería que se volviera a marchar cuanto antes; para seguir avanzando.

Y si no pensaba demasiado en lo guapa que estaba mientras aporreaba el teclado,

con las pequeñas gafas redondas y los ojos concentrados, con sus pies largos y delgados cruzados por los tobillos, no sufría demasiado.

Pero le resultaba imposible no pensar en ello. Cuando dejó caer una cacerola por tercera vez, Rebecca se bajó las gafas y lo miró por encima de ellas.

—No quiero que tengas la impresión de que tienes que cocinar para mí.

—Si no lo hago yo, no lo hará nadie —murmuró. —Sé usar el teléfono. Puedo pedir comida preparada para que nos la traigan.

Shane se volvió para mirarla, divertido.

—No estás en Nueva York, cariño. Aquí no hay servicio de comida a domicilio.

—Oh.

Dejó escapar un suspiro y se quitó las gafas. Shane irradiaba tensión. Decidió que era el hombre más lleno de vida que había conocido.

Y en aquel momento, parecía terriblemente tenso. Probablemente tendría algún problema con el ganado. Se levantó para acercarse y masajearle los hombros.

—Has tenido un día muy duro. Debe ser agotador trabajar así en el campo, durante horas y horas, y encima ocuparse del ganado.

—Resulta más fácil cuando se duerme bien —dijo entre dientes.

Las manos huesudas de Rebecca sólo conseguían tensarle más los músculos que ya le dolían.

—Tienes todos los músculos en tensión. ¿Por qué no te sientas? Abriré una lata, o prepararé un bocadillo, o algo así.

—No me apetece un bocadillo. —Es todo lo que puedo hacer. Shane se volvió.

—Lo que me apetece eres tú.

El corazón de Rebecca dio un vuelco, pero logró acallarlo.

—Sí, creo que eso ya lo hemos dejado claro —no tembló visiblemente—. También hemos dejado claro que he venido aquí a trabajar.

—Ya sé todo lo que hemos dejado claro —sus ojos verdes tormentosos la taladraron—. Pero no tiene por qué gustarme.

—Desde luego que no. ¿Se te ha ocurrido pensar que estás enfadado porque no reacciono de la forma a la que estás acostumbrado a que reaccionen las mujeres?

—No estamos hablando de las mujeres. Estamos hablando de ti. De ti y de mí, aquí y ahora. —Estamos hablando de sexo —respondió Rebecca, apretando ligeramente sus brazos antes de apartarse—. Y me lo estoy pensando.

—¿Te lo estás pensando? ¿Como quien se piensa si va a comer carne o pescado? Nadie tiene la sangre tan fría.

—Es lo más razonable. Será mejor que lo aceptes.

Volvió a la mesa y se sentó.

—Que lo acepte —repitió Shane—. Quieres que acepte que vas a estudiar el tema de acostarte o no conmigo y que ya me lo comunicarás cuando llegues a una conclusión.

—Serás el primero en enterarte —le dijo con tranquilidad mientras se ponía las gafas.

Shane combatió su mal humor. Era una batalla demasiado dura de ganar para un MacKade. Decidió que lo único que entendía Rebecca eran los razonamientos fríos. Pues bien; le daría razonamientos fríos, y esperaba que se atragantara con ellos.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, es posible que seas demasiado fría para mi gusto, y desde luego estás llena de huesos. Me gustan las mujeres más suaves y cálidas.

Rebecca sintió que se le tensaba la mandíbula, pero se obligó a relajarla.

—Buen intento, granjero. Falta de interés, insulto y reto. Estoy segura de que funciona en un porcentaje muy elevado de ocasiones —se esforzó por sonreír—. Pero conmigo vas a tener que buscar tácticas un poco más avanzadas.

—En este momento me irían mejor las cosas sin ti.

Dado que desde su posición no parecía avanzar demasiado, salió de la cocina. Lo único que tenía que decidir era con cuál de sus hermanos pelearse.

Rebecca dejó escapar una larga respiración y se quitó las gafas para pasarse las manos por la cara. Pensó que había estado a punto de ceder. Pero no podía prever que la furia apenas controlada, el deseo salvaje y la arrogancia absoluta e innata le resultarían tan excitantes y atractivos.

Le había faltado muy poco para caer en sus brazos. Cuando Shane se volvió para tomarla por los hombros, podría haber dejado de lado todas sus dudas. Pero...

No habría tenido manera de controlar la situación, con Shane de aquel humor. La habría poseído. Y por bien que le sonara en teoría, le daba miedo llevarlo a la práctica.

Shane no podía sospechar que ella estaba sólo esperando a tranquilizarse y a asegurarse de que él estaba tranquilo. Sabía que, cuando Shane estuviera tranquilo y divertido, sería un amante delicioso y considerado. Pero si estaba alterado, se mostraría impaciente.

De modo que los dos esperarían a que llegara el momento adecuado.

Se reclinó en la silla, con los ojos cerrados. Ahora que había desaparecido el remolino que parecía acompañar siempre a Shane, todo estaba en calma. Echaba un poco de menos el bullicio, aunque agradecía el silencio. Le resultaba muy fácil tranquilizarse en aquella habitación, en aquella casa. Incluso los crujidos de la madera por la noche le resultaban relajantes.

Como el olor de humo de madera y un guiso de carne, la esencia de la canela y la manzana, el crepitar del fuego dentro de la cocina. Aquellas cosas, a fin de cuentas, eran las que constituían un hogar.

Se quedó congelada, con los ojos aún cerrados, y el cuerpo en tensión como un alambre. No había nada en el fuego, de modo que no podía oler la comida. No había fuego, de modo que no podía oírlo.

Abrió los ojos lentamente. Durante un momento, la habitación pareció oscilar, y se le nubló la visión. Una cocina de hierro, con el fuego encendido. Tartas enfriándose en el alféizar de la ventana, y el sol entrando a través de los cristales.

Parpadeó y todo desapareció, sustituido por los azulejos, la madera y el ruido de la nevera. Pero los olores permanecía, fuertes y claros. Como un eco, creyó oír el llanto de un niño. —Muy bien —se dijo, temblorosa—. Era lo que querías, ¿no? Pues ya lo

tienes.

Se levantó rápidamente y corrió al salón. Su equipo estaba entre los cómodos sofás, las mecedoras y las estanterías llenas de libros. No se había registrado ningún descenso de la temperatura, pero la energía bullía. No necesitaba un medidor; lo podía sentir. La electricidad recorría toda su piel, erizándole el pelo de la nuca.

No estaba sola.

El bebé estaba llorando. Con una mano en la boca, miró la grabadora. Se preguntó si oiría el llanto cuando reprodujera la cinta. Arriba, una de las puertas se cerró en silencio. Oyó el sonido de la cuna sobre la madera, y el llanto cesó.

Estaban acunando al niño, pensó encantada. Su madre había ido a tranquilizarlo. Era lo que sentía en toda aquella energía. Un amor profundo. La casa estaba viva con él.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras la envolvía la calidez de la situación.

Cuando volvió el silencio, cuando estuvo sola de nuevo, fue al ordenador y escribió detenidamente todos los detalles.

Después sacó una botella de vino de la nevera para celebrar su éxito.

Shane volvió alrededor de las doce de la noche, y Rebecca estaba en el mismo lugar en que la había dejado. Ya se había tranquilizado bastante. A nadie le apetecía demasiado pelearse, pero Devin había conseguido alegrarlo a base de reírse de él.

Le daba miedo que volviera su mal humor al ver de nuevo a Rebecca, sentada a la mesa de la cocina, sonriendo, delante del ordenador.

—¿Es que no dejas nunca de trabajar?

—Soy muy obsesiva —dijo con precaución—. Hola.

—Hola —frunció el ceño al ver el rubor y la sonrisa inamovible en su rostro—. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada. He estado jugando con los fantasmas. Son unos fantasmas amistosos, mucho más agradables que los de los Barlow.

Shane se acercó a ella. Tenía una botella de vino casi vacía en la mesa, y una copa a medio beber. Volvió a contemplar su cara y rió.

—Estás colocada, doctora Knight.

—¿Quieres decir que estoy borracha? En tal caso, me veo obligada a coincidir con tu diagnóstico. Estoy muy, muy borracha —levantó la copa y consiguió beber sin derramarse el vino en la camisa—. No sé cómo ha ocurrido. Probablemente porque no he parado de beber.

A Shane le encantaba verla así, sentada en la silla, con los ojos brillantes y resplandecientes. Su sonrisa, en cambio, era bastante estúpida. Resultaba satisfactorio comprobar que también podía ser estúpida en algo.

—Sí, supongo que es una explicación razonable —le puso un dedo debajo de la barbilla para evitar que se le ladeara la cabeza—. ¿Has comido algo?

—No. No sé cocinar —le hizo tanta gracia que empezó a reír—. Hola.

—Sí, hola.

Le resultaba imposible estar enfadado con ella en aquel momento. Tenía un aspecto muy dulce, y estaba increíblemente borracha. Le quitó las gafas y las dejó a un lado.

—Voy a llevarte arriba —continuó—. ¿No me vas a besar?

Se levantó de la silla y cayó al suelo.

Shane maldijo, divertido, y se agachó para ayudarla a levantarse. Tal vez estuviera borracha, pero estaba de muy buen humor. Se aferró a él y le dio un beso que hizo que se le salieran los ojos de las órbitas.

—Sabes muy bien —dijo Rebecca, sujetándolo por el cuello con más fuerza—. Baja aquí conmigo, ¿vale? Y vuelve a besarme. Cuando me besas me da vueltas la cabeza, y el corazón me late muy deprisa. ¿Quieres sentir los latidos de mi corazón? —tomó su mano y se la llevó al seno izquierdo—. ¿Lo notas?

En efecto, Shane podía notarlo perfectamente. Estaba hecho un torbellino, y tenía que esforzarse para comportarse con decencia. —Déjalo. No estás en condiciones, cariño. —Me siento muy bien. ¿No quieres sentirme? La maldición de Shane no fue tan divertida como la anterior. La levantó del suelo, sin poder evitar los alegres besos con que Rebecca cubría su cara y su cuello.

—Déjalo ya, Rebecca —dijo desesperado—. Compórtate.

—No me da la gana. Siempre he tenido que observar mi comportamiento. Estoy harta. Deja que te quite esto —con más entusiasmo que destreza, empezó a desabrocharle la camisa—. Me encanta el aspecto que tienes en camiseta, con todos esos músculos. Quiero tocarlos.

Ahora Shane maldecía amargamente mientras la sacaba de la cocina.

—Vas a pagar por esto, te lo aseguro. La resaca será el menor de tus castigos.

Rebecca rió, pateando y pasando las manos por su pelo largo y denso. No pesaba casi nada, pero los músculos de los brazos de Shane empezaron a temblar. Se le doblaban las rodillas.

Estuvo a punto de gritar cuando Rebecca le mordió la oreja.

—Me encanta esta casa. Me encantas tú. Me encanta todo. ¿Podemos tomar vino en la cama? —No, y será mejor que...

Cometió el error de mirarla, y la boca de Rebecca se pegó a la suya. No pudo evitar reaccionar al beso. El calor lo recorría, atormentándolo y tentándolo. Con un largo suspiro desesperado, se sentó en la escalera y se perdió en sus maravillosos labios.

—Rebecca —rogó—. Me estás volviendo loco. —Me gusta volver loca a la gente. Así la puedo arreglar después, porque soy psiquiatra —rió apoyándose contra él y pasó los dedos por debajo de la camiseta que había dejado a la vista—. Sigue besándome, ya sabes, como lo haces cuando puedo sentir tus dientes con la lengua. Me encanta cuando haces eso.

—Oh, Dios mío.

Shane se levantó y la llevó a la habitación de huéspedes, resistiéndose a sus avances. Tenía intención de dejarla en la cama y salir de allí tan deprisa como pudiera.

Pero Rebecca tiró de él y lo arrastró a la gran cama, encima de ella.

—Esto está muy bien —suspiró, arqueándose bajo su cuerpo—. Me gusta mucho.

Shane gimió, impotente. Lo que le quedaba de mente se derritió cuando Rebecca llevó las manos a su trasero y apretó.

—No voy a hacer esto.

Jadeaba por el esfuerzo que tenía que hacer para evitar rasgarle la ropa.

—Claro que sí. En cuanto te quitemos esos pantalones.

Detuvo la mano de Rebecca cuando la llevó a la bragueta de sus vaqueros. Miró su cara, sonriente y seductora, y con un esfuerzo sobrehumano, se recordó que el juego tenía ciertas reglas.

—Deja de hacer tonterías inmediatamente.

La sujetó por las muñecas sin demasiada consideración y la atrapó contra la cama. El único problema era que aquella postura había que sus cuerpos se apretaran más, y Rebecca no se estaba quieta.

—¡Por favor, Rebecca! ¡Quítamelas manos de encima!

Rebecca sonrió, experimentando ausente las sensaciones que atravesaban su sopor etílico cuando Shane le rozaba las caderas.

—Te prometo que no te haré daño —rió—. Tienes un aspecto muy fiero. Ven y bésame. —Debería estrangularte.

Pero la besó, tanto por la frustración como por la necesidad. El beso fue salvaje y apasionado. Cuando logró apartarse, los ojos de Rebecca estaban empañados, pero sus tentadores labios se arquearon.

—Más.

Shane sentía que le dolía todo el cuerpo, y la cabeza le daba vueltas.

—Cuando haga el amor contigo, quiero que lo recuerdes —dijo entre dientes—. Estarás completamente sobria, y recordarás hasta el último detalle. Y cuando acabe contigo, ni siquiera sabrás cómo te llamas.

—De acuerdo —convino, mientras cerraba los ojos.

Entonces bostezó y se quedó dormida.

Shane se quedó mirándola durante varios minutos, esforzándose por recuperar el aliento y las fuerzas. Podía sentir la respiración de Rebecca bajo su pecho, los ángulos de su cuerpo, la caída de las manos que seguía sujetando. —No me odiarás por la mañana, cariño —murmuró mientras se incorporaba—. Pero es posible que yo te odie a ti.

La tapó con la colcha y la dejó vestida, incluso con zapatos, para que durmiera la borrachera.

Shane no pegó un ojo en toda la noche. Igual que había hecho durante toda su vida, se levantó antes del amanecer. Pero aquella mañana no silbaba alegre. Se volvió para mirar de reojo la puerta de la habitación de Rebecca antes de bajar para empezar a llevar a cabo las tareas matinales.

Si los dos estudiantes que trabajaban con él por las mañanas notaron que no estaba de tan buen humor como de costumbre, se abstuvieron de hacer comentarios.

Ordeñaron y cuidaron a las vacas, dieron de comer a los cerdos y recogieron los huevos. Abrieron y extendieron las balas de heno correspondiente.

Los perros se pusieron a saltar a su alrededor, como de costumbre, pero, al cabo de un rato, parecieron darse cuenta de que las cosas no marchaban bien, de modo que volvieron al porche para tumbarse.

Cuando Shane volvió a la casa a limpiarse y desayunar, el sol ya había salido. El trabajo físico lo había ayudado a librarse en gran parte de su mal humor, y su sentido del ridículo se estaba encargando del resto. Se dijo que allí estaba, un hombre adulto con reputación de mujeriego. Y se sentía más frustrado que cuando era un adolescente y hacía sus primeras incursiones en el terreno de las mujeres.

Si contemplaba la situación a una cierta distancia, era para morir de risa, aunque el placer de haber visto a la fría, sarcástica y mordaz doctora Knight borracha como una cuba merecía la pena.

Pensó en ello mientras freía la panceta ahumada. Tenía un aspecto muy gracioso, sentada con las gafas caídas y la sonrisa estúpida. No podía quejarse demasiado por el hecho de que una mujer atractiva hubiera insistido en hacer el amor con él. Por frustrante que hubiera resultado.

Por supuesto, otro hombre habría aprovechado la situación. Otro hombre habría permitido que le quitara la ropa y habría hecho lo mismo con ella. Otro hombre habría disfrutado a fondo de su esbelto cuerpo y...

Respiró profundamente varias veces para dejar de atormentarse. Se dijo que Rebecca tenía mucha suerte de que él no fuera otro hombre. De hecho, estaba en deuda con él. Le debía un gran favor.

Aquello hizo que se alegrara un poco mientras se ponía una taza de café.

Aunque por otro lado, Rebecca iba a sufrir por aquello. A medida que el olor del desayuno, el estímulo de la cafeína y la sencilla belleza de la mañana le hacían efecto, decidió que podía sentir un poco de lástima por ella.

Iba a despertarse con una resaca de campeonato y un montón de lagunas mentales. Le encantaría recordarle lo que había hecho, para ver cómo se encogía de vergüenza. Aquello nivelaría las cosas en cierto modo. Lo suficiente para poder ser comprensivo con ella. Le daría una aspirina, junto con el remedio de los MacKade para las resacas.

Y si se reía un poco a su costa, Rebecca se lo habría ganado.

Mientras preparaba los huevos, pensó que probablemente Rebecca dormiría hasta mediodía, y después se despertaría, se taparía la cabeza con la manta y sentiría deseos de morir.

A fin de cuentas, era lo que merecía, después de haberle hecho pasar la noche en vela.

Se sorprendió cuando apagó el hornillo de la cocina, se volvió para tomar un plato y la vio en el umbral de la puerta.

La examinó con curiosidad. Estaba muy pálida, tenía ojeras e iba en bata. Tenía el pelo mojado, lo que significaba que era probable que hubiera intentado ahogarse en la

ducha.

Sonrió con un poco de malicia. —¿Qué tal te encuentras esta mañana? Rebecca se aclaró la garganta con precaución. Miró la mesa. Las pruebas de su delito seguían allí: la botella de vino, y la copa en la que quedaba lo que no había conseguido tragar. Tendría que enfrentarse a los hechos.

—Muy bien. Creo que me pasé un poco con la bebida.

—Desde luego, es una forma de expresarlo. Aquí diríamos que estabas borracha como una cuba.

Divertido, cerró la puerta del armario con más fuerza de la necesaria, pero Rebecca no pestañeó ante el sonido. Aquello lo decepcionó.

—La verdad es que no suelo beber demasiado. No debí tomar tanto vino, y menos con el estómago vacío. Quería disculparme, y darte las gracias por haberme llevado a la cama.

La sonrisa de Shane se desvanecía por momentos. Rebecca se portaba con demasiada dignidad para su gusto.

—¿Qué tal tienes la cabeza?

—¿La cabeza? —preguntó extrañada—. Ah, ya —sonrió—. Nunca tengo resaca. Debo tener un buen metabolismo. Gracias por preguntar, de todas formas.

Shane se quedó mirándola con incredulidad. Desde luego, no había justicia en el mundo. —¿No tienes resaca?

—No, pero no me vendría mal una taza de café.

Avanzó hacia la cafetera sin tambalearse. Shane sintió que su resentimiento crecía. No parecía que le molestara la luz del sol. Ni siquiera soltó un ligero gemido.

—¿Anoche te bebiste una botella de vino entera y te encuentras bien?

—Tengo hambre —volvió a sonreír mientras se servía el café—. Anoche hice el idiota, y fuiste muy comprensivo conmigo.

—Sí —estaba perdiendo el apetito rápidamente—. Me mantuve firme.

Rebecca pensó que, en efecto, se había mantenido muy firme, y necesitaba una explicación además de las disculpas.

—Es que tuve esa experiencia paranormal, y... —la expresión de su rostro le advirtió que no era el mejor momento para comunicarle los detalles—. Estás enfadado conmigo, ¿verdad? No me extraña. Me comporté de una forma horrible —le puso la mano en el brazo—. Perdí el control por completo. Y tú fuiste tan considerado...

—Considerado —repitió Shane—. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

Sorprendida porque pensara que lo había olvidado, se apoyó en la encimera para beber un trago de café.

—Por supuesto. Estuve... Supongo que la única forma de describirlo es que estuve acosándote. Te aseguro que no suelo hacer cosas así. Te agradezco mucho que te dieras cuenta de que el vino era lo que me impulsaba a tener ese comportamiento. No te habría culpado si me hubieras dejado tirada en el suelo de la cocina —estaba más divertida que avergonzada—. Debió ser bastante incómodo. No creo que una mujer borracha como una cuba resulte muy tentadora, pero fuiste muy decente, y muy

paciente.

Shane estaba anonadado ante semejante falta de consideración. Ni siquiera tenía el detalle de fingirse humillada. Y lo que era mucho peor, se atrevía a convertirlo en una especie de santo.

—Te pusiste pesadísima.

—Ya lo sé —rió, destrozando sus últimos vestigios de control—. Aun así, ha sido una experiencia. Nunca había estado tan borracha, y creo que no me apetece repetir. Tengo suerte de que no me pasara eso en público, y de que fueras tú quien se las viera conmigo en ese estado. ¿Me das un trozo de panceta?

Shane se dijo que estaba tranquilo, mientras escuchaba el flujo de la sangre en su cabeza. De modo que habló con tranquilidad, en voz baja. —¿Estás sobria ahora?

—Absolutamente —mordió el trozo de panceta—. Y voy a seguir igual de sobria durante mucho tiempo.

Shane asintió lentamente, mirándola a los ojos.

—¿Tienes la cabeza despejada?

Rebecca empezó a contestar, pero algo en el tono de Shane la alarmó. Lo miró con aprensión. El brillo oscuro de sus ojos hizo que diera un paso atrás.

—Shane...

La sujetó por los hombros. La taza de café salió volando.

—Así que no resultabas tentadora —la besó, descargando su furia y su frustración—. Así que fui considerado —volvió a besarla—. Comprensivo y paciente.

Entre palabra y palabra, seguía asaltando la boca de Rebecca.

—Sí. No.

No podía pensar. Le daba vueltas la cabeza. —Estuviste a punto de matarme —le levantó la cabeza para mirarla, echando llamas por los ojos—. Sabes cuánto te deseo, ¿verdad? Pues puedes imaginar la escena.

La escena que tenía delante en aquel momento era la de Shane, con sus labios duros e impacientes, sus manos preparadas y un cuerpo tenso y humeante. Se esforzó por respirar, por seguir de pie, mientras lo que quedaba de su cerebro se hacía trizas.

Otra vez estaba derritiéndose contra él, como si estuviera hecha de cera. La sangre de Shane hervía como respuesta a los suaves sonidos que emitía Rebecca. Sonidos ávidos que convertían el deseo frustrado en necesidad desesperada.

—¿Lo has entendido ya? —preguntó, levantándola en brazos.

Rebecca lo apartó atemorizada. —Espera.

—Nada de eso. Será mejor que digas que no, alto y claro, y que lo digas deprisa. Dime que no me desees, que no quieres que ocurra esto. Y asegúrate de que es lo que quieres decir.

Rebecca sintió bajo la palma de la mano los furiosos latidos del corazón de Shane. Estaba temblando, pero no de miedo. Temblaba de añoranza.

—No puedo —dejó escapar el aire de sus pulmones—. No sería lo que quiero decir.

Shane se sintió triunfante. —Ya lo sé.

Capítulo 8

Rebecca quería recordarlo todo, sellar de algún modo cada momento, cada sonido, cada sabor, en su corazón y en su mente. Quería ser capaz de revivir aquella increíble sensación de ser transportada en sus fuertes brazos, de ser deseada con tal fuerza por un hombre atractivo. De que la besaran unos ávidos labios cada dos pasos.

Le daba igual que fuera rápido o lento, paciente o apresurado. Siempre que no dejara de desearla..

Shane se detuvo en las escaleras y la besó de una forma que hizo que Rebecca olvidara el futuro para dejar todo el espacio posible al presente.

Con un gemido de placer, lo abrazó y dejó que su boca saboreara la cara y el cuello de Shane. Se llenó de su sabor hasta que le bulló la cabeza con imágenes a medio formar. La fuerza de su deseo la estremeció. Pensó aturdida que aquello era sólo el principio.

Rebecca no se sorprendió al darse cuenta de que estaba luchando contra los botones de la camisa de Shane. Quería sentirlo, tocarlo, en todas partes a la vez.

Cuando llegaron al dormitorio principal, Shane estaba sin aliento, muerto de risa.

—Esto es como lo de anoche —la tumbó en la cama y se colocó sobre ella—, pero mucho mejor.

—¿No te puedes quitar esto?

Rebecca también reía. No se había dado cuenta de que fuera posible reír cuando el deseo atenazaba cada centímetro de su piel con un puño de hierro.

—Tu ropa es más fácil de quitar.

Le abrió la bata con destreza. El cuerpo de Rebecca era tan pálido y estrecho como su cara. Con un gruñido animal, se apoderó de sus senos.

Aquello desencadenó en Rebecca una avalancha de sensaciones nuevas. Mientras se esforzaba por despejarse la mente para grabarlas, las manos con las que intentaba desabrochar la camisa de Shane cayeron para aferrarse, frenéticas, a la colcha.

Cada movimiento de —aquella boca lanzaba una flecha de calor al centro de su ser. Cada flecha se convertía en una docena de cohetes que estallaban bajo su piel, a una velocidad que la aturdía.

Se preguntó cómo podría alguien sobrevivir a aquellas sensaciones. Cómo podía alguien vivir sin ellas.

Shane la desnudó en unos segundos.

De repente, sintió miedo. Se preguntó si podría morir de placer. Tenía el cuerpo húmedo, y se estremecía cada vez que sentía el contacto de aquellas manos fuertes y callosas. Como arrastrada por una ola, rodó con él por la cama, desesperada por mantener el ritmo.

Shane tenía la impresión de que no podía saciarse. Toda aquella piel suave como la seda, todos aquellos huesos largos y estrechos, los pequeños senos, firmes como manzanas. Podía oler el jabón que había utilizado para ducharse, que nunca le había resultado tan excitante. Pensó que podría comérsela entera, bocado a bocado.

Rebecca se debatía debajo de él, recorriéndolo con las manos a duras penas. Aquellos maravillosos ojos, los ojos que nunca parecía capaz de dejar de mirar, estaban ahora oscurecidos por el deseo, y lo miraban con intensidad. Allí donde la tocaba, Rebecca reaccionaba como si no hubiera sentido nunca nada parecido. Estremeciéndose, arqueándose, gimiendo.

No había conocido nunca a ninguna mujer que lo hiciera sentirse tan poderoso, tan libre, tan necesitado.

Aturdido por el deseo, se sentó en la cama para quitarse las botas. Rebecca se incorporó para rodearlo con su cuerpo desnudo, haciendo que se le nublara la vista, mientras lo besaba en el cuello y en los hombros.

—Date prisa —le quitó la camiseta y la tiró al suelo—. Me encanta tu cuerpo. Es... Rozó su espalda con los senos. Los dos se volvieron locos.

Shane se la llevó al regazo, y sus bocas se encontraron con avidez. El deseo de Rebecca, tan fuerte como el suyo, lo cubría adueñándose de todo su cuerpo.

Shane le llevó la mano entre las piernas. Su sexo estaba húmedo. Sintió que el cuerpo de Rebecca se tensaba, y notó su impresión cuando contuvo la respiración para soltarla unos segundos después. Enloqueció por completo. Le clavaba las uñas y movía las caderas, pidiendo más y más placer.

—Tengo que estar dentro de ti —dijo Shane, perdiendo por completo el control.

La tumbó de espaldas en la cama y se quitó los pantalones. No recordaba que las manos le hubieran temblado nunca tanto, pero en aquel momento se movían a tanta velocidad que le costaba desnudarse.

—Date prisa. No aguanto más.

Ya le había llevado las manos a las caderas. Quería volver a sentir su contacto, seguir volando. Se arqueó para darle la bienvenida.

Shane la penetró con un golpe seco. Y se quedó congelado. La incredulidad y el terror se mezclaron con la desesperación cuando Rebecca gritó, cuando sintió que le atravesaba la virginidad. La miró a los ojos, sin saber qué hacer.

—Rebecca. Dios mío. No te muevas. —¿Qué?

Estaba perdida en el delirio, en la extraordinaria sensación de sentirlo dentro de su cuerpo, llenándola.

—No te muevas, por favor —dijo Shane entre dientes, esforzándose por recuperar el control. Se apoyó en los brazos para no moverse y se obligó a mantener la calma. Pero sólo podía pensar en la sensación, cálida, tensa y húmeda. —No voy a volver a hacerte daño. Dame un minuto.

No podía respirar. Simplemente, sus pulmones se negaban a aceptar el aire.

—¿Qué? —repitió Rebecca.

Empujada por el instinto, rodeó sus caderas con las piernas y subió.

—No...

El animal tomó el control, y Shane se dejó llevar por la necesidad urgente. Incapaz de resistirse, se adentró en su interior. Rebecca se unió a su ritmo frenético, hasta que el mundo pareció consistir sólo en dos cuerpos entrelazados. El sonido de la

carne contra la carne, la explosión del aire que salía de sus pulmones, el olor del sudor y el sexo, y la sensación de los cuerpos que se deslizaban. El placer se apoderó de él, vaciándolo.

Cayó sobre ella e intentó razonar.

—Lo siento —fue todo lo que acertó a decir, en un susurro.

Tenía que moverse. Sabía que tenía que moverse, pero no podía. No había tenido en toda su vida una experiencia como aquélla.

Se dijo que se debía a que Rebecca era virgen y la culpa lo consumía.

Rebecca temblaba bajo él, con estremecimientos rápidos y violentos que lo aterrorizaban. Le daba miedo que estuviese llorando.

—Deberías habérmelo contado —dijo intentando tranquilizarla, aunque sin saber cómo.

—¿Habértelo contado? —repitió ella con una voz casi demasiado débil para oírla.

—No te habría presionado. No habría... Bueno, tal vez sí.

Encontró las fuerzas necesarias para apartarse y mirarle la cara. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

—Te he hecho daño —continuó—. Estoy seguro de que te he hecho daño.

Rebecca abrió los ojos. El iris dorado no era más que un anillo alrededor de las pupilas. Shane se maldijo. Pero, para su sorpresa, vio que los labios hinchados de Rebecca se arqueaban.

—No me has hecho nada de daño. Ha sido maravilloso.

—Pero...

—¿Es siempre así? —dejó escapar un largo suspiro, satisfecha—. Tan increíble, tan... grandioso, como si nada pudiera evitar que se pase de un momento al siguiente. Es tan... —volvió a suspirar— primitivo.

—No. Sí —no sabía qué decir—. No sé, en este momento no puedo pensar con claridad.

—No sabía si se me iba a dar bien, pero parece que sí, ¿verdad?

Aquella pregunta hizo sonreír a Shane. No entendía qué ocurría. Rebecca no estaba llorando, ni siquiera parecía molesta. Se comportaba como un gato que acabara de desayunarse al canario. Más por sí mismo que por ella, habló despacio, con precaución.

—¿Nunca habías estado con un hombre?

—No me había interesado demasiado hasta el momento —encontró las fuerzas necesarias para rodearlo con los brazos, y de repente se desvaneció sus sonrisa.

—¿No lo he hecho bien? ¿He metido la pata? ¿Es que tú no te sientes como yo?

—Me has destrozado —se tumbó de espaldas y le acarició la cara—. He perdido el control por completo. Ni siquiera he podido parar al darme cuenta. Debería haber sido capaz de parar.

—Si no lo he hecho todo bien, lo siento —se incorporó, cohibida—. Para mí ha sido la primera vez, y pensé que tendrías un poco de paciencia.

Shane maldijo y se apresuró a sujetarla antes de que saliera de la cama.

—Mírame. Mírame —repitió, hasta que Rebecca alzó la vista—. No te voy a dar ningún título, pero te aseguro una cosa. Te deseo. En este momento te deseo otra vez, tanto que te tragaría entera. No parece importarme el hecho de sentirme culpable o haber sido brusco. Si lo hubiera sabido habría tenido más cuidado. Habría intentado...

—No me has hecho daño, Shane —se le enco—gió el corazón y le llevó una mano a la mejilla—. No te dije que era virgen porque si lo hubieras sabido, no habrías querido acostarte conmigo. Pensé que preferirías una mujer con experiencia.

—¿Quién demonios eres? —murmuró Shane—. ¿Por qué no consigo entenderte?

—Aún estoy intentando entenderme a mí misma —se inclinó hacia delante y lo besó en los labios—. Ésta ha sido la primera experiencia más maravillosa de mi vida. Quiero volver a sentir esto. Eres un amante increíble.

—¿Cómo lo sabes? —se rindió y se acurrucó en su cuello—. Hay una cosa que no entiendo. —¿Sí?

—¿Qué les pasa a todos esos académicos? ¿Cómo es posible que te dejaran escapar?

—Si me hubieras conocido el año pasado no me lo preguntarías. Estoy segura de que no me habrías mirado dos veces.

—Siempre miro a las mujeres por lo menos dos veces. A cualquier mujer.

Rebecca rió, disfrutando la sensación de los músculos bajo sus manos.

—Era un desastre, créeme. No me gusta mucho reconocerlo, pero era verdaderamente horrorosa.

Shane se apartó, divertido.

—No podrías ser horrorosa con esos ojos. Me da igual lo que tengas en el cerebro; esos ojos son puro pecado.

Rebecca parpadeó. —¿De verdad?

Shane rió y la abrazó fuertemente. —Tendremos que hacer mucho más el amor. Eso te baja las defensas —le echó la cabeza hacia atrás y la besó—. Tengo trabajo, y no puedo dejarlo para más tarde. De lo contrario, te lo de—mostraría inmediatamente.

Rebecca le pasó las manos por el pecho. —¿Puedes trabajar deprisa?

Antes de meterse en más líos, Shane le apartó las manos y se las llevó a la boca.

—Creo que hoy puedo trabajar más deprisa que nunca.

Rebecca también tenía trabajo que hacer, pero se quedó donde estaba mientras Shane bajaba. Tendría que comerse el desayuno frío. Se sentía muy bien al darse cuenta de que tenía más hambre de ella que de la comida.

Lo había tentado. Lo había destruido, pensó, sonriendo al techo. Era lo que había dicho él. Le parecía maravilloso ser mujer.

Aunque le habría encantado pasar toda la mañana en la cama con él, se alegraba de poder estar un rato a solas. Ahora podría revivir y saborear cada momento, cada sensación, cada sorpresa.

La doctora Rebecca Knight, la niña prodigio y la mosquita muerta, la maravilla académica y el desastre social, tenía un amante por el que cualquier mujer estaría dispuesta a asesinar. Pero por el momento era todo suyo.

Suspiró y se reclinó entre las almohadas, saboreando la excitación y la maravilla.

Shane tenía la cara de un ángel oscuro, las manos de un granjero y el cuerpo de un dios.

Y si pasaba más allá de la superficie, por llamativa que fuera, se encontraba a un hombre amable y dulce. Ciertamente era que su carácter resultaba explosivo, pero aquello sólo le añadía encanto. Era resistente, un hombre que hacía lo que había que hacer, que trabajaba duro, adoraba a su familia, respetaba sus raíces y se reía de sí mismo.

Incluso sabía cocinar.

En su opinión, estaba muy cercano a la perfección. Le pareció un golpe de suerte haberse enamorado de un hombre perfecto.

Se levantó de un salto y se recordó que había tenido una reacción propia de un libro de texto.

Estaba mezclando las emociones con la experiencia física. Había equiparado el afecto y la atracción para hacer un cálculo trucado, y el amor era el resultado. Le parecía mentira haber caído en el error de pensar que el sexo era lo mismo que el amor.

Pero sabía de sobra que no era así. A fin de cuentas, era psiquiatra.

Se volvió a tumbar, muy lentamente. La inteligencia, la formación, e incluso el sentido común, eran cosas que no tenían que ver con aquello. Se llevó una mano al corazón.

Por supuesto que estaba enamorada de él. Lo había amado desde el principio. El típico amor a primera vista. Lo había pasado por alto, le había dado nombres distintos y lo había envuelto en el paquete de su nueva personalidad. Pero estaba allí.

Se preguntó qué podría hacer ahora. Poco tiempo atrás habría huido como un conejo. Sin duda, si se lo decía a Shane, sería él quien huyera como un conejo. Pero a fin de cuentas, también aquello sería una experiencia nueva, otra emoción a añadir a las que por fin se había atrevido a sentir. Lo único razonable que podía hacer era aceptarlo y enfrentarse lo mejor que pudiera a lo que llegara a continuación.

Le quedaban varias semanas para disfrutar lo que podía tener, y sabía por experiencia cómo vivir sin lo que no podía tener. Tal vez le doliera al final, pero también aquello podría aceptarlo.

Sabía muy bien que no tener nada era mucho peor que sufrir dolor.

Los primeros días de septiembre conservaban el calor del verano. Shane estaba sudando cuando volvió a casa a mediodía. Estaba muy sucio, y le sangraba un nudillo que se había raspado. Suponía que olería al estiércol con el que acababa de abonar el campo.

Pero había trabajado con la rapidez suficiente para conseguir un par de horas libres, y tenía intención de dedicar a Rebecca hasta el último de los minutos.

Sabía que tenía una sonrisa estúpida en el rostro, y no le importaba. Quería volver a acostarse con ella, cuanto antes. Necesitaba ver si para ella había resultado tan maravilloso por la novedad o si había algo más. Lo único que sabía era que nunca se había sentido tan perdido en una mujer como con ella.

Ya que nunca había experimentado algo que indicara lo contrario, estaba convencido de que hacer el amor era un placer. Pero con Rebecca había ido más allá del placer; había sido un delirio. Estaba deseando volver a emprender el viaje.

Ella estaba en la mesa de la cocina, trabajando, con las gafas puestas. Sus largos dedos volaban por el teclado. La miró y se le encogió el corazón, de forma dolorosa, cuando Rebecca levantó la cabeza y sonrió, iluminando su rostro.

—Eres una preciosidad —murmuró, sujetándose al picaporte para mantener el equilibrio. Se preguntó si alguna mujer habría conseguido alguna vez que estuviera a punto de caerse con sólo mirarlo.

Rebecca se quedó con los ojos clavados en él. Nadie le había dicho nunca que fuera preciosa, y Shane parecía decirlo en serio. Entonces sonrió, y la expresión aturdida dejó sus ojos.

—Si encima supieras cocinar... —bromeó Shane.

—He conseguido preparar un té helado. —Es un buen comienzo.

Aquello le serviría para refrescarse la garganta, que de repente se le había quedado seca. Abrió la botella y se sirvió un vaso. De repente se atragantó.

—¿Se puede saber cuántas bolsas de té has echado?

—Una docena, más o menos.

Shane sacudió la cabeza, con la esperanza de que los ojos no se le salieran de las órbitas. El contenido del vaso era denso y oscuro.

—Desde luego, me servirá para despertarme. —Lo siento. Soy un desastre en la cocina. Probablemente tampoco hacía falta dejarlo reposar durante tres horas.

Dejó el vaso a un lado, y se sorprendió al ver que no se movía solo.

—Probablemente no. Podemos diluirlo en una garrafa de cinco litros.

—Puedo preparar un emparedado —dijo Rebecca, levantándose.

—No, gracias, yo lo haré. No te acerques a mí. Huelo a estiércol.

Rebecca se pasó la lengua por los labios, disfrutando por adelantado con lo que la esperaba. —Estás muy sucio. Y sudoroso. Quítate la camisa.

Shane sintió que el deseo se apoderaba de su cuerpo.

—Eres muy exigente. Me gustan las mujeres exigentes —dio un paso atrás—. No quiero tocarte. Estás muy limpia, y tengo las manos llenas de cosas que no te gustaría tener en tu precioso jersey.

Rebecca bajó la vista para mirarle las manos y frunció el ceño, preocupada.

—Te has hecho sangre.

—Me he raspado. Ahora me lavo. —Yo lo haré.

Tomó su mano antes de que Shane pudiera abrir el grifo y se la lavó cuidadosamente, eliminando toda la suciedad del araño. Shane tuvo el placer de quedarse mirando mientras Rebecca le enjabonaba las manos y se las enjuagaba a conciencia.

Empezó a fantasear sobre la posibilidad de ducharse con ella. Los cuerpos mojados, la piel resbaladiza, el vapor...

—Creo que sobrevivirás, porque supongo que con tu trabajo te vacunarás contra

el tétanos con regularidad, pero deberías tener más cuidado —lo olfateó y frunció el ceño—. ¿Qué has estado haciendo?

—Abonar el campo. Con estiércol. Rebecca abrió los ojos horrorizada. —¿Con las manos?

La fantasía de Shane se desvaneció. Rió con tanta fuerza que pensó que le iban a estallar las costillas.

—No, querida. Ahora tenemos tecnología, hasta en los pueblos perdidos.

—Me alegra oír eso.

Se volvió con intención de ayudarlo a cocinar, y chocó de lleno contra la nevera.

—Ya empezamos —dijo entre dientes, quitándose las gafas—. Se me olvida que las llevo y choco con todo.

Shane la miró con curiosidad.

—No pensé que se te pudiera olvidar algo. —Sólo lo que tiene que ver conmigo misma. Pregúntame sobre cualquier otra cosa y te daré una conferencia.

—Lana.

Rebecca se volvió hacia él, con un trozo de jamón en la mano.

—¿Cómo dices?

—Estoy pensando en comprar unas cuantas ovejas. Háblame sobre la lana.

—No seas ridículo.

Shane se encogió de hombros y abrió el cajón del pan.

—Vaya. Veo que he encontrado algo sobre lo que no sabes nada.

No tuvo que mirarla para saber que había entrecerrado los ojos. Pudo oírlo en su voz.

—Es una fibra animal que forma el pelaje protector de las ovejas y otros mamíferos peludos, como las cabras y los camellos. Se suele obtener esquilando animales vivos. Después se limpia para eliminar los componentes grasos, que se purifican para fabricar lanolina. ¿Quieres que siga?

Shane se quedó mirándola, divertido e impresionado.

—Muy bonito. ¿Dónde estabas cuando yo iba al instituto?

—Si mi cálculo es exacto, en un internado suizo.

—Supongo que tus cálculos siempre son exactos —murmuró.

El tono de Rebecca y su voz defensiva le dijeron que era algo que tendría que explorar más adelante. Hablaba del internado como él hablaba del hígado: con el tono de quien se refiere a algo que detesta.

—No es sólo que recuerdes las cosas —comentó—. Es que además aplicas los conocimientos. ¿Cómo decidiste qué querías estudiar?

Rebecca no podía evitar que aquella conversación la incomodara. Por hueco y políticamente incorrecto que pudiera resultar, prefería que Shane se interesara por su cuerpo a que se interesara por su cerebro.

—Al principio me decían qué debía estudiar. Mis padres tenían planes muy concretos para mi formación. Más adelante me concentré en las cosas que me interesaban.

Hablaba con frialdad y desdén, pero Shane no parecía dispuesto a cambiar de tema. Se volvió para sacar la mostaza de la nevera.

—Tus profesores debían estar impresionados contigo.

Rebecca seguía donde estaba, aún con el jamón en las manos.

—Los seleccionaron por su experiencia en el trabajo con niños superdotados.

—Mis padres se sentían aliviados cuando transcurría una semana sin que me llevaran al despacho del director. Los tuyos debían estar encantados contigo.

—Los dos tienen mucho prestigio por derecho propio —dijo en tono neutro—. Mi padre es uno de los mejores cirujanos cardiovasculares del país, y mi madre es química industrial, muy conocida en el ramo de la farmacología. Esperaban que los superase. ¿Más preguntas?

Shane sentía haber puesto aquella nota de formalidad en la voz de Rebecca. Se volvió para mirarla, y sintió igualmente haber puesto aquella mirada distante en sus ojos. Quería volver a ver su sonrisa.

—Sólo una. ¿Qué llevas debajo de esa camisa? Rebecca relajó los tensos músculos de sus hombros.

—Lo de costumbre. —¿De verdad? Sonriendo, dejó el jamón en la mesa.

—Tal vez quieras comprobarlo por ti mismo.

—Eso era justo lo que me proponía.

Cuando Shane se acercó a ella, Rebecca rodeó la mesa.

—Después de comer.

Los labios de Shane se arquearon, y sus ojos brillaron. Tenía un aspecto maravillosamente peligroso.

—No tengo ganas de comer.

Dio la vuelta a la mesa, y ella también. —Tienes que mantener las fuerzas para seguir abonando los campos.

—Ya he desayunado mucho. Y tarde —estuvo a punto de atraparla, pero ella se escabulló—. Eres muy rápida.

—Ya lo sé.

Volvió a fallar, y cuando Rebecca dio la vuelta, la atrapó pasándole un brazo por la cintura. La levantó por los aires, y ella gritó entre risas.

—Yo soy más rápido.

Podía mantenerla en el aire con un solo brazo. Resultaba excitante.

—Me he dejado atrapar. —Farolera.

La besó con fuerza y la rodeó con el otro brazo para dar vueltas, sin bajarla.

—Me estás emborrachando otra vez —dijo riendo, aferrándose a sus hombros para disfrutar la atracción.

—Muy bien.

Siguió dando vueltas y más vueltas, entusiasmado por su entusiasmo. El sonido de la risa de Rebecca le parecía maravilloso. La sensación de su cuerpo le resultó de repente necesaria.

—Bájame, John, no seas tonto —echó hacia atrás la cabeza; la habitación daba

vueltas—. Se va a quemar la comida.

Podía olerlo. Tendría que raspar con piedra pómez la parte inferior de la cacerola para limpiarla. Podía olerlo a él: sudor, humo y animales. Debajo del delantal, el niño que esperaba se movió.

El pánico y otra cosa atenazaron la garganta de Shane. La dejó en el suelo, sin dejar de sujetarla, y la sacudió por los hombros.

—¡Rebecca! ¿Qué te pasa?

—Ha vuelto a ocurrir. Igual que anoche —estaba muy blanca, y su voz sonaba débil y lejana—. Estoy preparando un estofado, se está quemando. ¿Has traído más leña para la cocina? —se llevó la mano al estómago, con los ojos nublados—. Ésta es una niña. Johnnie va a tener una hermanita.

De repente, como si se hubiera encendido un interruptor, los ojos de Rebecca se aclararon. —¡Mi equipo! —exclamó, apartándose y corriendo al salón—. Mira esto. ¿Lo ves? La intensidad es mayor que la de anoche. Hay tanta energía que puedo sentirla en la piel. Como descargas eléctricas.

Mientras Shane la contemplaba en silencio, empezó a murmurar para sí, examinando todos los indicadores, con movimientos rápidos y precisos. Se volvió hacia la grabadora y la encendió.

—El evento comenzó a las trece horas, veinte minutos y cinco segundos. Fuerte estímulo sensorial, visual y olfativo.

Se pasó la mano por el pelo, distraída, y narró con precisión todo lo ocurrido.

—Una sensación general de bienestar —concluyó—. De felicidad y amor. Es posible que la excitación sexual estuviera causada por los estímulos previos y no por el evento, o que se viera reforzada por ellos —se llevó los dedos a los labios, pensativa—. Terminó a las trece horas, veinticuatro minutos y cincuenta y ocho segundos, por lo que, con una duración de cuatro minutos y cincuenta y tres segundos, es el fenómeno más largo observado hasta el momento. Respiró profundamente y apagó la grabadora. —Y el más fuerte —murmuró.

—¿Estímulos previos?

Dejó de lado sus pensamientos y se volvió hacia Shane.

—Perdona, ¿qué decías?

—¿Es así como lo llamas? ¿Estímulos previos?

—Técnicamente —volvió a pasarse las manos por el pelo—. Ha sido increíble, absolutamente increíble. Ayer estaba sentada en la cocina y vi que cambiaba. Era más pequeña, el fogón era de leña y estaba encendido. En el alféizar de la ventana había unas tartas. Se oía el llanto de un niño —hablaba tan emocionada que parecía resplandecer—. Tengo grabado en llanto —se apretó las mejillas con las manos y rió—. No me lo podía creer, a pesar de que volví a escucharlo media docena de veces. Por eso saqué el vino, para celebrarlo. Pero el brindis se convirtió en varios. Te lo iba a explicar esta mañana, pero nos distrajimos.

—Nos distrajimos.

Al final, el tono enfadado de su voz y la mirada desapasionada de sus ojos

hicieron mella en ella. El resplandor que la envolvía desapareció. Shane estaba pálido, y la miraba con dureza.

—¿Por qué estás enfadado?

—Porque esto es una sarta de tonterías —se apartó, prefiriendo el enfado al miedo—. Y porque no me gusta que me consideres una distracción o un estímulo previo.

—No es eso.

—No me vengas con tecnicismos. Guárdate tus títulos y deja de torturarme.

—No estás enfadado —dijo lentamente—. Estás asustado.

Durante un instante, su mirada fue letal. —Tengo cosas que hacer.

Rebecca corrió tras él y lo sujetó por el brazo mientras volvían a la cocina.

—Dijiste que me ayudarías con esto, Shane. Me lo prometiste.

—Déjalo estar —siguió caminando, sin hacerle caso—. Déjame en paz.

Rebecca se interpuso en su camino, bloqueándolo. Sabía que otro hombre la habría apartado bruscamente. Él tenía el mal humor necesario, igual que la fuerza. Pero también tenía lo que hacía de él una persona tan especial.

—Has tenido la misma experiencia que yo, y has sentido lo mismo que yo. Puedo verlo en tu cara.

Shane la sujetó por los hombros y la echó a un lado.

—Te he dicho que lo dejes estar.

—¿Quiénes eran John y Sarah? —dejó escapar el aliento cuando Shane se detuvo en seco—. Ella se llama Sarah y él John, estoy segura. ¿Quiénes eran? ¿Quiénes éramos nosotros hace unos minutos?

—Yo soy exactamente la misma persona que era hace unos minutos. Y tú también. Si quieres jugar a ese juego, te ruego que me mantengas al margen.

—John y Sarah —repitió—. ¿Eran John y Sarah MacKade? ¿Encontraré sus nombres si investigo tu ascendencia?

Shane se volvió de golpe y caminó hacia la nevera. La abrió bruscamente y sacó una cerveza. Después de abrirla con un movimiento violento, apuró la mitad de la botella.

—Eran mis tatarabuelos.

Rebecca dejó escapar un largo suspiro.

—Ya veo. Y vivían aquí, en esta casa. Fueron los que intentaron salvar al joven soldado de la Unión el día de la batalla.

—Eso dice la historia.

—Respecto a lo que acaba de pasar aquí... ¿Habías experimentado antes algo parecido?

Shane miró de reojo el ordenador y apretó los dientes.

—No. Me niego a que me uses de rata de laboratorio.

—De acuerdo, lo siento. Este asunto te molesta bastante —se acercó a él para pasarle las manos por los hombros—. Pero creo que debes saber que he tenido unos sueños muy raros durante varios años. Y ahora sé que eran sobre esta casa y esas personas.

Shane bajó la cerveza pero no dijo nada. Rebecca esperó un momento, preguntándose si aquello implicaba más intimidad de, la que ninguno de ellos estaba preparado para soportar.

—Los sueños —prosiguió— son uno de los motivos principales por los que empecé a investigar estos fenómenos. Son muy reales, Shane. He visto esta habitación, esta casa, tal y como estaba hace más de cien años. Y he visto a John y a Sarah. No sé si tendrás fotografías tuyas para comprobarlo, pero te los puedo describir, en distintas épocas de su vida. Incluso puedo decirte lo que pensaban, lo que sentían, lo que querían. Creo que tú también.

—No —mintió en tono neutro que no admitía discusión—. No creo en esas tonterías.

Rebecca levantó las manos, frustrada.

—¿Crees que me lo estoy inventando? ¿Crees que me he inventado lo que acaba de pasar? —Creo que tienes demasiadas cosas en ese cerebro tan grande —bebió otro trago de cerveza—. Yo prefiero la realidad.

Rebecca podría haberle dicho que tenía todos los síntomas de quien se obstinaba en negar la realidad, pero sabía que sólo habría conseguido enfadarlo, y probablemente, hacer que su resistencia creciera. Decidió que la paciencia y la comprensión resultarían más productivas a la larga.

—De acuerdo. Dejaremos el tema, pero quiero que sepas que puedes hablar de ello conmigo cuando quieras.

—No eres mi terapeuta. —Claro que no.

Su voz sonaba demasiado razonable. Shane dejó la botella en la encimera.

—Quiero irme a la cama contigo. Eso es lo que quiero y lo que necesito. Sólo tú y yo —tomándola de la mano, la sacó de la cocina—. Los sueños son sólo sueños, y el sitio de los fantasmas son las películas malas. Así que será mejor que apagues ese cerebro. Aunque lo consideres una distracción.

Mientras hablaba, tiraba de ella hacia la escalera. Rebecca se sentía a la vez alarmada y excitada.

—No pretendía insultarte cuando dije lo de la distracción.

—Tienes demasiadas facetas para mi gusto. Me gustan las cosas sencillas.

La soltó para sentarse en el borde de la cama y se quitó las botas.

—Yo no soy sencilla —dijo en voz baja—. No en el sentido que tú das a la palabra.

—Esto es sencillo —una vez descalzo, se le—vantó para quitarse la camisa y desabrocharse el cinturón—. Te deseo. Me pongo a sudar con sólo pensar en ti. Es algo básico, Rebecca. Es sencillo.

El amor, tanto como la necesidad, fue lo que hizo que se acercara a él y lo rodeara con los brazos.

—Aquí me tienes.

Levantó la cabeza y él se inclinó para besarla. Lo acarició como si fuera un animal nervioso, tranquilizándolo con las manos y los labios. Shane se dijo que, si le resultaba conocida la sensación de hundirse en ella, de permitirle que le aliviara las

preocupaciones, era porque se ha—bía acostado con ella aquella misma mañana.

Pero cuando cayó en el dulce y seductor ritmo del sexo fue como si fuera la primera y última vez para él. Sólo quedaría grabada en su recuerdo la textura de su piel, el sabor de su boca, el sonido de sus suspiros.

Cuando Rebecca se alzó para unirse a él en un movimiento fluido, parte de su mente dijo que nunca desearía, que nunca podría desear a ninguna otra persona.

Cuando se precipitaba por el abismo del placer, tuvo que contenerse para no caer por un precipicio mucho más escarpado y peligroso.

Capítulo 9

Ya he registrado tres eventos en la granja. El último ocurrió durante la noche. Sentí de repente un dolor desgarrador. Junto a la cama, había una vela encendida. Durante un momento, vi una figura junto a la ventana. Simplemente estaba allí, de pie, contemplando la noche. El dolor estaba dentro de mí, pero también estaba allí, envolviendo a esa persona. Un dolor compartido pero separado. Pensé que era Shane y empecé a salir de la cama para ir junto a él, pero entonces me di cuenta de que estaba dormido a mi lado. Y no había nadie junto a la ventana.

Supe con toda certeza que sentía el dolor de John y Sarah por la muerte de su hijo. Lo supe incluso antes de que Shane se agitara, inquieto, a mi lado. Él sueña igual que yo y siente lo mismo que yo, pero no quiere hablar de ello. Las personas que vivieron aquí forman parte de él. Siguen aquí, en cierto modo. No sólo por los lazos genéticos sino por el espíritu. Lo que no acabo de entender es por qué también parecen formar parte de mí.

Ese tema incomoda mucho a Shane, así que no se lo he contado. Tal vez me equivoque. Desde luego, no es una táctica muy profesional, pero estoy aprendiendo que el amor tiene sus propias tácticas. Lo amo tanto que, a mi modo, ciertamente limitado, intento protegerlo de lo que tanto lo asusta.

Me pregunto qué siente por mí, pero no se lo pregunto. También tengo que protegerme a mí misma. Puedo hablar con él de cualquier cosa, excepto de ésa. Y nunca me quedo sin palabras. Ahora está en los campos. Siempre tiene mucho trabajo, pero nunca parece cansarse, ni hartarse. En este primer estallido de amor, me doy cuenta de que podría pasar junto a él cada segundo y me parecería poco. Este amor es algo maravilloso y liberador. Me alegro mucho de haber tenido la oportunidad de experimentarlo.

Si pudiera, conservaría un momento, cualquier momento de los que he pasado junto a él y lo cristalizaría para llevármelo. Después, en los años venideros, lo sacaría, no sólo para recordar sino para revivir.

El amor hace que se tengan fantasías muy extrañas.

Rebecca oyó el ladrido de los perros y las voces. Como si escondiera un preciado secreto, guardó el archivo y cambió la pantalla. Devin abrió la puerta y entró, seguido por los niños, los perros y todo el ruido consiguiente.

—Perdona, no quería interrumpirte.

—No pasa nada —bajó automáticamente la mano para saludar a los perros—. Ya

había terminado.

—Cassie es como todas las demás mujeres del condado. Está convencida de que Shane debe morir de hambre —dijo dejando una fuente en la encimera—. Le envía una tarta de manzana.

—Estupendo. La última que preparó estaba muy buena.

Abrió la nevera como si estuviera en su propia casa y guardó la tarta nueva.

—¿Estás escribiendo tu libro? —preguntó Connor, acercándose para mirar la pantalla del portátil.

—En este momento no. ¿Sabes usar un ordenador?

El niño miraba el suyo con envidia.

—En el colegio nos dejan usarlos a veces, pero no son como éste.

—¿Quieres probarlo?

El niño miró a su padre, nervioso.

—¿De verdad? No sé cómo funciona éste. —Es como los normales, pero más pequeño. Puedo enseñarte, si quieres.

—Buena la has hecho —murmuró Devin—. Ahora empezará a pedir uno.

—Puedo conseguirte un portátil de segunda mano bastante barato —se levantó con una sonrisa y señaló la silla—. Pruébalo si quieres. Seguro que ya conoces las funciones básicas.

—Sí, claro.

Lo primero que hizo fue escribir su nombre. Connor MacKade.

—¿Tienes algún juego? —preguntó Bryan. —No. Sólo lo uso para trabajar.

El niño perdió el interés inmediatamente, y miró con curiosidad una cámara.

—Olvidalo —le advirtió Devin—. Hemos venido a echar una mano a Shane con el heno —comentó a Rebecca—. Dentro de poco empezarán a llegar los demás.

—Oh —miró por la ventana—. Está fuera, segándolo.

—Embalándolo —corrigió Devin—. Primero se siega, después se trilla y por último se embala. —Ah, es verdad.

—Cuando hayáis terminado aquí —dijo a los niños—, salid al jardín. No deis la lata a la doctora Knight.

Rebecca lo siguió al porche y se detuvo junto a la puerta.

—Oye, Devin, tú viviste aquí mucho tiempo, ¿no?

—Casi toda mi vida.

—¿Tuviste alguna vez una experiencia que se saliera de lo normal? Sí, una experiencia paranormal —añadió con una sonrisa tímida al ver su expresión.

—¿Me estás preguntando si creo que la casa está encantada? Claro que sí.

Rebecca sacudió la cabeza.

—Lo dices con demasiada naturalidad.

—He vivido con ello, y estoy acostumbrado. —No todo el mundo se acostumbra.

Siguió su mirada a Shane, que estaba en la embaladora de heno.

—Mi hermano es un cabezota. —Ya lo he notado.

—En el fondo es muy sensible —volvió a sonreír—. Me daría un puñetazo si

supiera que te he dicho eso, pero es verdad. Ha vivido en una granja toda su vida, pero sufre cuando un animal se pone enfermo o se muere. No es capaz de aceptarlo como algo normal. En esta casa, hay muchas emociones residuales que lo afectan.

—Pero vive aquí.

—Le encanta —dijo con naturalidad—. Cada centímetro de la granja. ¿Te lo imaginas en otro sitio?

Miró de nuevo al campo de heno y sonrió. —No. Imposible. Podría ayudarlo a aceptar lo que hay aquí, si me lo permitiera.

—Es posible. En fin, será mejor que vaya a echarle una mano.

Devin suspiró. Estaba acostumbrado a ver que las mujeres se enamoraban de Shane, pero saltaba a la vista que Rebecca era distinta. Dudaba que fuera a salir indemne cuando llegara el momento.

Rebecca se quedó mirándolo un rato antes de volver a entrar en la casa.

Mientras cruzaba el campo, Devin se decía que no era asunto suyo. Se colocó detrás de la embaladora y los dos hermanos estuvieron trabajando juntos, en silencio, hasta que Shane apagó el motor.

—¿No van a venir Rafe y Jared? —Deben estar en camino. Shane asintió y miró el cielo.

—Va a llover. Sólo tenemos algo más de una hora para terminar con esto.

Pero su mirada vagó hasta la casa y se quedó en ella.

—¡Por favor, Shanel! —disgustado, sacó un pañuelo para enjugarse el sudor de la frente—. Te estás acostando con ella.

—¿Con quién?

—No me vengas con tonterías. ¿Es que no hay bastantes mujeres por esta zona para que te pongas a perseguir a las amigas de Regan? Si ni siquiera es tu tipo.

Shane se esforzó por contenerse.

—Siempre me has reprochado que no tenga un tipo definido.

—Sabes a qué me refiero. Ésta es una mujer seria. Las mujeres serias tienen sentimientos serios. Si no se ha enamorado ya de ti, tardará poco. ¿Se puede saber qué harás entonces?

Devin había puesto el dedo en la llaga. Siempre había intentado evitar que las mujeres se enamorasen de él, o al menos que pudieran llegar a albergar esperanzas. Sabía que no había sido tan cuidadoso con Rebecca.

—Eso es asunto mío. Mío y de Rebecca. No la he obligado a nada.

Para evitar más consejos indeseados, volvió a poner el vehículo en marcha.

No estaba dispuesto a hablar de ello, y desde luego, no iba a preocuparse por ello. Tenía intención de seguir como siempre, y aquello significaba, en aquel momento, embalar el heno antes de que llegara la lluvia.

Se alegró cuando se presentó el resto de la familia, porque significaba que habría más gente para cargar el carro de heno, llevarlo al establo y descargarlo. También significaba que todos estarían demasiado ocupados con su trabajo para meterse en su vida privada.

Tenía derecho a su vida privada.

Se tranquilizó considerablemente cuando resultó evidente que terminarían el trabajo antes de que llegara la tormenta. Y cuando vio a los niños jugando con los perros en el jardín. Además, estaban la relajante vibración del tractor, las voces de sus hermanos y el fuerte olor del heno. Las nubes que se cernían por el oeste ensombrecían la montaña, y la lluvia iría bien al trigo de invierno que había plantado.

En la cocina habría alguien preparando algo, pensó mientras se volvía para ver cuánto quedaba. No sería Rebecca. Ella estaría jugando con los bebés. Y cuando entrara, cubierto de heno y polvo, levantaría la cabeza y sonreiría. Tenía una sonrisa preciosa.

Cuando ya estaban descargando el último carro de heno en el granero, Shane ya se había convencido de que Devin estaba completamente desencaminado.

Rafe se apartó par beber un trago de agua helada del refrigerador que había dentro del gra—nero.

—Bueno —dijo—, hace mucho que no veo a Rebecca. ¿Qué tal va su caza de fantasmas?

—Está en ello —el heno seco se clavó en el hombro de Shane cuando levantó una bala—. Se lo toma muy en serio para tratarse sólo de una afición.

—A otros les da por jugar al golf —comentó Jared, cargando el transpálet.

—Por lo menos, el golf tiene un propósito. Consiste en meter la bolita en el agujero y ganar la partida.

—Para ella es un rompecabezas —dijo Jared—. Tengo la impresión de que es una mujer a la que le gusta resolver rompecabezas, encontrar respuestas.

—Pues le compraré un puzzle gigante —murmuró Shane.

—Te molesta, ¿eh? —preguntó Rafe, divertido—. ¿Has oído últimamente el ruido de las cadenas que se arrastran? ¿Gemidos estremecedores, tal vez?

—Déjame en paz.

Jared decidió no meterse en aquella discu—sión. La lluvia empezaba a caer, y aún no habían terminado con su trabajo.

—¿Qué tal van las cosas, por lo demás? —preguntó para dejar el tema de los fantasmas—. Desde que murió mamá, ninguna mujer había vivido en la casa. ¿Te molesta encontrártela por todas partes?

Una sonrisa apareció en los labios de Shane. —No.

—Vaya —Rafe dejó en el suelo la bala que acababa de levantar al ver la expresión de su hermano—. Te estás acostando con ella.

—¿Es que lo llevo escrito en la frente?

—¿No podías haberte contenido por una vez en tu vida? —lo miró disgustado—. Regan se siente responsable por ella.

La culpabilidad y el miedo inflamaron su cólera.

—¿Por qué tiene nadie que sentirse responsable? Es una mujer adulta.

—¿Vais a subir algo más? —preguntó Devin desde el altillo.

—¡Cállate! —gritó Shane antes de volverse hacia Rafe—. No es asunto suyo, ni

tuyo.

—Todo lo que tenga que ver con Regan es asunto mío. Y Rebecca tiene que ver con Regan. ¿Qué sabes de ella? ¿Sabes cómo se educó? ¿Sabes que pasó su niñez y su adolescencia metida en aulas, con profesores particulares o en internados?

Irritado porque no lo sabía, Shane olvidó la lluvia y el trabajo y descargó la frustración en su hermano.

—¿Y qué tiene eso que ver? Tiene cerebro y lo usa.

—Es lo único que le permitían usar. No tendría ninguna posibilidad si se enfrentara a ti. —¿Qué problema tenéis? —preguntó Devin, bajando—. ¿Vamos a subir el heno que queda antes de que se empape, o lo dejamos donde está? —Déjame en paz —gritó Shane a Rafe—. Y no te metas en mi vida privada.

Jared suspiró.

—Me temo que se va a empapar.

Interesado, Devin se sentó en una bala de heno.

—Discuten sobre Rebecca, ¿verdad? Deberíamos haber imaginado que se pondría a acosarla. —¡No la he acosado!

—¿Cómo que no? —protestó Rafe—. Apenas había deshecho el equipaje y ya te estabas abalanzando sobre ella en mi cocina. Debí darte un puñetazo en aquel preciso instante.

Shane entrecerró los ojos.

—Inténtalo ahora. Ya has sacado todas tus conclusiones, ¿no? ahora que tienes tu bonita esposa y tus bonitos niños. Ahora que todos sois respetables padres de familia —se dio cuenta de que estaba más furioso de lo que creía al principio—. Yo vivo mi vida a mi manera, no a la vuestra. Así que os podéis meter vuestros consejos, vuestros juicios y todo lo que queráis en...

Desde la ventana de la cocina, Rebecca contemplaba a los cuatro hombres. Estaba atónita. Al principio parecía que hablaban sobre algo serio, como un problema relacionado con la forma de colocar el heno. Después empezaron a comportarse como si mantuvieran una acalorada discusión.

—Algo está pasando allí —comentó a Savannah.

—Vaya, como siempre. —Como siempre, ¿qué?

—Acabarán peleándose —sacudió la cabeza y miró a Regan y a Cassie, que estaban cocinando—. Nuestros chicos van a montarla.

—¿Se van a pelear? —preguntó Rebecca, horrorizada—. ¿Quieres decir que van a pegarse? ¿Por qué?

Regan se acercó a la puerta de la cocina y la abrió.

—Es algo que les gusta hacer de vez en cuando.

—¿Estaremos aún a tiempo de detenerlos? —se preguntó Cassie en voz alta.

—Podríamos... No —concluyó Regan cuando se lanzó el primer golpe—. Demasiado tarde. Rebecca contempló, horrorizada, cómo el puño de Shane se clavaba en la cara de Rafe. Un instante después, los dos rodaban por el suelo. —Pero, pero...

—Me aseguraré de que hay bastante hielo —dijo Cassie, apartándose para ir a la

nevera. —¿Por qué no los detienen? —preguntó Regan—. Jared y Devin están cruzados de brazos. —No durante mucho tiempo —predijo Savannah.

Como si la hubiera oído, Devin se interpuso. Si tenía intención de separarlos, falló en el intento. Ahora había tres hombres luchando en un charco de barro.

—Esto es ridículo.

Cuando Rebecca llegó a la puerta, Jared se había unido a la pelea.

No entendía cómo podía saber ninguno de ellos con quién se estaba peleando. Ella, desde luego, ya no los distinguía. Lo único que veía eran brazos, puños y cuerpos. Lo único que oía eran gruñidos y maldiciones.

Nunca había visto una pelea fuera del cine o la televisión. Era más sucio de lo que imaginaba, y desde luego, parecía mucho más doloroso.

—¿Es que no vais a hacer nada? Son vuestros maridos.

—Bueno —Savannah pasó una mano por la espalda de Miranda—. Podríamos cruzar apuestas. Cinco dólares por Jared. Es una cuestión de lealtad.

—Cinco por Rafe —dijo Regan—. ¿Cassie? —De acuerdo, aunque Devin ha pasado la noche en vela. A Ally le están saliendo los dientes. —Nada de ventajas —declaró Savannah—. Las apuestas no son variables. ¿Quieres apostar por Shane, Rebecca? Me parece justo. Completamente anonadada, miró a las demás mujeres.

—Sois tan inconscientes como ellos —se enderezó—. Voy a poner fin a esto ahora mismo. Cuando Rebecca salió de la casa, Savannah miró a Regan de reojo.

—Yo diría que le ha dado fuerte, ¿eh?

—Me temo que sí. Estoy bastante preocupada. —Creo que encaja bien con Shane. Los dos necesitan a alguien, aunque aún no se hayan dado cuenta.

De lo que se había dado cuenta Rebecca, mientras caminaba hacia el granero, era que aquellos cuatro hombres adultos, que por añadidura eran hermanos, estaban completamente locos.

Cuando llegó al campo de batalla estaba empapada, con el pelo pegado a la cabeza. Miró con incredulidad la visión que tenía ante sí. Los perros se habían unido a la fiesta, y corrían a su alrededor, chocando a veces con ellos y ladrando divertidos.

—¡Quietos!

Su grito detuvo a los perros, pero no a los hombres. Fred y Ethel se sentaron avergonzados, jadeantes, mientras los MacKade seguían golpeándose.

—¡He dicho que os estéis quietos ahora mismo! —repitió en voz más alta.

Jared cometió el error de mirarla y recibió un codazo en la barbilla. Reaccionó dando un puñetazo en la tripa más cercana.

Indignada, Rebecca se llevó las manos a las caderas. Ahora no oía sólo gruñidos y maldiciones. También oía risas. Decidió que eran como cuatro babuinos, que se reían mientras peleaban.

Tenía una voz bastante fuerte, que reservaba para cuando fuera imprescindible. La usó en aquella ocasión.

—Estáos quietos inmediatamente. Hay niños en la casa.

Devin se detuvo, con la mano sucia sobre el rostro sucio de Rafe.

—¿Qué?

—Levantáos ahora mismo. Debería daros vergüenza —los miró uno a uno, con reproche—. He dicho que os levantéis. Tú —eligiendo al azar, señaló a Devin con su dedo acusador—. ¡Por favor, eres sheriff! Se supone que deberías mantener el orden, y estás rebozándote por el barro como un vulgar camorrista.

—A sus órdenes —dijo conteniendo la risa, mientras se desenmarañaba—. No sé qué me ha pasado.

—Y tú —señaló a Jared—. Un abogado. ¿En qué estabas pensando?

—En nada —se pasó una mano por la mandíbula antes de levantarse—. Absolutamente en nada.

—Rafe MacKade —tuvo el placer de verlo parpadear—. Uno de los pilares de esta comunidad. Dueño del hotel, constructor, marido y padre de familia. ¿Qué ejemplo estás dando a tus hijos? —Bastante malo.

Se aclaró la garganta y se puso en pie. Tenía la impresión de que, si dejaba escapar la risa, sería Rebecca quien lo golpeará.

—Y tú —dijo con tal desprecio en la voz que Shane decidió quedarse en el barro—. Tenía un mejor concepto de ti.

—Suenan igual que mamá —murmuró Shane a sus hermanos, que asintieron—. Yo no he empezado.

—La típica respuesta. Típica. ¿Es así como resolvéis los problemas y las discrepancias?

Se limpió el barro de la cara con la manga. —Sí.

—Me parece patético. Todos sois patéticos —su mirada autoritaria hizo que los tres hermanos mayores se agitaran incómodos, ante la sonrisa de Shane—. La violencia no es nunca la solución. No hay ningún problema que no pueda resolverse razonando y comunicándose.

—Estábamos comunicándonos —aventuró Shane, ganándose una mirada asesina.

—Espero que seáis capaces de resolver este asunto como seres humanos racionales. Si no podéis controlaros, será mejor que os mantengáis a distancia cuando tengáis un desacuerdo.

—¿Verdad que es increíble? —preguntó Shane, ganándose tres miradas asesinas—. ¿Habíais visto alguna vez a una mujer como ella? Ven a besarme, cariño.

—Si crees que puedes...

Gritó cuando Shane la agarró por la cintura y la subió.

—Estúpido —protestó—. Descerebrado.

Los dos cayeron al suelo Rebecca se vio de repente cubierta por el cuerpo embarrado de Shane, que la besó mientras reía.

—Es una verdadera monada —dijo a sus hermanos.

—Suéltame, especie de simio.

Se echó hacia atrás y le dio un empujón. —Violencia —dijo Shane entre risas, fingiendo una mirada de reproche—. ¿Habéis visto eso? Me ha pegado, en vez de resolver el problema razonando y comunicándose.

—De acuerdo, me comunicaré.

El puño de Rebecca llegó a su oreja antes de que sus bocas volvieran a fundirse.

Entonces se quedaron tendidos en el suelo, besándose bajo la lluvia, ante los atónitos y fascinados espectadores.

Simplemente, no les importaba.

Mientras miraba, Rafe se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—¿Os habéis dado cuenta? Rebecca le ha echado el lazo, y bien echado.

—Creo que tienes razón —Devin se frotó la mejilla sangrante en el hombro embarrado—. Nunca lo había visto mirar así a una mujer. ¿Creéis que lo sabe?

—No creo que ninguno de los dos lo sospeche —dijo Jared, apartándose el pelo de los ojos. —Será un placer —Rafe se metió los dedos en los bolsillos y dio un paso hacia atrás—. Será un verdadero placer presenciar la caída de Shane MacKade.

—¿Creéis que deberíamos entrar en la casa y dejarlos solos? —preguntó Devin, inclinando la cabeza—. ¿O será mejor que lo levantemos y le demos unos cuantos puñetazos más?

Rafe se llevó la mano al ojo. El primer puñetazo de Shane había sido certero. Iba a necesitar el hielo que sin duda le habría preparado su mujer.

—No creo que Rebecca nos lo permita.

—Creo que no debemos dejarlos ahí —decidió Jared—. Les puede dar una pulmonía.

—¿Con todo ese calor?

Devin hizo una seña y se adelantó, acompañado por sus hermanos. Entre los tres sujetaron a Shane por las manos y los pies y lo levantaron por los aires.

—¡Soltad! Vosotros tenéis a vuestras mujeres. Ésta es mía.

Pero estaba atrapado, de modo que sólo pudo sonreír a Rebecca como un estúpido.

—Estás hecha un desastre, cariño —le dijo—. Vamos a ducharnos.

Rebecca se puso en pie, con los ojos entrecerrados. Sabía que estaba llena de barro. Con toda la dignidad posible, se pasó las manos por los pantalones y por el pelo.

—¿Lo tenéis bien sujeto? —preguntó con calma.

—Desde luego —Devin sonrió al reconocer la expresión de su cara—. Creo que sí.

Shane también conocía aquella expresión, e intentó liberarse.

—Vamos, cariño. Hay que razonar, ¿recuerdas? La violencia no es nunca la solución. Dios mío, estás guapísima. ¿Por qué no subimos al granero?.

Dejó escapar la respiración de golpe cuando Rebecca le hundió el puño en el estómago. —Buen golpe —dijo débilmente—. Tienes un potencial estupendo.

—¡Idiota!

Con un gesto de desdén, Rebecca se volvió y empezó a andar hacia la casa.

—¿Verdad que es increíble? —dijo Shane admirado, caminando hacia ella—. ¿No es absolutamente increíble?

Al final lo intentó con las flores. Después de la cena, cuando toda la familia se marchó, Shane decidió que tenía que hacer algo. Salió en mitad de la lluvia y se puso a

recoger flores con una linterna.

Cuando volvió, Rebecca estaba trabajando en su ordenador. Alzó la vista para dedicarle una de las miradas frías y despectivas con que lo había obsequiado durante toda la tarde.

Shane dejó las flores empapadas encima de la mesa, a su lado, y se agachó.

—¿Estás muy enfadada? —No estoy enfadada. Estaba avergonzada, lo que era mucho peor. —¿Quieres volver a pegarme?

—Desde luego que no.

—Sólo era barro —tomó su mano y se la llevó a los labios—. Te sentaba muy bien.

Rebecca intentó apartar la mano, pero Shane se la estaba mordisqueando.

—¿Te importaría dejarme trabajar?

—No estás trabajando. Sólo pretendes evitarme.

Rebecca se volvió para mirarlo. Aprovechó para tomar las flores y ponérselas delante de la cara.

—Estoy loco por ti —le dijo.

Rebecca dejó escapar un suspiro, y se dijo que a fin de cuentas el orgullo no era más que una tontería.

—Debes estar loco para salir en una noche lluviosa a recoger flores.

—Con mi madre funcionaba siempre. Hoy me la has recordado, cuando nos has echado la reprimenda a los cuatro. Por supuesto, ella nos habría levantado por el cuello de la camisa y después nos habría dado una conferencia. Supongo que en aquella época éramos más pequeños.

Incapaz de resistirse, Rebecca se llevó las flores empapadas a la nariz.

—Debió ser una mujer notable.

—Era la mejor. Ya no las hacen corno ella. Mi padre y ella eran increíbles, los dos. Siempre sabíamos que teníamos a alguien dispuesto a darnos una patada o echarnos una mano, según lo que necesitáramos más en cada momento —le pasó un dedo por la mejilla—. Supongo que por eso es por lo que no soy capaz de entender la soledad.

—Las familias numerosas no son siempre las más protectoras. Depende mucho de cómo sea la gente —se levantó—. Será mejor que las ponga en agua.

Shane se dio cuenta de que Rebecca no iba a decírselo. No iba a hablar de su familia si no la presionaba.

—Rebecca...

—¿Por qué te has peleado con tus hermanos?

Lo interrumpió rápidamente, como si presintiera lo que le iba a preguntar.

—Por nada.

Se encogió de hombros ante la mirada de incredulidad de Rebecca, pero decidió que si quería que ella fuera sincera, él también tendría que decirle la verdad.

—Por ti —le confesó.

—¿Por mí? No digas tonterías.

—No ha sido nada serio. Rafe me ha dicho una cosa que me ha molestado —se inclinó para sacar un antiguo florero de un armario bajo—. Creen que me estoy

aprovechando de ti.

—Ya veo —mintió.

Tomó el jarrón, lo llenó de agua y empezó a disponer las flores cuidadosamente, pensativa. —¿Les has contado lo nuestro? —le preguntó de repente.

Shane supuso lo que estaba imaginando. Charlas cómplices con guiños y codazos.

—No ha hecho falta. Lo sabían. Te aseguro que no me dedico a cotillear por ahí lo que hago contigo.

Se dio cuenta de que tal vez lo habría hecho si se tratara de otra mujer. Frunció el ceño y se sirvió un café que no le apetecía, por mantenerse ocupado.

No se dedicaba a alardear de sus relaciones con las mujeres, pero estando con sus hermanos habría sido muy probable que dejara escapar algún comentario sobre su nuevo interés. Sin embargo, se había guardado para sí lo que sentía por Rebecca.

Y no le habría importado en lo más mínimo que Rafe u otro de sus hermanos le tomara el pelo o intentara hacerle ver lo que opinaba de que se estuviera acostando con alguna mujer. Pero con Rebecca le molestaba. Le había dolido, y lo había puesto furioso.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró. —Creía que era café.

—¿Qué? —miró la taza, aturdido—. Ah, sí es café. No me refería a eso. Estaba pensando... No es que sea nada importante. Es sólo que somos así. Nos peleamos —sonrió débilmente—. No sé si ocurre con los demás hermanos, pero en nosotros es normal. De pequeños, éramos mucho más salvajes. Creo que nos estamos ablandando.

—Bueno —llevó las flores a la mesa y las dejó en el centro—. Nunca se habían peleado por mí, y mucho menos cuatro hombres grandes y fuertes. Supongo que debería sentirme halagada. —Siento algo por ti.

Lo dijo sin pensarlo, como si las palabras hubieran salido de su boca por sí solas. Asustado, Shane se bebió todo el café de un trago.

—Supongo —prosiguió— que no me hizo gracia la idea de que pensarán que te había presionado para llevarte a la cama.

Algo se encendió en el interior de Rebecca. Un calor que sabía que era muy peligroso. Una llama de amor. Procuró que su voz sonara despreocupada.

—Los dos sabemos que no ha sido así. —Bueno, la verdad es que te deseaba y me propuse conquistarte a toda costa.

—Sí, y yo me resistí muchísimo, ¿verdad? —La verdad es que no —fue incapaz de devolverle la sonrisa—. He estado con muchas mujeres.

—¿Te estás vanagloriando? —No, es que...

Se detuvo. Rebecca lo miraba divertida. En sus ojos había comprensión y otra cosa con la que no sabía qué hacer.

—Supongo que lo que intento decir —continuó— es que para mí es muy importante que estés segura de lo que haces. Si quieres modificar la situación, o tomarte cierto tiempo para pensar...

Rebecca sintió una punzada de temor. El miedo hacía temblar la voz, y quería que la suya permaneciera firme.

—¿Es eso lo que quieres?

Shane negó con la cabeza lentamente, sin dejar de mirarla.

—No. Todo lo contrario. Últimamente no soy capaz de desear nada que no seas tú. Con sólo mirarte se me hace la boca agua.

El calor volvió y se extendió. Rebecca cruzó la cocina y levantó los brazos para entrelazarlos detrás de su cuello.

—Entonces, ¿por qué no haces algo más, aparte de mirar?

Capítulo 10

Había muchos lugares para hablar con los fantasmas. Una mente abierta no necesitaba la oscuridad de la noche, ni el viento susurrante ni la niebla. Aquel día era soleado y cálido. Los árboles empezaban a mostrar los primeros colores del otoño, recortados contra un cielo que parecía pintado en un lienzo.

Podía oír el canto de los pájaros y oler la hierba, recién segada. Más allá estaban los campos, llenos de mazorkas que se iban secando, y como un milagro, había un ciervo solitario en el borde del bosque, olfateando el aire.

Rebecca había ido sola al campo de batalla, muy temprano. Se quedó allí un rato, cerca de la vaguada conocida como «Camino sangriento». Conocía la batalla, cada carga y cada retirada, y sabía cómo debió ser aquel escenario, qué aspecto debía presentar la hondonada, ahora inofensiva, cuando estaba llena de cadáveres.

Al final había una torre, construida mucho después del final de la guerra. Había subido en otra ocasión, y sabía que el paisaje que se divisaba era precioso. Desde allí podría ver el hotel, el bosque y parte del terreno de Shane.

Pero no la atraía tanto como aquel lugar. Allí, en la tierra, no había ninguna distancia entre los vivos y los muertos.

Se sentó en la hierba, consciente de que sólo sentiría tristeza, una conexión intelectual con el pasado. Por muy cargada de recuerdos y emociones que estuviera la tierra, sólo era una historiadora.

Los fantasmas no hablaban con ella allí. Era la granja la que guardaba la clave. La granja que encantaba no sólo sus sueños, sino también sus horas de vigilia. No entendía cuál era la conexión allí, el vínculo emocional. Un vínculo tan fuerte que la había atraído durante años, haciendo que recorriera miles de kilómetros.

Era algo que no sabía.

Sólo sabía que estaba enamorada.

Alzó la cabeza hacia la brisa y dejó que le recorriera el pelo con los dedos, como Shane hacía a menudo. No entendía cómo podía sentirse satisfecha y, sin embargo, tan inquieta. Había muchas preguntas sin respuesta, muchos sentimientos sin resolver. Se preguntó si el amor sería siempre así.

Tal vez fuera aún tan pasiva, estuviera tan necesitada de los demás, que pudiera adaptarse fácilmente a lo que Shane le ofreciera. O tal vez estuviera aún tan necesitada, tan sedienta de cariño, que quisiera más cuando tenía bastante.

En cualquiera de los casos, aquello demostraba que una parte de ella, fuertemente arraigada, no había cambiado. Era posible que no cambiara nunca.

Shane la quería y la deseaba. Se sentía patéticamente agradecida. Estaba segura de que él se llevaría un susto de muerte si lo supiera. Se lo guardaría para sí, igual que se había guardado para sí el enorme amor que sentía hacia él.

Estaba muy acostumbrada a coartar y ocultar sus emociones.

El sentido común le decía que estaba siendo demasiado ávida. Quería para sí todo el amor, toda la pasión y toda la duración que habían vivido en aquella casa. Quería la estabilidad, la constancia y la aceptación.

Era una nómada. Siempre lo había sido.

Pero en aquella ocasión, no se iría con las manos vacías, y aquella idea la tranquilizaba. No se trataría de impartir y recibir conocimientos; había emociones. Más emociones de las que había dado o recibido nunca. Era algo que merecía ser celebrado.

Aquello debería ser suficiente para cualquier persona.

Se quedó mirando los campos, la ladera de la colina, la estrecha trinchera. Se respiraba una paz inmensa, y la belleza del lugar era impresionante. Había estudiado bastante historia para conocer las estrategias de la guerra, y los motivos sociales, políticos y personales que encerraba. También sabía lo suficiente para entender lo atractiva que resultaba a algunas personas.

La música, el repicar de los tambores, los estandartes y el ruido de las armas.

Podía imaginar la carga. Los hombres correrían como locos entre el humo de los cañones, con los ojos enrojecidos. Su corazón latiría a toda velocidad, presa del pánico. A fin de cuentas, eran personas. Miedo, gloria, esperanza y algo de locura.

El primer encuentro de las bayonetas. El sol se habría reflejado sobre el acero. La multitud esperaría, paciente, a que cesara el fuego de los morteros.

Tanto los norteños como los sudistas corrían hacia la muerte. Se preguntó cómo se sentirían los generales en los caballos, jugando al ajedrez con vidas humanas. Qué pensarían al ver aquella carnicería. Los cuerpos apilados, el azul y el gris irreconocibles por las manchas de sangre. Los gritos de los heridos, los estertores de los moribundos.

Volvió a suspirar. La guerra era siempre una pérdida, independientemente de quién ganara. Siempre habría un John y una Sarah, el símbolo de los padres que lloraban la muerte de un hijo. La guerra robaba algo muy valioso a la gente. Destrozaba familias y arrancaba trozos a los corazones, provocándoles heridas que nunca llegaban a curar por completo.

De modo que se erigían monumentos a las guerras y a los hijos muertos, para no olvidar. John y Sarah no olvidaron nunca. Y el amor resistió.

Sonrió mientras se levantaba. La hierba era verde, y el aire estaba en calma. Decidió que el mundo necesitaba los lugares como aquél para recordar lo que tenía.

Se fue a casa a escribir.

Rebecca se dio cuenta de que casi había llegado la hora de ordeñar a las vacas por la tarde, y se rió de sí misma. Le hacía gracia haber empezado a dividir el día con arreglo a las tareas de la granja. Sacudió la cabeza y escribió la siguiente frase.

Se preguntó por qué había pasado toda su vida escribiendo cosas técnicas. Aquel flujo de emociones, pensamientos e imaginación resultaba muy liberador. Se propuso intentar escribir una novela algún día.

Rió ante el pensamiento. Mucha gente consideraría el tema que había elegido, el de lo sobrenatural, pura ficción.

Cuando sonó el teléfono, dejó que la siguiente idea diera vueltas en su cabeza mientras se levantaba para contestar. Distraída, asió la cafetera y el auricular a la vez.

—¿Diga?

—¿Puedo hablar con la doctora Rebecca Knight, por favor?

Se puso tensa, pero se obligó a tranquilizarse. No tenía por qué sorprenderse, y mucho menos enfadarse, por el hecho de que su interlocutora no hubiera reconocido su voz.

—Hola, madre. Soy yo.

—¡Rebecca! No sabes lo que me ha costado localizarte. Creía que estabas en Nueva York. —Pues ya ves que no —oyó que se abría la puerta y sonrió a Shane, algo tensa—. Estoy pasando una temporada en Maryland.

—¿Estás dando una rueda de conferencias? No me había enterado.

—No, no estoy dando ninguna conferencia —imaginaba a su madre tomando notas en la agenda—. Estoy investigando.

—¿En Maryland? ¿Sobre qué? —Sobre la batalla de Antietam.

—Ah. Yo creo que ese tema está suficientemente investigado, ¿no crees?

—Lo estoy enfocando desde un punto de vista distinto —se apartó para que Shane llegara a la cafetera, pero no lo miró—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—En realidad, hay algo que yo puedo hacer por ti. ¿Dónde demonios te alojas? No sé cómo se te ha ocurrido marcharte sin dejar dicho dónde ibas a estar. Necesito un número de fax.

—Estoy en casa de unos amigos —se volvió, evitando la mirada de Shane—. No tienen fax. —Pero tendrás acceso a alguno. No estás en la edad de piedra.

Se atrevió a mirar a su amante. Olía a tierra, y estaba bastante embarrado.

—No exactamente —dijo con sequedad—. Intentaré averiguar si alguien tiene fax y te llamaré. ¿Estás en Connecticut?

—Tu padre sí. Yo estoy en Atlanta, en un se—minario. Puedes encontrarme en el Ritz.

—De acuerdo. ¿Puedo preguntarte a qué se debe la llamada?

—Es una oportunidad excepcional. El catedrático jefe del departamento de historia de mi universidad se retira al final de este semestre. Con tus credenciales y mis conexiones, no creo que te cueste nada conseguir ese puesto. Sería algo increíble, a tu edad. Con veinticuatro años, seguro que serías la jefa de departamento más joven que haya habido nunca.

—Cumplí veinticinco años en marzo, madre. —De todas formas, seguirías siendo la más jo—ven.

—Sí, estoy segura, pero no me interesa. —No seas ridícula, Rebecca.

Cerró los ojos durante un momento. Aquel tono, aquella voz de rechazo rápido, la había obligado a avanzar por el camino elegido durante toda su vida. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerse firme.

—Me temo que no tengo más remedio —se preguntó de dónde había sacado aquella voz fría y sarcástica—. No quiero dedicarme a la enseñanza, madre.

—Sabes de sobra que con ese puesto la enseñanza es lo de menos. El cargo en sí...

—No quiero ser decana de historia, ni nada parecido, en ningún sitio —se interrumpió rápidamente al sentir un nudo en el estómago—. Pero gracias por pensar en mí.

—No me gusta nada tu actitud, Rebecca. Tienes la obligación moral de explotar tus dotes, y aprovechar las oportunidades que te hemos brindado tu padre y yo. Un avance de esta categoría haría que tu trayectoria profesional...

—La trayectoria profesional ¿de quién? Su madre dejó escapar un largo suspiro. —Veo que estás de un humor de perros, y parece que sigues siendo tan desagradecida como siempre. Pero tengo la esperanza de que recuperes el sentido común. Dame tu número de fax en cuanto puedas. Ahora mismo estoy muy ocupada, pero espero tener noticias tuyas mañana por la mañana. Adiós.

—Adiós, madre.

Colgó el teléfono y sonrió a Shane con alegría. Con demasiada alegría. Seguía teniendo un nudo en el estómago.

—Bueno, ¿has llevado a las vacas a la cama? —Siéntate, Rebecca.

—Estoy muerta de hambre —se apartó aterrorizada por la posibilidad de desplomarse si Shane la tocaba—. Creo que aún queda un poco de la tarta de chocolate que trajo una de las chicas de tu harén.

—Rebecca.

Hablaba con calma, y la miraba preocupado. Se dio cuenta de que ella se apretaba el estómago con la mano, como si le doliera.

—Creo que deberías sentarte —le dijo.

—Voy a preparar otro café. Ya he aprendido a usar la cafetera.

Empezó a desenroscar las piezas, pero Shane dio un paso al frente y la tomó con suavidad por los hombros. Rebecca dio un salto.

—Así que eres de Connecticut.

Rebecca dudó y después, se encogió de hombros, debajo de sus manos.

—Mis padres viven ahí. —¿Fue ahí donde te criaste?

—No exactamente. Vivía en Connecticut cuando no estaba estudiando. No creo que quieras beberte eso —añadió, señalando la cafetera—. Lo prepararé hace horas. Voy a hacer un café nuevo.

—¿Qué ha dicho tu madre para que te enfades tanto?

—Nada. No es nada —pero Shane no la soltaba, y seguía mirándola con paciencia y preocupación—. Quiere que solicite un puesto en su universidad. Es un cargo de

mucho prestigio, pero no me interesa. Tenemos opiniones distintas, y mi madre no está acostumbrada a que no acate sus decisiones sin pestañear.

Shane pensó que era bastante sencillo, o al menos debería serlo. Pero la reacción de Rebecca no había sido sencilla en absoluto.

—Así que le has dicho que no.

—La verdad es que no tiene tanta importancia. Nunca la tuvo, en las raras ocasiones en que tuve el valor suficiente para negarme a algo. Supongo que mi padre llamará dentro de poco, para recordarme mis obligaciones y mis responsabilidades.

—¿A qué estás obligada?

—A ellos, a la educación, a la posteridad. Tengo la responsabilidad de usar mi talento y cosechar las recompensas. A otros les da por inscribir a sus hijas en concursos de belleza. Vamos a olvidarlo.

Shane dejó que se apartara, porque parecía necesitarlo. Midió el café con mano firme, pero cuando llenaba la cafetera de agua vio que estaba muy blanca.

De repente, con un estremecimiento, lo dejó todo.

—No me puedo creer que esté haciendo esto. Así es como me salen las úlceras.

—¿De qué demonios hablas?

—Úlceras, jaquecas, insomnio y una depresión patológica. ¿No estudié psiquiatría por eso? Shane se dio cuenta de que no estaba hablando con él, de modo que no dijo nada. Pero su interior empezaba a arder.,

—No es bueno interiorizarlo todo y reprimir los traumas —prosiguió Rebecca—. Eso lo sé. Se acaban sufriendo trastornos psicósomáticos, como el dolor de estómago. Siempre es mucho más fácil analizar a otra persona. Las cosas no se ven con tanta claridad cuando se trata de uno mismo.

Guardó silencio durante un rato, mientras Shane le acariciaba el pelo.

—Esta vez no voy a permitir que me dirijan —dijo de repente con decisión—. No voy a permitir que presionen y presionen hasta hacerme ceder. Que se vayan al infierno. Que se vayan al infierno todos. Lo único que han hecho por mí es convertirme en una neurótica, en un bicho raro que nunca se ha sentido a gusto —se volvió hacia él, lívida—. ¿Puedes imaginar lo que es tener cuatro años y tener que leer a Dante en italiano para discutir después sobre su estilo? ¿Es—tar sentado a la mesa, en la cena, y tener que charlar sobre física o sobre el Renacimiento? En francés, naturalmente.

—No —dijo con calma—. ¿Por qué no me explicas cómo es?

—Es horrible. Horrible. No imaginas cómo era que mis padres me considerasen una cosa, un éxito de la eugenesia. Lo odiaba, pero no tenía elección. Era una niña, y hacía lo que esperaban de mí. Después me acostumbré y seguí haciéndolo, aunque ya no era una niña. Un día me miré al espejo y vi algo tan patético que hacía daño a la vista. Y me pregunté por qué no poner fin a eso.

La cólera de Shane se transformó en horror. —Rebecca...

Ella sacudió la cabeza, impaciente.

—Tal vez fantaseaba sobre eso, incluso llegué a obsesionarme. Y era inteligente, era tan endiabladamente inteligente que encontré la forma más eficaz, la forma menos

dolorosa, de conseguirlo. Y por supuesto, la más limpia.

Shane no dijo nada. Estaba demasiado impresionado. Sentía un frío intenso que le atravesaba los huesos. Aquella mujer que tenía delante, aquella mujer tan bella y encantadora, había pensado en poner fin a su vida.

Rebecca se frotó la frente, intentando aliviar su dolor de cabeza.

—Pero estaba demasiado bien programada —continuó— para tolerar un desperdicio de esa magnitud. Me asustaba darme cuenta de que podía hacerlo, así que como siempre fui una persona muy práctica, decidí estudiar la conducta humana. Psiquiatría. Una solución mucho más productiva.

—¿Qué edad tenías? —acertó a decir Shane, aunque tuvo que exhalar el aire antes de poder seguir—. ¿Qué edad tenías cuando...?

—¿Cuando consideré la posibilidad de suicidarme? —preguntó con calma—. Doce. Una edad muy peligrosa, con todo ese cambio hormonal. Tuve que recordarme una y otra vez que la vida, por horrible que fuera, era todo lo que tenía, y tenía que seguir con ella. Resulta más fácil seguir adelante bloqueándose, encerrándose detrás de los libros, las teorías, las recomendaciones y los títulos. Hasta que me di cuenta de que era otra clase de suicidio —respiró de forma entrecortada—. Estoy cansada. Me cansan terriblemente.

Úlceras, un ataque de nervios. Y nada menos que el suicidio. No entendía cómo podían haberle hecho algo así. Todos ellos. Todas las personas que habían pasado por alto su corazón para centrarse en su mente. Deseaba con todas sus fuerzas volver atrás en el tiempo y encontrar a aquella niña para darle todo lo que necesitaba y merecía.

Pero sólo había alcanzado a conocer a la mujer. Se acercó a ella con suavidad, a pesar de la tormenta que se desencadenaba en su interior.

Sabía que necesitaba su tranquilidad, y no su furia.

—Ven. Apóyate un rato en mí. —Estoy bien.

—Nada de eso. Pero te pondrás bien —él se encargaría de conseguirlo—. Abrázame, cariño. Rebecca obedeció, y resultó muy fácil.

—No es que mi madre me haya dicho nada terrible, en realidad. Hace más de un año que no nos vemos. No creo que mi padre o ella fueran capaces de reconocerme si nos cruzáramos por la calle. El cambio los sorprendería.

Shane le acarició la mejilla. Parecía muy frágil. No entendía por qué no se había dado cuenta antes. Se preguntaba adónde habría mirado para no ver aquel aspecto triste y vulnerable de Rebecca.

—No importa lo que ellos piensen. Lo único que importa es lo que quieras tú.

—No se puede tener todo lo que se quiere. Antes quería ganarme su afecto. Habría hecho cualquier cosa con tal de que me dijeran que me querían. ¿Sabes el problema de tener tan buena memoria? No se pueden olvidar las cosas, ni siquiera si se intenta. Recuerdo cuando me mandaron por primera vez a un internado. Yo estaba aterrorizada. Me sentía muy sola e infeliz. Me metieron en un avión; ni siquiera me acompañaron. Tenía seis años.

—Dios mío, cuánto lo siento.

—Se dieron cuenta de que tenía la mente de una persona adulta, pero no de que seguía siendo una niña. Pero ya estoy creciendo. Me enfrentaré mejor a los problemas.

—Creo que lo haces muy bien.

—No muy bien, sino mejor —se echó hacia atrás un poco—. Lo siento. Si hubieras llegado una hora más tarde, ya lo habría superado.

—Quiero que me digas lo que sientes —bajó la cabeza muy lentamente para besarla en los labios—. Quiero saber quién eres, y cómo has llegado a ser así. No he conseguido explicármelo, Rebecca. Eres como un rompecabezas, con muchas piezas que nunca parecen encajar. Ahora empiezan a cobrar forma. ¿Me puedes hacer un favor?

—¿Qué quieres?

—No le devuelvas la llamada. Que se aguante. Rebecca sonrió un poco.

—Es una falta de consideración. —Sí, ¿y qué?

—Volverá a llamar. Mi padre llamará —para demostrarlo, sonó el teléfono—. Ahí los tienes. Shane la sujetó con más fuerza antes de que pudiera moverse. Nada iba a alterarla de nuevo mientras él pudiera protegerla.

—Yo no oigo nada. El teléfono.

—No tenemos teléfono —la besó para tranquilizarla, y para tranquilizarse—. Y aunque lo tuviéramos, no estamos en casa, de todas formas. —¿Dónde estamos?

Se agachó para tomarla en sus brazos. —Donde quieras estar —la sacó de la cocina, mientras el teléfono seguía sonando—. Siempre que tardemos mucho tiempo en llegar.

Cuando llegó al dormitorio, la dejó en el suelo. El teléfono había dejado de sonar. Lo descolgó y metió el auricular en un cajón, para no oír el pitido.

—Con esto servirá.

—Ni siquiera tienes contestador automático. Se van a volver locos.

—Muy bien.

Le habría gustado tener ocasión de hablar personalmente con los padres de Rebecca, pero aquello podía esperar. Por el momento sólo tenía una prioridad, que consistía en borrar la preocupación de los ojos de Rebecca.

—Bueno —dijo con voz firme—. ¿Adónde quieres ir?

Rebecca sacudió la cabeza, divertida.

—Creía que ya habíamos llegado.

—Éste es sólo el punto de partida —pasó un dedo por el chaleco que llevaba—. ¿Una isla tropical? ¿Una casa perdida en mitad de la montaña? Podemos estar aislados por la nieve. Un castillo, tal vez —le rozó el ceño con los labios—. Finjamos.

—Las fantasías son a menudo... Los labios de Shane la callaron.

—Finjamos. Una playa vacía, con arena blanca y palmeras. ¿Hueles las flores? —le cerró los labios a besos—. ¿Oyes las olas? Vamos. Me encanta el brillo de tu piel a la luz de la luna —le abrió el chaleco y le desabrochó la camisa muy lentamente—. La luna ilumina el agua. Te ilumina a ti. Eres preciosa. Ven conmigo.

—Donde quieras —murmuró, dejándose llevar. —Estamos nosotros dos solos —se

quitó la camisa sin romper el contacto con su boca, sus mejillas, el lóbulo de su oreja—, y no tenemos nada que hacer, salvo hacer el amor. Quiero hacer el amor contigo, Rebecca. Sólo contigo. Día y noche.

Las palabras de Shane la seducían. Rebecca sabía que las palabras tenían mucho poder, y aquéllas la cautivaban. Ahora podía tocar su piel, maravillosamente suave y cálida. Su corazón latía lentamente contra el suyo. Casi podía oír las olas, que chocaban contra la arena.

—En la playa —dijo con voz soñadora, deján—dose llevar por las manos de Shane—. Las olas nos mojan al romper, y luego se retiran.

—Es verdad. Tienes la piel húmeda y fría. Resbaladiza —dijo mientras seguía desnudándola y desnudándose—. Y sabe a sal —la bajó a la cama—. Tienes estrellas reflejadas en los ojos. Brillo plateado en el iris dorado. Podemos quedarnos aquí todo el tiempo que te apetezca. Todo el tiempo que quieras.

Bajó lentamente la boca para besarla con delicadeza. Los labios de Rebecca se suavizaron con un suspiro, mientras su cuerpo cedía. Sabía que ahora estaba con él, y quería demostrarle lo que significaba ser importante para alguien.

La acarició con infinita ternura. Cada movimiento era fluido y paciente. Lleno de amor. Se tomó todo el tiempo del mundo en las partes en las que sabía que le gustaba más que la besara, en silencio, hundiéndose un poco más con cada caricia en la fantasía que había creado para ella. Podía ver las estrellas reflejadas en sus ojos, a pesar de que los últimos rayos del sol entraban por la ventana.

Rebecca estaba flotando. Las manos de Shane parecían tan suaves que era como si la recorriera el agua.

Soñó que estaban sobre la arena, húmeda y suave. El viento que golpeaba las ventanas era el murmullo musical de las olas. La luz tenue parecía proceder de la luna llena. La rodeaba el perfume exótico de las flores de la isla, el mar infinito, el romántico canto de los pájaros tropicales.

Y su amante estaba allí, con ella. —¿Dónde estás, Rebecca? —Contigo.

—Quédate conmigo.

Lo rodeó con los brazos, como si nada pudiera separarlos.

Shane la amó durante una eternidad, lentamente, dejando que los llevara la corriente. Cuando Rebecca alcanzó el éxtasis, él estaba allí, dispuesto a alcanzarla, a empezar el viaje de nuevo. Saber que estaba perdida en él, en ellos, era la sensación más excitante que había experimentado en toda su vida. Cada suspiro, cada gemido, cada jadeo recorría todo su cuerpo.

Susurrando su nombre, se apretó contra ella hasta que tuvo que acelerar la marcha para no volverse loco. Cuando Rebecca se arqueó, encontró sus senos y los acarició con la lengua.

Cuando Rebecca gritó su nombre fue como música, con un ritmo que le quemaba la sangre.

Le había demostrado que era importante para él. Ahora le demostraría que la deseaba.

Todo lo que ella podía pensar era que se avecinaba la tormenta.

Ahora se había desencadenado. Soplaban el viento, y las olas la golpeaban, amenazando con arrastrarla a la oscuridad. Se dejaría llevar de buen grado mientras pudiera seguir con él. Lo abrazó fuertemente, besándolo con avidez, apretándose contra su cuerpo. Hundió las manos en su pelo y las llenó mientras él la besaba apasionadamente.

Se estaba ahogando, y era una sensación maravillosa. Oyó vagamente su voz, que le pedía más.

La luz de la luna había desaparecido. Ahora estaba sólo el resplandor de los relámpagos, el rugido de los truenos. Shane seguía junto a ella, destrozándole los nervios. Podía sentir los músculos de sus brazos, que se tensaban con cada movimiento. Estaba debajo de ella.

—Mírame —le dijo en voz baja, ronca, mientras hundía los dedos en sus caderas—. Mírame. Quiero verte los ojos.

Rebecca abrió los ojos y vio el rostro de Shane. Estaba tenso, precioso.

—Ven dentro de mí. Ahora mismo, por favor, Shane. Te necesito.

—¿Quién eres? —Soy tuya.

Dejó escapar un gemido cuando por fin la penetró.

No podía respirar; estaba segura de que se le había parado el corazón. Su cuerpo se doblaba como un arco tensado. Pasó las manos por su propio cuerpo, desde el abdomen hasta los senos, y después las subió al pelo, donde las unió como si quisiera sujetarse.

Shane no había visto nunca nada más bello, más excitante, que Rebecca perdida en el placer. Miró cómo caía su cabeza hacia atrás; vio la intensidad del clímax que la poseyó. Para saborear el momento se mantuvo quieto, dejando que Rebecca absorbiera cada instante del primer asalto de sensaciones.

Entonces empezó a balancearse, y él le siguió el ritmo. Cada vez más deprisa, hasta que la velocidad era lo único que importaba. Cuando no pudo esperar más la abrazó fuertemente, arrastrándola.

Cuando su mente se despejó un poco, se dio cuenta de que el sol se había puesto, y la habitación estaba en penumbra. Nunca se había sentido tan satisfecho.

Esperó hasta que Rebecca se quedó inmóvil, tendida sobre él, recuperando poco a poco el aliento.

—¿Adónde quieres ir ahora?

Rebecca empezó a reír, tímidamente al principio y después a carcajadas, como más le gustaba a Shane.

—¿Por qué no probamos la casa perdida de la montaña? No estaría mal tener un poco de nieve, por variar.

—Buena idea. Después de cenar podemos... —¿Cómo que después de cenar?

Con una mirada traviesa, Rebecca empezó a besarle el torso.

—Escucha, cariño... —se detuvo en seco cuando Rebecca empezó a mordisquear su pezón—. Si pudieras darme unos minutos para...

Rebecca bajó la mano más, mucho más. —Tienes que hacer honor a tu reputación —murmuró, decidiendo que le gustaba la idea de seducir a un hombre agotado—. He oído por ahí que eres... digamos insaciable.

—Bueno, la gente exagera. Un poco.

Diez minutos, pensó. Cinco, corrigió al ver el cuerpo desnudo de Rebecca sobre el suyo. Sólo necesitaba cinco minutos para recuperarse.

—Escucha —dijo desesperado—. ¿Por qué no...? Vaya, cada vez se te da mejor.

Rebecca lo miró divertida.

—Ya te dije que aprendo deprisa.

—Y que lo digas. En cualquier caso, ¿por qué no nos duchamos, o echamos una siesta? No creo que sirva para mucho en este momento.

Respiró profundamente cuando Rebecca bajó con la boca. Se preguntó si se le habrían quedado los ojos en blanco.

—Aunque es posible que resulte que puedo. —Creo que podemos contar con ello.

Se ducharon bastante después. Rebecca contempló a Shane, que metía la cabeza debajo del chorro, y gruñó como muestra de aprecio. Lo abrazó fuertemente por detrás y lo besó en la espalda mojada.

—Pero bueno, ¿por quién me has tomado? —le preguntó Shane.

—Tranquilo —rió y le llevó las manos al pelo—. Era para darte las gracias.

—Ah —se echó un chorro de champú en la mano y empezó a frotarle la cabeza—. ¿Por qué? Rebecca parpadeó cuando la espuma empezó a caerle por la cara.

—Debías estar cansado y muerto de hambre cuando llegaste. Pero querías hacer que me sintiera mejor.

—Sí, ha sido muy duro para mí —bromeó—. No sé cómo he podido conseguirlo.

Divertido, le echó un chorro de agua a la cara.

—Lo digo en serio —protestó Rebecca, intentando abrir los ojos—. Ha sido maravilloso. Nunca lo olvidaré.

—Eso dicen todas —sonrió al ver la expresión de Rebecca—. Era una broma.

—Por supuesto, sabrás que casi todos los accidentes que ocurren en las casas son por culpa de la bañera.

—Ya lo había oído. Será mejor que vigiles dónde pisas.

—Será mejor que lo vigiles tú.

Shane puso las manos en los azulejos, encerrándola.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor aquí? Seguro que sí. Nunca te olvidas de nada.

Rebecca levantó las cejas.

—Esa táctica de disuasión no te va a servir de nada.

—Podría servirme si quisiera —se inclinó para besarla—. Pero si no como algo, me desmayaré. —¿Quieres que te prepare una sopa?

Shane la miró atemorizado. —¿Es necesario?

Rebecca abrió la mampara y salió de la ducha.

—Muy bien, pues cocina tú.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de una cosa —apagó el grifo y tomó una toalla—. Aprendes las cosas en un momento. Haces un millón de preguntas, lo procesas todo y lo archivas. Estoy seguro de que podrías levantarte por la mañana y ordeñar a las vacas sin pestañear.

—No me des ideas —le advirtió mientras se ponía el albornoz.

—Te he visto resolver un crucigrama en algo menos de dos minutos. El día que fuimos al mercado sacaste el dinero antes de que la cajera hubiera sumado el total. Por supuesto, era el importe exacto.

Rebecca se encogió de hombros y empezó a cepillarse el pelo.

—Se me dan bien los trucos de salón. —Probablemente podrías construir un reactor nuclear en el salón si te lo propusieras. Pero eres completamente incapaz de freír un huevo —se envolvió las caderas en la toalla sin dejar de mirarla—. O mejor dicho, no te interesa en absoluto freír un huevo, así que no te tomes la molestia de intentar averiguar cómo se hace.

Rebecca se volvió para mirarlo.

—De acuerdo, has dado en el blanco. ¿Adónde quieres llegar?

—Yo cocinaré y tú construirás los reactores nucleares.

Rebecca sonrió, pero Shane pudo ver una sombra en sus ojos. Tomó su rostro entre las manos con paciencia.

—Tu cerebro es sólo una de las cosas atractivas que tienes. Me gusta mirarte cuando piensas casi tanto como cuando no puedes pensar. No importa lo que haya ocurrido antes, cómo has llegado a ser como eres. Porque eres como eres. Rebecca dejó escapar un suspiro.

—Es duro dejar de desear poder ser una persona normal.

—Eres una persona completamente normal. Eso no significa que no puedas ser muy especial.

Rebecca pensó que aquello era muy sencillo. Y muy sensato. Y muy propio de Shane. Se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. —Gracias.

—De nada. Ha sido un placer.

—De acuerdo, vamos a bajar. Puedes darme mi primera lección de cocina.

Capítulo 11

Te agradezco que me dediques un rato, Savannah.

Savannah estiró sus largas piernas y miró la grabadora que Rebecca había dejado sobre la mesa.

—No hay problema. Tengo tiempo de sobra. Rebecca miró a su alrededor. La cabaña era bastante soleada. Layla se encontraba jugando sobre la alfombra con un camión de plástico. —Una mujer con un hijo tan activo y dos criaturas en pañales no debe tener mucho tiempo libre.

—Bueno, digamos que resulta algo estresante declarar, mirando a la niña.

—¿Cómo te las arreglas? Con tres niños, tu trabajo, tu casa, tu vida...

—El primer truco es que te guste. Y me gusta. Además, los hombres me ayudan

bastante. —Tienes una familia preciosa. En fin, deja que te explique lo que deseo. Estoy escribiendo un libro y estoy bastante interesada en las leyendas de esta zona y en cualquier experiencia personal al respecto.

—Historias de fantasmas.

—En cierto modo. Me refería a la conexión MacKade, ya sabes, a Regan y a Rafe. Compartieron experiencias extraordinarias. Podría decirse que una fuerza extraña los empujó a unirse. El hotel también desempeñó un papel importante en las vidas de Cassie y de Devin, y en su relación. Los he entrevistado a todos por separado, y todos han corroborado las experiencias de los demás.

—Ya veo. Y tú quieres que te cuente mi experiencia.

—Sí. Esta mañana entrevisté a Jared en su despacho. Por cierto, quería decirte que me gustan mucho tus cuadros. Sobre todo, el del bosque.

—Gracias. Digamos que ese bosque es nuestro bosque. Si quieres utilizar la palabra «conexión», tal vez resulte adecuada —declaró, entrecerrando los ojos—. El hotel tiene mucho poder. Tanto Regan y Rafe, como Cassie y Devin, consiguieron eliminar la tremenda tristeza que lo habitaba. Fue un lugar muy triste durante mucho tiempo. Pero Regan me dijo que habías conseguido cierta información sobre el cabo confederado.

—Sobre Franklin Gray, es cierto.

—Dijiste que Abigail lo había identificado y que había conseguido enviarlo a casa con su familia. Fue muy valiente. Y encantador por su parte.

—Abigail tenía hijos. Supongo que imaginó lo que debía sentir la madre del chico, al no saber nada sobre su paradero. En cuanto al otro soldado... sólo sabemos que luchó para la Unión y que también era cabo. Al menos, es la información que conocen los MacKade.

—Lo que hicieron por aquel chico herido fue algo maravilloso —comentó Savannah—, pero necesitas encontrarlo, ¿verdad? Supongo que quieres averiguar su nombre y ver su tumba.

—Supongo que sí. Los mataron hace tanto tiempo... y sin embargo, es como si la historia no hubiera terminado. Lucharon entre ellos y murieron. Eran dos jóvenes que nunca tuvieron la oportunidad de vivir. Pero sus muertes afecta—ron a muchas otras personas, y al parecer, siguen afectándolas. ¿No es eso parte de lo que sientes en el bosque, Savannah?

—¿Cuáles son para ti las emociones más fuertes?

—El amor y el odio. Todo lo demás es mínimo en comparación.

—En efecto —sonrió Savannah, satisfecha—. Pues eso es lo que siento en el bosque. Amor, supongo que por Jared y por su casa. Y odio, aunque más bien como miedo y violencia. No sé muy bien porqué nos sentimos atraídos hacia el lugar donde lucharon aquellos chicos, hace tanto tiempo. Tal vez por una necesidad de encontrar paz, o de suavizar el antiguo conflicto, ó de comprender.

—¿Y has conseguido esas cosas? Savannah arqueó una ceja.

—¿Te ha dicho Jared que la primera vez que hicimos el amor fue en ese bosque?

—No.

—Probablemente pensó que te colocaría en una posición incómoda —sonrió con calidez, de forma muy femenina—. La cabaña estaba vacía y teníamos una cama perfecta, pero fuimos al bosque. Era algo natural, no sé, estábamos conectados a él de algún modo.

Rebecca pensó en Shane y en el regalo que le había hecho.

—Lo comprendo.

—Me senté allí y oí el sonido de las hojas bajo las botas. Oí la respiración acelerada de los dos chicos asustados, el sonido de sus bayonetas, chocando. Los oí antes de conocer la historia. Rebecca entrecerró los ojos, con interés creciente.

—¿No conocías la historia de los dos cabos cuando viniste aquí?

—No. Jared me la contó más tarde, pero yo la sabía ya de forma intuitiva. Podía sentirlo. —¿Has considerado alguna vez que puedas ser médium?

Savannah rió.

—No más que los demás. Pero ahora debes perdonarme. Ha llegado la hora de la comida. Savannah se levantó y se dirigió hacia las escaleras.

Layla se acercó a Rebecca y le tendió su muñeca.

—Muñeca —dijo—. Muñeca.

—Es muy bonita —dijo Rebecca, besando a la muñeca antes de devolvérsela—. Casi tanto como tú.

Layla sonrió y abrazó con fuerza el juguete antes de dejarlo a un lado.

Savannah apareció al cabo de unos segundos con Miranda en sus brazos.

—¡Bebé! ¡Mi bebé! —exclamó Layla. Savannah se sentó y acarició el cabello de Layla mientras ésta contemplaba al bebé.

—Tiene hambre —explicó a Rebecca.

Rebecca la observó mientras daba de mamar al bebé. De inmediato, sintió cierta envidia. La asaltaron un montón de preguntas. Por ejemplo, qué se sentía al amamantar a un niño.

—¿Quieres que terminemos con esto más tarde?

—No, no.

—Regan parece una santa cuando cuida de los niños —declaró Rebecca—. Pero tú no. No te lo tomes como un insulto. Por hacer una comparación, serías como la Emperatriz de las cartas del Tarot. La carta de la fertilidad, del poder femenino.

—Supongo que puedo vivir con ello.

Rebecca respiró profundamente y continuó con sus preguntas. Cuando terminó, el bebé se había dormido de nuevo.

—Ahora seré yo quien pregunte —dijo Savannah, que se levantó para dejar al bebé en su cuna.

—Muy bien.

—¿Qué pretendes hacer con todo esto? Sé que estás escribiendo un libro, pero no sé si comprenderás todo lo que te he dicho. Todo lo que te hemos dicho.

—Quiero centrarme sobre la experiencia de las tres parejas y sobre la

influencia de las leyendas en vuestras vidas. La manera en que el pasado afecta al presente, e incluso al futuro, resulta intrigante y romántica. Seis personas que se han convertido en tres familias, que esencialmente son una sola. A todos os afectaron acontecimientos sucedidos mucho tiempo antes de que nacierais. Se trata de algo muy interesante.

—Ya. Y supongo que le añadirás tus datos, las pruebas que has conseguido y tu propia teoría. —Exacto.

—¿Y qué hay de tu reputación? ¿Qué van a decir los catedráticos de esos institutos sobre el interés de la doctora Knight por los temas ocultos?

—Algunos dirán que es una pena que una joven científica haya perdido la cabeza. Otros... Bueno, hay excelentes y serios estudios sobre lo paranormal. Además, esto lo estoy haciendo por mí. No me importa lo que piensen.

Savannah tomó a Layla entre sus brazos. —¿Por qué no has hablado con Shane? —¿Cómo?

—Has dicho que nos has entrevistado a todos, y que vamos a aparecer en tu libro. Pero no has mencionado a Shane.

—No se siente cómodo con ello —se apresuró a explicar, mientras se guardaba la grabadora en el bolso—. Ha sido muy tolerante con lo que estoy haciendo, pero no parece gustarle. En cualquier caso, no encaja en este asunto. La conexión se da entre seis personas. Es decir, tres parejas.

Savannah asintió y se pasó la lengua por los dientes.

—Las matemáticas no son mi fuerte. Pero si no me equivoco, ocho personas darían cuatro parejas. ¿Qué hay de tu conexión? Tú, Shane, la granja...

—No tiene nada que ver.

—Te equivocas. Es evidente que estás enamorada de él.

—¿De verdad? —preguntó, relativamente tranquila—. Confundes la atracción con el afecto y con una relación física que... Maldita sea, ¿estás segura de que no eres adivina?

Savannah consideró muy divertido todo aquel asunto. Simpatizaba con cualquier mujer que se viera involucrada con un MacKade.

—Eres una mujer muy fría, Rebecca. No dejas ver tus sentimientos, pero, a pesar de todo, veo cosas. Soy artista, y por si fuera poco, no resulta demasiado difícil reconocer el amor cuando se ve.

Rebecca bajó la mirada.

—No sé si sentirme aliviada o preocupada. —Me caes bien. Y eso no es tan fácil, porque no todo el mundo me gusta. Soy bastante selectiva. De hecho, creo que me gustas mucho. Una profesional, una científica con tantos apellidos importantes... Yo saqué el bachillerato cuando estaba embarazada de Layla, y cuando Regan me habló de ti, pensé que tendrías una cabeza enorme y que llevarías gafas muy gordas.

Rebecca rió.

—Si me acusas de ser así, me encerraré en mi casa.

—De todas formas, me gustas. Eres la mujer perfecta para Shane. ¿Qué piensas

hacer al respecto?

—Divertirme mientras dure.

—¿Eso es todo? ¿Te parece suficiente?

—Es más de lo que había hecho antes. Soy una mujer práctica.

—Tal vez. Pero eres valiente, eres capaz de dedicarte en cuerpo y alma a las cosas. ¿Crees que puedes escribir un libro, perder tanto tiempo y tanto esfuerzo y marcharte de aquí sin nada, sin Shane? ¿Eres capaz de hacer caso omiso de la conexión?

Rebecca no dejó de preguntárselo mientras caminaba hacia la granja, atravesando el bosque. En lo relativo al libro, era perfectamente capaz, y lo haría por Shane. Consideraba que la conexión que existía entre ellos permanecería para siempre en su interior.

Sin embargo, estaba dispuesta a marcharse por mucho que le doliera. Intelectualmente, pensaba que nadie moría de amor, pero emocionalmente era otra cosa.

En todo caso, sería más fácil vivir después de haber conocido el amor.

Conocía bastante bien las tragedias griegas y sabía que todo tenía un precio. Ella tendría que pagar. Si Savannah podía leer su corazón con tanta facilidad, los demás también podrían hacerlo. Incluido Shane. Y el precio sería entonces demasiado alto.

Shane significaba demasiado para ella, y no quería colocarlo en una posición difícil.

Al día siguiente se cumplía el aniversario de la batalla. Sabía que era muy importante que permaneciera en la granja. Después, sería más apropiado que se marchara a la casa de Regan a pasar unos días antes de regresar a Nueva York.

En cuanto distinguió la granja, pudo ver que salía humo de la chimenea del salón. Mientras contemplaba el edificio se dijo que le costaría tanto marcharse de allí como alejarse de Shane. En aquel lugar, había sido más feliz que en toda su vida. Pero debía sentirse agradecida por ello. Lamentablemente, no quería arriesgarse.

En aquel momento, sintió un escalofrío y aceleró el paso.

Entonces vio el coche que aparcaba en el lateral de la casa. Su conductora tocó el claxon y los perros salieron a recibirla al mismo tiempo que el hombre de pelo negro.

Rebecca pudo oír la risa de la mujer. De inmediato, se detuvo. No se encontraba tan lejos como para no poder ver la sonrisa de Shane mientras se dirigía a saludarla.

Sintió unos intensos celos al ver que se abrazaban. Pero en silencio se dijo que Shane seguiría siendo suyo, al menos hasta que se marchara de allí.

La mujer se alejó tras unas cuantas risas más y un par de besos y se introdujo en su coche. Shane acarició a los perros y se despidió de ella con la mano. Instantes después, Rebecca supo que la había visto, de modo que siguió caminando hacia la casa. En cuanto al coche, desapareció en la curva.

—Hola —dijo él, con las manos en los bolsi—llos—. ¿Qué tal está Savannah?

—Bien. He tenido la oportunidad de ver algunos de sus cuadros. Son maravillosos.

—Sí. Por cierto, ésa era Frannie Spader. Creo que ya la conoces.

—Sí.

Rebecca empezó a acariciar a los perros para ocultar sus sentimientos.

—Sólo pasaba por aquí.

—Ya lo he visto. Pero perdóname, quiero transcribir la entrevista.

Shane tocó su brazo y dijo:

—Rebecca, no hay nada entre nosotros. Sólo es una amiga.

—¿Y por qué diablos me lo dices?

—Porque yo... Fran y yo éramos... pero ahora ya no lo somos, y no lo hemos sido desde... bueno, desde que llegaste. Ahora sólo somos amigos.

—¿Crees que necesito una explicación?

—No. Bueno, sí. Es que no quiero que saques conclusiones equivocadas.

Shane imaginaba lo que sentiría si viera a Rebecca abrazada a otro hombre, y no le agradaba en absoluto.

—¿Crees que he llegado a alguna conclusión equivocada?

—¿Quieres dejarlo de una vez? Odio tus interrogatorios. De verdad. ¿Por qué no eres sincera? La única pregunta correcta habría sido: ¿Qué hacías besando a otra mujer?»

—Y supongo que considerarías adecuado que sintiera celos. Pues lo siento. Tenías una vida antes de que yo llegara, y tendrás esa vida cuando me haya marchado.

—Eso. Arrójame el pasado a la cara. —¿Crees que es eso lo que estoy haciendo?

—¿Es que no puedes discutir como cualquier persona normal?

—Sí, cuando hay algo sobre lo que discutir. Tus amistades son asunto tuyo. Como no se con cuántas amistades tuyas me encontraré cada vez que vaya a la ciudad, será mejor que no me preocupe.

—Mira, Rebecca, si me hubiera acostado con todas las mujeres que crees, no habría salido de la cama. Te aseguro que no he hecho el amor con todas las mujeres que conozco. No... Pero ¿por qué diablos te cuento todo esto?

—Ésa iba a ser mi próxima pregunta. En mi opinión, te estás limitando a proyectar tus sentimientos en mí. Añádele el sentimiento de culpa y...

—Basta —dijo, tomando su rostro entre las manos—. Ha venido para preguntarme si quería salir más tarde y le he contestado que no. Me ha preguntado si mantengo una relación contigo y le he dicho que sí. Hemos charlado un rato más y ha dicho que ya nos veríamos. ¿Te parece bien?

El corazón de Rebecca latía a toda prisa, pero su voz sonó perfectamente tranquila.

—¿Te he dado la impresión de que me parezca mal?

Shane entrecerró los ojos y se volvió, disgustado. Acto seguido, Rebecca entró en la casa. Tenía trabajo que hacer, y dio un golpecito sobre uno de los monitores de video mientras pasaba. Pero, de todas formas, podía tomarse unos segundos para saborear su triunfo.

Shane era muy previsible. Sus reacciones resultaban bastante clásicas. Se sentía alarmado ante la posibilidad de que una cosa, por inocente que fuera, pudiera ser

malinterpretada. Y por si fuera poco, se sentía culpable por su fama de mujeriego. Irritada con él, Rebecca se dijo que algún día le explicaría la diferencia entre amar y hacer sencillamente el amor.

Mientras caminaba hacia la cocina, se dijo que había golpeado duramente su amor propio. Resultaban mucho más interesantes los juegos entre hombres y mujeres desde dentro que desde la posición de simple espectadora.

Caminó hacia la ventana. Tendría que mantener cierta distancia emocional. Ahora sabía lo que significaba estar enamorada y lo que se sentía cuando se estaba a punto de perder el amor. Un día encontraría el valor necesario para preguntarle qué había significado para él, qué había significado el tiempo que habían estado juntos. Con un poco de suerte, tal vez encontrara el valor en un par de décadas.

En cualquier caso, se dijo que lo único que importaba era el presente. Así que decidió preparar algo de comer. Recordó que tenía la receta del pollo frito de Regan en el bolso. La sacó, la leyó, y se puso manos a la obra. Resultó más fácil de lo que había pensado, aunque imaginó que si tuviera que cocinar todos los días resultaría tedioso. En cambio, como divertimento resultaba interesante. Si evitaba que se convirtiera en una vocación, no pasaría nada.

Cuando terminó, se sintió muy orgullosa de su obra. Olía bien y tenía buen aspecto. Sólo faltaba que supiera bien. Supuso que Shane se sorprendería bastante cuando entrara en la casa y descubriera que había cena hecha.

Sin pensárselo dos veces, se dispuso a comer.

Se preguntó si podría ver las hogueras de los campamentos de asomarse a la ventana. Los soldados estaban muy cerca, esperando al alba para iniciar la batalla.

Deseó que John regresara. En cuanto llegara y encerraran a los animales, podrían cerrar la casa. Estarían a salvo. Debían estarlo. No podía permitirse el lujo de perder a otro hijo. No podría vivir con ello. Ni John. Se llevó una mano al estómago y deseó desesperadamente que fuera un niño. Pero no para reemplazar al que habían perdido. Nadie podría ocupar el lugar de Johnnie, nadie conseguiría que lo olvidaran. Pero al menos, si la criatura que llevaba dentro resultaba ser un niño, reduciría el dolor de John.

Sufría mucho, tanto que no encontraba descanso en nada. Podía amarlo, podía consolarlo, pero no conseguía sacarlo de su estado. Ni siquiera las chicas podían. Johnnie se había marchado, y cada día de guerra era otro doloroso recuerdo de aquella pérdida.

Removió el pollo en la sartén, tal y como había hecho en multitud de ocasiones. Cabía la posibilidad de que la guerra terminara allí. En cierto modo, habría supuesto una especie de mínima justicia que así fuera, que terminara en el lugar donde había nacido su hijo.

Se preguntó si el hombre que había asesinado a su hijo se encontraría allí, fuera, esperando en el campamento de los yanquis. Tal vez matara a muchas personas al día siguiente. O tal vez muriera, él mismo, en aquella tierra.

Deseó que se marcharan y que dejaran a los vivos en paz con su nostalgia.

El aceite caliente goteó de la escurridera y cayó sobre la mano de Rebecca. Pero apenas lo sintió. Un montón de emociones, pensamientos, palabras y sonidos resonaban en su cabeza.

Pensó que se trataba de una posesión. Y por primera vez en su vida, se desmayó.

Shane entró en aquel momento en la cocina. —Ah, y otra cosa...

Dejó de hablar en cuanto la vio en el suelo. Su corazón se detuvo del susto. Corrió hacia ella, se arrodilló a su lado y la tomó en brazos.

—Rebecca —la acarició—. Rebecca, despierta, vuelve.

Aterrorizado, empezó a mecerla y a cubrirla de besos hasta que abrió los ojos.

—Shane...

—Tranquila, cariño, sigue así. Descansa hasta que te sientas mejor.

—Yo era ella —murmuró—. Fui ella durante un minuto. Tengo que comprobar mi equipo..

—Al infierno con tu equipo. Quédate donde estás. ¿Te has golpeado la cabeza? ¿De duele algo?

—No lo creo. ¿Qué ha sucedido?

—Dímelo tú. He entrado y te he visto en el suelo.

—Dios mío —respiró profundamente—. Imagino que me he desmayado.

—Me has dado un susto de muerte. ¿Qué diablos hacías desmayándote? ¿Es que no has comido nada en todo el día? Maldita sea, comes menos que un pajarito. Y ni siquiera duermes. Pasas cuatro o cinco horas en la cama y te levantas para dar vueltas o para sentarte frente a tu estúpido ordenador.

Rebecca abrió la boca para decir algo, pero Shane siguió hablando.

—Pues bien, eso tiene que cambiar. Tienes que empezar a cuidar de ti misma. ¿Es que no te enseñaron nada sobre las necesidades básicas? ¿O es que no consideras que tengas que aplicártelo a ti?

Rebecca dejó que siguiera hablando hasta que desapareció su mareo. Shane estaba diciendo algo sobre llevarla a un médico y sobre darle vitaminas. Al final, levantó una mano y le tapó la boca.

—No me había desmayado en toda mi vida, y no tengo intención de hacer una costumbre de ello. Y ahora, si me dejas un momento, podré apartar el pollo antes de que se queme.

Shane se apartó y la ayudó a sentarse en una silla.

—¿Qué diablos estabas haciendo?

—Cocinar. Y hasta hace unos segundos, con bastante éxito. Con un poco de suerte, aún podré salvarlo.

Shane gruñó, llenó un vaso con agua y se lo dio.

—Bebe.

Ella obedeció.

—Estaba cocinando y, de repente, un montón de extraños pensamientos se introdujeron en mí. Eran claros, muy personales, pero no eran míos. Eran de Sarah.

—Te estás involucrando demasiado en ese asunto.

—Shane, soy una mujer sensata y racional. Sé lo que ha pasado aquí —declaró, mientras dejaba el vaso sobre la mesa—. ¿No es extraño que me diera por utilizar la receta de Regan precisamente hoy, el dieciséis de septiembre? Sarah estaba friendo pollo la noche anterior a la batalla. —Así que ahora sabes lo que comieron.

—Sí —dijo, haciendo caso omiso de su sar—casmo—. Ahora lo sé. Estaba friendo pollo, preocupada por su familia, pensando en su hijo y en el hijo que llevaba en sus entrañas. Se preguntaba quién moriría por la mañana. Los soldados estaban acampados a poca distancia de la casa, esperando el alba, y su marido se encontraba fuera, con los animales. Ella quería que regresara pronto para que pudieran cerrar puertas y ventanas, para estar juntos. Se preocupaba por él. Había hecho todo lo posible para animarlo.

—Creo que te preocupas demasiado. Y también creo que el aniversario de mañana te afecta demasiado.

Rebecca se levantó, recuperada.

—Sabes que no es cierto. Sabes muy bien lo que ocurre, pero has decidido no hacer caso. Muy bien, es tu elección y la respeto. Aunque sé que sueñas algunas noches, y que esos sueños te inquietan. Pero espero que tú me respetes igualmente.

—Lo que yo sueño sólo es asunto mío. —Cierto. No te estoy pidiendo que me lo cuentes.

—Nunca me lo has pedido, Rebecca —apretó los puños en el interior de sus bolsillos—. Pero no quiero formar parte de esto.

—¿Quieres que me marche? Shane no contestó.

—Supongo que tendré que pedirte. Para mí es muy importante estar aquí mañana por la mañana. No sé muy bien por qué, pero lo siento. Te agradecería mucho que me permitieras permanecer en la casa al menos un día más.

—Nadie te ha pedido que te marches. Si quieres quedarte, quédate. Pero no me metas en esto. Tengo que terminar cierto trabajo y después saldré.

Shane estaba furioso consigo. Había sentido un terrible pánico ante la perspectiva de que se pudiera marchar, aunque no se habían prometido nada.

—Muy bien.

Deseó desesperadamente que Rebecca le preguntara adónde tenía que ir, pero sabía muy bien que no lo haría. No podía hacer nada salvo marcharse, aunque deseara lo contrario.

Capítulo 12

Pensó en emborracharse. No serviría para resolver ningún problema, pero tampoco habría estado mal. Por desgracia, no se sentía de humor. Discutir con alguien parecía una solución mejor, así que se dirigió a la ciudad para enfrentarse con Devin. Con Devin siempre se podía tener una buena pelea.

Cuando entró en el despacho del sheriff y vio que no sólo estaba Devin, sino también Rafe, lo consideró un regalo extraordinario.

—Eh, precisamente estábamos hablando sobre la posibilidad de echar una partida de póquer —dijo Rafe al verlo—. ¿Tienes dinero?

—¿Hay cerveza por aquí?

—Estás en la sede de la ley y el orden —declaró Devin con solemnidad, antes de hacer un gesto hacia la parte trasera—. Están en el frigorífico. ¿Quieres jugar?

—Tal vez —contestó, mientras entraba en el cuarto trasero—. Puedo hacer lo que quiera cuando quiera. A fin de cuentas no tengo ninguna mujer que me controle, como vosotros. Devin y Rafe se miraron.

—Creo que voy a llamar a Jared —dijo Rafe. Mientras Rafe marcaba el número de teléfono, Devin se levantó y preguntó.

—¿Qué está haciendo Rebecca?

—No lo sé. Desde luego, no está controlándome.

Devin se cruzó de brazos, divertido. —Ya veo que habéis discutido.

—Rebecca es demasiado razonable para discutir. Es como una veleta. Parece dura, inteligente y fría y, al minuto siguiente, se convierte en un alma tan dulce y suave que estarías dispuesto a matar a cualquier persona que le hiciera daño. Pero de inmediato, vuelve a rodearse con esa frialdad tan controladora, tan analítica. No hay quien la soporte.

—Bueno, no puedes decir que sea aburrida. —No. Aunque ella cree que lo es, al menos a veces. Maldita sea, no sé qué piensa que es. Hoy mismo apareció cuando Frannie me estaba besando. ¿Y crees que empezó alguna pelea? No. Fue un beso absolutamente inocente, pero resulta lógico pensar que, cuando te acuestas con alguien, no te agrada la idea de que la persona que te gusta se bese con otra. ¿No es cierto? Rafe colgó el teléfono y dijo.

—Estoy de acuerdo. ¿Y tú, Dev? —Desde luego.

Shane levantó la botella de cerveza, encantado con el espíritu de camaradería.

—La doctora Knight es toda frialdad. No hace otra cosa que analizarme como si fuera un bicho raro. Y odio que lo haga.

—Es lógico. Le molestaría a cualquiera —declaró Rafe, divertido.

Shane terminó de beber la cerveza y abrió una segunda botella.

—Además, no ha preguntado adónde nos lleva todo esto. Pero las cosas se evitan enseñando las cartas, ya sabéis.

—¿De verdad?

—Claro, pero no dice nada, no pregunta nada. Siempre está ahí por la mañana. Durante el desayuno habla sobre cualquier cosa. Trabaja en la cocina casi todo el tiempo y...

En aquel momento, Jared entró con una bolsa marrón, que dejó sobre el escritorio de Devin. —¿Vamos a jugar aquí?

—Aún no —contestó Devin, haciéndole un gesto para que se sentara—. Shane está soltándonos un discurso.

—¿Sobre qué?

—Sobre Rebecca. Pero sigue, Shane.

—El dormitorio huele a ella —continuó—. No deja ninguna de sus cosas allí, pero huele a ella. Huele a su jabón, y a las cosas que utiliza para la piel.

—Ya veo —dijo Jared, mientras se servía una cerveza.

—Sus padres la enviaron a un internado cuando tenía seis años. Era prácticamente un bebé, y no tuvo la oportunidad de vivir una infancia normal. A veces, cuando se ríe, parece sorprenderse por el sonido de su risa. Y eso que tiene una risa preciosa.

Jared se volvió hacia Rafe y preguntó: —¿Han discutido?

—Dice que no.

—Es mi maldita casa —siguió hablando Shane—. Mi casa y mis tierras. Y no me gustan sus malditos artefactos, como no me gusta que se involucre más en ese asunto. No quiero volver a encontrarla en el suelo.

—¿Cómo? —preguntó Devin, divertido—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se ha desmayado hace un rato. Dice que ha tenido un encuentro con nuestra bisabuela. Al parecer, estaba friendo pollo la noche anterior a la batalla. Y yo no pienso involucrarme en eso.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Rafe. —¿Estaría aquí si no fuera así? —se preguntó—. Me ha dado un susto de muerte, maldita sea. No puedo soportar la idea de que sufra algún mal. No puedo —bebió otro trago de cerveza—. Y no voy a permitir que me involucre en ese asunto. Jared abrió otra cerveza y se la dio a su hermano.

—Ya estás involucrado. —De eso nada.

—¿Cuántas veces piensas en ella al cabo del día?

—No lo sé —contestó, molesto—. No las he contado.

Shane decidió que emborracharse no era tan mala idea.

—¿Piensas en alguna otra persona tanto como en ella? —preguntó Jared.

—Rebecca vive conmigo. Es natural que piense más en ella.

Rafe se miró las uñas y dijo:

—Bah, es una simple cuestión de sexo.

—No es cierto —espetó Shane, apretando los puños—. Rebecca no es sólo un cuerpo caliente. Y yo no soy ningún animal en celo.

—Interesante —siguió Rafe—. ¿A cuántas mujeres has deseado desde que apareció?

Shane sintió pánico.

—Ésa no es la cuestión. La cuestión es... lo he olvidado.

—La cuestión es que has perdido el equilibrio y que sientes que estás cayendo —dijo Devin. —Ya ha caído —intervino Jared—. Pero no es tan inteligente como para darse cuenta. Sin embargo, es posible que Rebecca no caiga con tanta facilidad.

—¿Qué diablos me sucede?

—Como decía —continuó Jared—, Rebecca tiene su vida en Nueva York. Su vida, su carrera, sus intereses. Tendrás que ser muy persuasivo para conseguir que se quede y que se case contigo. Shane tosía.

—Tú estás loco. No pienso casarme con nadie. —¿Quieres apostar? —preguntó Rafe, sonriente. Shane estaba tan pálido que Devin sintió lástima por él.

—Tómate otra cerveza, hermano. Puedes tumbarte en el cuarto trasero y

dormir.

A Shane le pareció una sugerencia magnífica.

Rebecca no consiguió conciliar el sueño en toda la noche, no sólo por la ausencia de Shane, sino porque la casa parecía viva a su alrededor. Esperaba la mañana con tanta ansiedad que aquella fue la noche más larga de su vida.

Se dedicó a trabajar. Era algo que siempre ayudaba en cualquier situación crítica. Guardó sus cosas. La rutina de doblar la ropa y meterla en las maletas era un símbolo de que estaba dispuesta a continuar con su vida.

Sin embargo, le preocupaba marcharse de allí dejando cabos sueltos en su relación con Shane. Cuando regresara, estaba dispuesta a hablar con él.

Pero Shane no regresó, y las horas pasaron poco a poco hasta el amanecer.

Cuando el sol empezaba a levantarse y la niebla a disiparse de las praderas, Rebecca salió al exterior.

Nadie habría creído que pudiera sentir lo que sentía. Sentía el miedo, la rabia, la nostalgia. No necesitó demasiada imaginación para ver a la infantería, avanzando entre la niebla. Hasta podía oír los sonidos de las botas sobre la hierba, los ecos metálicos.

Un segundo más tarde oyó los cañones y los primeros gritos.

De inmediato, se desató el infierno. —¿Qué estás haciendo aquí?

Rebecca se volvió, sobresaltada. Shane apareció entre la bruma. Estaba pálido, tenía ojeras y parecía tan enfadado que tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarlo.

—No te había oído.

—Acabo de llegar. Pero estás temblando... Estás descalza, ¿es que te has vuelto loca? Vuelve a casa. Vamos, vuelve a la cama.

—Pareces cansado.

—Tengo resaca —declaró—. Es lo que sucede con los seres humanos cuando beben demasiado. ¿No vas a preguntarme dónde he estado, ni con quién?

—¿Intentas herirme?

—Tal vez. Tal vez quiero saber si puedo hacerlo.

Ella asintió y se dio la vuelta para regresar a la casa.

—Te aseguro que puedes. —Rebecca...

Pero Rebecca ya había entrado en la casa y había cerrado la puerta. Shane la maldijo y la siguió al interior.

Pasaron el resto de la mañana procurando evitarse. Rebecca se encerró en su dormitorio y se concentró en lo que tenía que hacer, pensando que se marcharía de allí sin haber resuelto las cosas con Shane. Se dijo que tal vez fuera mejor. A largo plazo, resultaría más cómodo poder esconderse tras una cortina de resentimiento y enfado.

Al cabo de un rato, pudo verlo por la ventana. No estaba trabajando. De hecho, sólo parecía estar matando el tiempo hasta que se marchara. Pero tendría que esperar, porque no estaba dispuesta a irse antes de que terminara el día.

Se puso a caminar por el dormitorio, que empezaba a parecerle una cárcel.

—¿Dónde estás, Sarah? —murmuró—. Querías que viniera. Querías que estuviera aquí. ¿Por qué? Al pasar por la ventana volvió a mirar hacia el exterior. Shane se

dirigía hacia la pequeña huerta donde cultivaba tomates y guisantes. De repente se detuvo, como si comprobara algo.

Mirarlo resultaba muy doloroso. Pero apartar la mirada lo era aún más. No sabía cómo era posible que hubiera creído que podía experimentar el amor y la pérdida del amor como una especie de aventura, como un simple experimento sobre la condición humana. No podía creer que hubiera sido tan ciega.

Ahora sabía que no lo olvidaría nunca. Cuando Shane se alejó, Rebecca se dio la vuelta. No esperaría hasta que terminara el día. Habría sido demasiado cruel. Volvería a hablar con él, por última vez, y se marcharía. Mientras bajaba las escaleras se dijo que enviaría a alguien para que recogiera su equipo. Se marcharía de allí con dignidad y se iría a casa de Regan. Volver a Nueva York de inmediato habría parecido un gesto cobarde. Y no podía permitir que Shane se sintiera mal, que supiera que le había roto el corazón.

Se limitaría a decir que había sido una bonita experiencia pasajera, una simple anécdota que ambos recordarían con cariño.

No volvería a aquel lugar. Al llegar al pie de la escalera, se llevó una mano a la boca. No volvería nunca a aquella ciudad, a aquel campo de batalla, a aquella casa. Pero tampoco saldría corriendo.

Ni siquiera miró los monitores de vídeo. Cuando llegó al pasillo tocó la pared como si quisiera absorber su textura para recordarla siempre.

Y cuando llegó a la puerta de la cocina, una enorme fuente de poder la golpeó.

Podía oler un asado, y oír tiros lejanos.

De repente, se sintió muy débil. Se apoyó en la pared en el preciso instante en que se abría la puerta.

Sabía que era Shane. Su parte racional reconoció su silueta y su olor. Pero entonces vio que aquel hombre llevaba en brazos a un chico que sangraba.

—Dios mío, John, ¿está muerto? —Aún no.

—Déjalo sobre la mesa. Necesito toallas. Oh, está sangrando tanto... corre. Es tan joven.. si casi es un niño.

Era casi un niño. Como Johnnie.

Estaba muriéndose. Su uniforme estaba manchado y lleno de sangre. Aún llevaba la insignia de su nuevo rango sobre los hombros de la chaqueta. Mientras le quitaba el uniforme para enfrentarse al horror de sus heridas, vio que llevaba un trozo de papel arrugado en uno de los bolsillos.

Sólo era un muchacho. Y ya habían muerto demasiados.

Rebecca pudo verlo todo. Pudo ver la escena que se había desarrollado en aquella cocina, muchos años antes. Vio la sangre, vio al joven, vio a los que intentaban ayudarlo. Y vio la carta que Sarah tenía en sus manos. Vio el arrugado papel que comenzaba con una frase: Querido Cameron.

—No pudieron salvarlo —declaró Shane con cuidado—. Aunque lo intentaron.

—Sí —dijo Rebecca, apretando los labios—. Lo intentaron.

—Al principio, él sólo se fijó en el uniforme, Era el enemigo. Se alegraba de que

un yanqui hubiera muerto allí. Pero cuando vio su rostro le pareció que veía a su propio hijo, así que lo llevó a casa. Era todo lo que podía hacer.

—Era lo que tenía que hacer. Lo más humano. —Querían que se salvara, Rebecca.

—Lo sé. Hicieron lo que pudieron. Durante todo el día y durante la noche siguiente. Oyeron lo que tenía que decir, en las escasas ocasiones en las que pudo expresarse. En esta casa había demasiado amor como para que no intentaran salvar la vida de aquel joven, Shane.

—Pero lo perdieron —declaró, con ojos llorosos—. Y fue como perder de nuevo a su hijo. —Al menos no murió solo, ni olvidado.

—Lo enterraron en una tumba sin nombre. —Ella tenía miedo —dijo Rebecca, entre lágrimas—. Temía por su marido, por su familia. Si hubieran encontrado el cadáver los habrían acusado de ser simpatizantes del sur y los habrían acusado por ello. Le rogó a su esposo que no dijera nada, que lo enterrara sin poner nombre alguno en la tumba. A pesar de que sufrió terriblemente por aquel chico y por su madre, que nunca sabría dónde ni cómo había muerto. Hasta leyó aquella carta.

—Sí, y la enterraron con él.

—No había sobre alguno, ni dirección. Nada que les pudiera dar una pista sobre el lugar donde vivía su madre o las personas que lo esperaran. Eran sólo dos páginas escritas con rapidez, como si quisiera enviar a sus hijos todos los pensamientos que pasaban por su cabeza, todos los sentimientos —se estremeció—. Yo la vi. Pude leerla, tal y como hizo Sarah... Empezaba diciendo «Querido Cameron».

—Cameron es mi segundo nombre, y fue el nombre de mi bisabuelo. Cameron James Mac—Kade, el segundo hijo de John y Sarah. Nació seis meses después de la batalla de Antietam. Desde entonces, siempre hay un Cameron en todas las generaciones de mi familia.

Rebecca se limpió las lágrimas con las manos.

—No lo olvidaron, Shane. Sé que hicieron todo lo que pudieron por salvarlo.

—Y después, lo enterraron en una tumba sin nombre.

—No la odies por eso. Sarah amaba a su marido, y tenía miedo por él.

—No la odio. Pero ahora se trata de mi vida, de mi tierra. No puedo cambiar lo que sucedió, y estoy harto de que me persiga el pasado. —¿Sabes dónde lo enterraron?

—No, no lo sé. Siempre quise evitar ese asunto. No quería formar parte de esto.

—¿Por qué has entrado precisamente ahora en la casa?

—No lo sé, exactamente. Lo vi, y me pidió que lo ayudara —respiró profundamente—. No era la primera vez. Tenía que decírtelo, porque formas parte de todo.

—Está enterrado en la pradera —murmuró, tomándolo de la mano—. Allí hay flores silvestres. Ven conmigo.

Caminaron hacia el prado, iluminados por los primeros rayos del sol. Olía a hierba y a flores. Cuando se detuvieron, Rebecca seguía llorando.

Durante un momento, no fue capaz de decir nada. Se limitó a mirar un punto en

el suelo, el punto donde había dejado caer el primer ramo de flores.

—Hicieron lo que pudieron por él. No muy lejos de aquí mataron a un chico simplemente por el color de su uniforme, pero ellos intentaron salvarlo a pesar de ser simpatizantes del sur —declaró, apoyándose en él—. A ellos les importó.

—Sí. Y hasta el día de hoy, no han sido capaces de dejarlo solo.

—Fueron fieles al recuerdo. Querían que se le recordara, pero ni siquiera sabían cómo se llamaba. Ni siquiera pudieron ponerle una lápida con su nombre.

De repente, Shane tuvo una idea.

—Muy bien, en tal caso, nosotros le pondremos una. Tal vez entonces todos podamos descansar en paz.

—Aquí hay algo más que una tumba, Shane. Está tu casa, tu tierra, tu herencia. Y deberías estar muy orgulloso de lo que tienes y de lo que eres.

—Lo sé, pero siempre me sentí presionado por el pasado, y resentido por ello. No comprendía por qué tenía que pagar por sus problemas, por sus emociones —confesó, mirando hacia las colinas—. Ahora lo comprendo. Éste lugar siempre ha sido más mío que de mis hermanos. Todos lo amamos y trabajamos aquí, pero...

—Pero sólo te quedaste tú, porque eras el que más lo amaba —se puso de puntillas para besarlo con suavidad—. Y el que más comprendía de todos. Eres un buen hombre, Shane. Y un buen granjero. No te olvidaré.

—¿De qué estás hablando? ¿Adónde vas? —He pensado que querrás estar solo cierto tiempo —sonrió, aún entre lágrimas—. Para mí se trata de un momento muy personal, y además, tengo que terminar de hacer las maletas. Voy a pasar unos días con Regan antes de regresar a Nueva York. No he pasado tanto tiempo con ella como quería.

Shane recibió la noticia como si lo hubieran golpeado con un martillo. El pasajero alivio que había sentido con respecto al pasado se convertía ahora en pánico.

—¿Te marchas? ¿Así? ¿El experimento ha terminado y te marchas?

—Sólo voy a casa de Regan a pasar unos días, Me he quedado aquí más tiempo del que pretendía, y estoy segura de que quieres que te devuelva tu casa. Te agradezco mucho todo lo que has hecho.

—¿Me lo agradeces?

—Sí, mucho. Me gustaría seguir en contacto contigo, si no te importa. Me gustaría saber cómo te van las cosas.

—Sí, claro, podemos intercambiar postales en Navidad.

—Seguro que podemos hacer algo más —acertó a sonreír—. Ha sido toda una experiencia.

Shane la observó con la boca seca mientras se alejaba. Iba a abandonarlo. Lo había enfrentado a la experiencia más emocional e intensa de su vida y ahora se marchaba. Por un momento estuvo a punto de ceder al resentimiento y dejarla marchar, pero no lo hizo. Rebecca ya había llegado a la puerta de la cocina cuando él la capturó y la cargó sobre un hombro.

—Así que sólo sexo y ciencia, ¿verdad, doctora? Estoy seguro de que te he dado

muchos datos para tu libro.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No quieres un último experimento?

Shane la besó entonces, de forma apasionada. Por primera vez, Rebecca tuvo miedo de él, de lo que fuera capaz de hacer.

—Shane —dijo, estremecida—, me haces daño. —Bien. Te lo mereces. Tienes la sangre más fría que... ¿Cómo eres capaz de marcharte como si todo esto sólo hubiera sido un pasatiempo para ti, después de haberte acostado conmigo, de haber compartido montones de cosas?

—Pensé que era lo que había que hacer. He oído que siempre sigues siendo un buen amigo de todas las mujeres con las que...

—¡Deja de echarme en cara el pasado! Maldita sea, nada ha sido lo mismo desde que llegaste. Has cambiado mi vida por completo. Pero vete si quieres. Márchate. Quiero que te vayas.

—Me voy.

Shane la soltó y ella caminó hacia la puerta. —Por Dios, no me abandones.

Rebecca se volvió para mirarlo y se apoyó en el marco.

—No te comprendo.

—¿Es que quieres que te lo ruegue? Muy bien, te lo ruego. Por favor, no te vayas. No me abandones. No podría vivir sin ti.

Rebecca lo miró, atónita. —¿Quieres que me quede? Pero...

—¿Qué hay tan importante en Nueva York? Sé que tenéis museos y restaurantes. Pero si quieres ir a un restaurante yo te llevaré al que quieras. Ahora mismo. Corre, vete a buscar el abrigo.

—No tengo hambre.

—Muy bien, luego no necesitas un restaurante. ¿Lo ves? —preguntó, frenético—. Tienes tu ordenador, tu módem y todos tus trastos. Puedes trabajar aquí, o en cualquier parte.

—¿Quieres que trabaje aquí? —preguntó, mareada por la rapidez con que se sucedían los acontecimientos.

—¿Qué tiene de malo? Ya has estado trabajando aquí.

—Sí, pero...

—Deja tu equipo donde quieras, no me importa. Estoy acostumbrado. Pon un transmisor en el granero, o una antena parabólica en el tejado. Pero no te marches.

—¿Quieres que me quede? —sonrió.

—¿Cómo quieres que te lo diga? —preguntó, frustrado—. ¿Es que no comprendes lo que digo?

Acabo de decirlo. No quiero perderte. No quiero perder lo que tenemos. No me había sentido así en toda mi vida. No puedo dejar de pensar en ti, y la idea de que puedas marcharte me destroza, hace añicos mi corazón —gritó, desesperado—. No tienes derecho a hacerme algo así y marcharte después.

Rebecca quiso decir algo, pero al ver su expresión se detuvo.

—Te amo, Rebecca. Te amo. Y ahora, creo que tengo que sentarme.

Las rodillas de Shane apenas lo sostenían. Estaba tan nervioso que se tapó los ojos con las manos para intentar controlarse. Estaba dispuesto a aceptar cualquier humillación con tal de que ella se quedara.

Entonces levantó la mirada y vio que Rebecca estaba llorando. De inmediato, su corazón se detuvo.

—Lo siento. No tenía derecho a tratarte de este modo, a hablarte de este modo. Por favor, no llores.

—En toda mi vida, nadie me había hablado así. Ni una sola vez. No puedes imaginar lo que siento ahora.

Shane se levantó de nuevo.

—No me digas que es demasiado tarde para mí.

—Tenía miedo de confesarte lo mucho que te amo. Pensé que no me querrías.

Shane tardó un momento en reaccionar, pero lo hizo.

—Te deseo. Te necesito. No te marches.

—No pienso marcharme a ninguna parte —declaró, temblorosa.

—¿Estás enamorada de mí? —Oh, sí...

—Gracias a Dios —la besó, radiante de alegría—. Yo me enamoré de ti en cuanto de vi en aquel aeropuerto. No pude resistirme a tu encanto. Rebecca, anoche...

—No importa.

—Claro que importa. Estuve con mis hermanos, en el despacho de Devin. Me emborraché y me quedé dormido en el cuarto trasero. Estaba enfadado por lo que había sucedido entre nosotros, por ti y por lo que yo sentía. No sabía que las cosas pudieran ser tan maravillosas. En cierto modo, estabas destinada a este lugar, ¿no te parece?

—Sí. Estamos conectados.

—Es una forma de verlo. Pero prefiero que me digas que me amas.

—Yo también lo prefiero —lo abrazó—, pero no dejaré mi equipo por toda la casa. Puesto que vamos a vivir juntos, lo haremos con cierto orden.

—Vivir juntos —declaró, mientras besaba su frente, su nariz y sus labios—. Ya hemos vivido juntos. Ahora nos casaremos.

—¿Casarnos? Oh, creo que esta vez soy yo quien necesita sentarse.

—No, de eso nada, yo te sostendré. Shane sonrió y la cubrió de besos.

—Cásate conmigo, Rebecca —continuó en un murmullo—. Sólo puedes contestar una cosa: Sí. No había nada que Rebecca deseara más, pero no sabía qué decir.

—No puedo pensar...

—Perfecto. Te amo, Rebecca, te amo. Sólo tienes que decir que tú también me amas.

—Yo también te amo.

—Cásate conmigo —acarició su mejilla—. Sé mi esposa, ten hijos conmigo, quédate a mi lado. Di que aceptas. Di que te casaras conmigo.

—Acepto —declaró, pasando los brazos alrededor de su cuello—. Sí, me casaré

contigo, Shane. Shane mordió el lóbulo de su oreja.

—Di que cocinarás para mí día y noche. Rebecca abrió los ojos y estalló en una carcajada.

—Eso ha sido un truco muy sucio, granjero. —Merecía la pena intentarlo, Becky —rió con ella—. Aunque supongo que no hay dos sin tres.

Epílogo

La luz del sol derretía la nieve y el hielo que se habían acumulado, y la tierra tenía un aspecto limpio y puro. Rebecca pensó que en poco tiempo todos estarían allí. Todos los MacKade, con su ruido y su energía. E irían a la pradera donde una simple lápida sobresalía de la nieve proyectando una sombra gris sobre ésta.

Pero ella había llegado antes. Acompañada de su marido. El mundo, después de tres meses de matrimonio, seguía llenando de alegría su corazón. Shane Cameron MacKade era su esposo. Y aquel día, el primero del año, tenía amor, tenía una familia y todo un futuro por delante.

Lo tomó de la mano, con la misma mano en la que llevaba su anillo de casada y permanecieron de pie en el sitio.

—Es lo que todos querían —dijo Shane—. El re—conocimiento póstumo a una vida que acabó demasiado pronto. Supongo que es una forma de paz, ¿no te parece?

—Sí. Y esa paz se siente aquí y ahora, en el ambiente. Encontraré a los descendientes de su familia —sonrió—. Tardaré tiempo, pero los encontraré.

—Te ayudaré. Todos lo haremos. Será el proyecto de los MacKade. Pero debes terminar tu libro, y quiero el primer ejemplar dedicado, el primer ejemplar de Las le vendas de Antietam, firmado por Rebecca Knight MacKade.

—Lo terminaré muy pronto —dijo, tocando la lápida de piedra—. Y lo demás lo haremos juntos. Es lo que siempre quisieron John y Sarah.

—Aún puedo sentirlos en la casa y en la tierra. —Siempre los sentiremos —dijo, apretándose contra él—. Pero ahora es diferente. Todo está en paz.

—Cierto —sonrió él, encantado—. Te amo. Rebecca pensó que aquél era el momento perfecto, en el sitio perfecto. Echó la cabeza hacia atrás porque quería ver su rostro cuando confesara lo que tenía que decir; quería ver sus ojos. Acto seguido respiró profundamente. Las palabras que Shane estaba a punto de oír eran preciosas.

—Vamos a tener un hijo. —¿Qué? —preguntó, asombrado.

Rebecca pensó que era maravilloso que le hubiera concedido la posibilidad de decirlo de nuevo.

—Vamos a tener un niño, en poco más de ocho meses —sonrió, mirándose el estómago—. Vamos a tener un niño.

—Estás embarazada... —acertó a decir, tan feliz como sorprendido—. Tendremos un hijo... —Nuestro hijo.

Shane la abrazó y comenzó a darle vueltas y vueltas, mientras Rebecca reía. Pero, de repente, se detuvo y la miró con preocupación.

—¿Te encuentras bien? ¿No sientes nada raro? No comes bastante. Tienes que empezar a comer. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Me siento maravillosamente bien. Casi invencible. Me siento amada.

Shane la atrajo hacia sí y la besó con delicadeza, emocionado. Amaba a su esposa e iba a tener un hijo.

—Te amo, Rebecca. La vida es como un círculo —murmuró—, de estación en estación.

—Sí, y si es un niño lo llamaremos Cameron. —Me parece bien —dijo, mientras los perros ladraban en la distancia—. Al parecer, mi querida familia está a punto de llegar.

Shane la besó de nuevo y la llevó hacia la casa.

—Ardo en deseos de contarles que otro MacKade está en camino. Tendremos que festejarlo con champán, o con algo así. Oh, tú no puedes beber alcohol en tu estado... Bueno, ya nos inventaremos algo —la miró, sonriendo como un idiota—. Eh, así que ésa era la razón por la que no tomaste una sola gota en nochevieja...

—En efecto.

Rebecca arqueó una ceja. Shane era tan adorable que quería reír a carcajadas.

—Shane, ya puedes dejarme en el suelo. —No, no puedo —dijo, apretándola contra sí. —No hace falta que me lleves en brazos hasta la casa.

—Por supuesto que sí —la miró, antes de reír—. Ahora eres mía, Rebecca MacKade. Y no pienso dejarte escapar.

**Nora Roberts - Serie Los hermanos MacKade 2 - La derrota de un soltero
(Harlequín by Mariquiña)**